



Santiago Dimas Aranda

Vida, ficción y cantos

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Santiago Dimas Aranda

Vida, ficción y cantos

En las personas de las profesoras:

Doña Florencia Rojas,
mi abnegada madre,

Doña María Serrán,
mi mejor maestra,

y Doña Alcida Soto Monges,
mi valiente compañera
en la lucha y la esperanza.

Sea este homenaje
a todas las educadoras
de mi patria.

S. D. A.

Prólogo

Es innegable que gran parte de la narrativa paraguaya -la de ayer y la de hoy- está estrechamente ligada al devenir de los sucesos que ha protagonizado -y sigue protagonizando- el hombre paraguayo a través de sus propios códigos culturales, sucesos que, cuando se desarrollan desde el punto penumbroso, que subyace en toda condición humana, llegan a modificar con trazos trágicos los perfiles de la sociedad y, por ende, de su misma historia que, al fin de cuentas, hace a la propia historia del país. Es así como muchas veces algunos de nuestros narradores rozan inevitablemente la historia al ficcionar la vida de sus protagonistas principales, y otras tantas cuando recrean, ficción de por medio, las historias o los hechos de anónimas personas que, indubitadamente, también son partícipes del tramado del todo de la historia. Muchas opiniones ya se vertieron -y de seguro que seguirán vertiéndose- con respecto a esta ligazón y a las dudas que genera en cuanto a la validez o no de su tratamiento conceptual como aliento literario. Mas, a nuestro juicio, la obra de todo escritor tiene siempre el halo del momento histórico y del ámbito geográfico que circunda su vida cronológica. Este juicio bien lo avala Guillermo de Torre en su Problemática de la Literatura cuando transcribe esta afirmación del pensador P. L. Landsberg: «La historicidad es esencial a la condición del hombre», para exponer después su concepto personal: «De ahí que el carácter histórico de nuestra existencia exija el

compromiso como requisito de la humanización». Este compromiso sería el hecho de asumir de modo concreto la responsabilidad de una obra encarada hacia la formación del ser humano, en el convencimiento de que dicho [12] compromiso realiza la historicidad humana. Y aquí debemos recordar y entender que este concepto de compromiso, que logró su acepción más concreta e influyente en Jean Paul Sartre, tiene sus raíces remotas, coetáneas ya de la consigna adversa «el arte por el arte», tan del siglo XIX, tan perimida, que al «provenir de una burguesía afianzada en el poder político y económico, convencida de la legitimidad histórica de sus intereses y privilegios», al decir de Adolfo Colombes en *Sobre la Cultura y el Arte Popular*, hace que los textos se conviertan en meros objetos de la literatura al dejar de ser instrumentos de la comunicación, que es su finalidad esencial.

Con todo, y acaso obviando premeditamente estas disquisiciones y su carga retórica, Santiago Dimas Aranda escribe incansablemente con la premisa fundamental de comunicarse -y de comunicar-, con esa pungencia creadora que le confiere su condición de escritor comprometido con su tiempo y su vasta experiencia de vida, tramos de ésta tiznados de un doloroso exilio que lo mantuvo mucho tiempo lejos de nuestro suelo. Pero es justo reconocer que ese alejamiento fue sólo físico, pues su corazón siguió siempre aquí, con la latencia de todos los fenómenos sociales y políticos que le tocó vivir en aquellos lapsos trágicos de nuestra historia. Es por eso cómo es gratificante comprobar que el lenguaje que impone en el tratamiento de los textos de este conjunto de cuentos y poemas que él titula *VIDA, FICCIÓN Y CANTOS* corre, a través de la palabra transparente, sencilla, llana, por el hilo conductor de la verdadera comunicación, aquella que habrá de transmitir a una gran cantidad de lectores, en su lenguaje específico, las historias que narra con evidente finalidad de transferencia cognoscitiva y también moralizante. Pero no por ello nosotros, los lectores, hemos de suponer que esa sencillez del lenguaje utilizado por Santiago Dimas Aranda puede disminuir la densidad de los relatos. Muy por el contrario, los hechos y los personajes que ficciona nos llevan a recorrer, muchas veces alelados [13] y otras tantas estremecidos, los pasajes lóbregos y trágicos de una realidad social, política y económica que sigue intacta en la jungla de nuestra historia. Con todo, y acaso desde el profundo humanismo que es la impronta de la propia vida de su autor, estos textos conllevan siempre el sello de la solidaridad y de la justicia, siendo esta última impuesta más por el peso de la propia conciencia del hombre que por la letra de las leyes.

Es evidente entonces que con estos relatos y poemas el autor nos confirma su irrenunciable connubio con la literatura de compromiso, que él la asume con la responsabilidad de su propia vivencia y de su particular cuan honesta concepción de que la creación literaria es siempre emisora de un mensaje, dirigida a aquellos multitudinarios receptores que se nutren todavía de la imaginación popular, esa que desacraliza la creencia de que la pequeña burguesía intelectual, elitista por antonomasia, es la única depositaria de una ética y de una estética con poder de comunicar y revolucionar. Quizás por eso aquí bien vale citar aquella vieja afirmación de César Vallejo: «No hay más que una revolución: la proletaria, y que a esta revolución la harán los obreros con la acción y no los intelectuales con su crisis de conciencia».

Lejos de una literatura intelectual, esta que nos ofrece Santiago Dimas Aranda está más cerca de una literatura realista y, cuando cruda, descarnada y despojada de oropeles

retóricos como es, nos invita a compartir las opciones de vida de quien tan sinceramente, con pudoroso silencio, las escribe.

Víctor Casartelli [14] [15]

Primera parte
Vida y ficción

[16]

[17]

Los desterrados

-¡Por Dios Santo, Hermelinda! ¡No hay lugar en la tierra para nosotros! -dijo Loreto Paiva con una herida en la voz, en tanto se desplomaba en el catre que yacía debajo de un yuquerí-. ¿Adónde iremos ahora? ¡¿Adónde?!

Su morada estaba allí, casi en el agua; una suerte de rancho armado con arbustos, lonas y cartones, cuya única abertura daba al río.

Mordido el pecho de amargura, llegaba de la ciudad. Aún en la frágil sombra del arbolejo, su rostro ardía. El sol, que estallaba sobre las ondas del río sumamente crecido, lo venía encandilando desde que entró en el bañado, impidiéndole sortear los aguachares del camino.

Era mediodía. Loreto llegó empapado. La mujer, en cuclillas, apantallaba un fuego agónico. Se tapó los oídos. La vehemencia progresivamente amarga de su hombre la atormentaba, tanto que llegaba a pensar que algo grave pudiera tener en la cabeza. Por fin, despacio, se levantó y caminó hasta cerca de él. Lo miraba insegura. Sus labios cuarteados y sus ojos muy irritados por el humo de la leña de yuyos no se movían.

Loreto tendió la mirada turbia alrededor del rancho buscando a los hijos. Recién entonces la mujer habló:

-Se fueron a cuidar autos -dijo-. Si consiguen plata van a traer galleta.

Un cansancio no sólo físico dominaba a Loreto. En su ausencia, durante la mañana, el agua había avanzado casi tres metros. Fatalmente, en un par de días más, el rancho estaría inundado, motivo hartamente suficiente para sentir postrado el ánimo. [18] De pronto, de tanto

abatimiento, quedó sumido en un fatigoso sueño. A Hermelinda le seguía zumbando en el oído su lastimera pregunta: ¡¿Adónde!?

Provenientes de múltiples lugares -caso curioso-, habían ido finalmente a parar en ese lodazal. Tanto Hermelinda como Loreto iniciaron su andar peregrino siendo aún adolescentes, cuando sus respectivas familias, empujadas por extremas necesidades, emigraron a la Argentina. Allí tuvieron trabajo y un discreto pasar. Años después, los jóvenes se juntaron. Se hicieron de una vivienda y pronto tuvieron dos niños. Les iba bien. Pero llegó un mal día en que, espantados por la violencia desatada en aquel país, malvendieron sus pertenencias y nuevamente cruzaron la frontera.

De vuelta a la tierra natal, no buscaron alojarse en los pueblos. Campesinos al fin, prefirieron regresar al agro. Y en ese afán, buscando un espacio para afincarse, llegaron hasta un lejano paraje, en pleno monte, donde se sumaron a otros establecidos con anterioridad. Éstos les dijeron que la tierra era fiscal, que podían levantar un rancho y empezar el desmonte. E incluso les ayudaron a hacerlo. Y ellos, que nunca conocieran un gesto solidario, no sabían si soñaban o vivían despiertos.

Poco después, dada la casual presencia de un hombre que llegó pidiendo posada y decía ser gestor agrario, los Paiva y sus vecinos encargaron los trámites pertinentes a fin de asegurarse la estabilidad en esas tierras. El hombre les advirtió que la cosa no sería tan simple ni tampoco gratuita, lo cual era previsible. Todos estuvieron de acuerdo con el precio. Y los Paiva, que por suerte contaban todavía con parte del dinero obtenido de sus ventas en la Argentina, también lo aceptaron. El gestor se llevó consigo los datos de las personas y de los predios ocupados, y prometió novedades para dentro de seis meses.

Mientras tanto, todos continuaron trabajando de sol a sol, sin tregua, transformando la breña salvaje en promisorios plantíos. [19] Los Paiva, al igual de los demás, derrochaban optimismo. A cada esfuerzo, la gleba oscura les retribuía con tiernas mieses. Y la esperanza les sonreía como un niño que empieza a caminar.

Apenas vencido el plazo, el gestor reapareció. Traía un bolso con varios rollitos de papel mecanografiado. Los textos tenían por título «Certificado de derecha». Al pie había una intrincada firma y un sello morado.

-Es una venia de usufructo de acuerdo a las leyes agrarias -dijo el hombre a modo de explicación.

Y bien, cada cual le dio su paga, y se fue. Para los Paiva y demás beneficiarios, aquel «Certificado» era motivo de gran alegría. Representaba seguridad, tranquilidad y un estímulo para entregarse al trabajo por entero. Loreto Paiva, aunque corto de fondos, quedó contento. Esperaba resarcirse de lo gastado con la primera cosecha, la cual estaba casi lista. Y, efectivamente, fue ésa una buena cosecha. Les dejó alimentos, ropas y algún dinero en efectivo, parte del cual, Loreto se apresuró a depositarla en la caja fuerte de una financiera de su confianza que operaba en el pueblo más cercano, donde, seguramente, algún beneficio había de rendirle. Todo le hacía suponer que ese dinero iría creciendo año tras año.

El invierno encontró a los Paiva reunidos en un cálido rancho con olor a nuevo, con mazorcas que llenaban los tendales y un fuego crepitante en la cocina donde la buena comida no faltaba.

Era el primer invierno que pasaban allí. Terminada la cosecha, la tierra descansaba en espera de la nueva semilla y del nuevo esfuerzo. Sólo hacía falta una lluvia para empezar la arada. Lastimosamente, desde el pasado otoño no llovía. Durante la cosecha, el tiempo seco resultaba una bendición. Pero luego, al prolongarse con exceso, la sequía se tornó preocupante.

Dos meses más transcurrieron y, al extremo de la angustia, en lugar de la ansiada lluvia - ¡cosa de no creer!-, algo consternante y desolador llegó a los ranchos: un escrito de una tal [20] «Silvícola Marangatú» que mandaba desalojar y alambrar toda la comarca.

Desmoralizados, aunque con alguna esperanza todavía, los colonos -porque aquella era ya una hermosa colonia- presentaron sus reclamos presurosos a las instituciones correspondientes, pero ninguno prosperó. «Ustedes ocuparon propiedad privada -se les dijo-; el delito que cometieron no les da derecho a nada; al contrario, si insisten, pueden ser castigados por la ley». Ningún testimonio fue válido, ningún «Certificado de Derechera» ni nada. Para ellos no existía derecho ni razón. Sólo la «Silvícola Marangatú» los tenía. Y ante la resistencia que, ciegos de indignación, iniciaron en defensa de las que aún creían sus legítimas posesiones, llegó gente armada y uniformada, y la violencia cobró ribetes descomunales. En conclusión, todas las cabañas fueron reducidas a ceniza, y sus moradores, sin importar edad ni sexo, muertos o encarcelados.

Los Paiva, desde entonces incomunicados y sin ningún proceso, se pasaron restando años, meses y días a la existencia. Y llegado finalmente el día cero, secos los ojos, sin horizontes la vida, de pronto se encontraron arrojados en una calle de hostiles piedras. Estaban, pues, en libertad, pese a las muy difundidas acusaciones de bandoleros y terroristas esgrimidas en contra de ellos. Eran libres de irse, mas no sabían adónde. Nada veían delante, nada atrás, que pudiera sostenerlos o guiarlos. Padres e hijos estaban enteramente anonadados. Para ellos, también la vida había quedado detenida durante la noche interminable del presidio.

Y en ese desértico momento -en que estar libres era peor que encerrados porque ni la esperanza estaba salva-, Loreto, sin embargo, como despertando de la horrible pesadilla, se acordó de repente de la financiera aquella depositaria de su ahorro familiar. Y pudo recordar entonces, como consecuencia, del recibo que le habían dado y que tenía escondido en algún pliegue de la ropa -harapo en cuatro años de prisión- que aún llevaba puesta. [21]

Dejó a la mujer y a los hijos refugiados en una vieja recova, y él tomó la ruta. Caminó días y noches sin un bocado, sólo bebiendo el agua de los arroyos, hasta llegar al pueblo donde creía tener su dinero.

Y, menos mal, lo tenía. Lo recuperó tal cual era. En cuatro años no había crecido un céntimo. Pero él se calló. Tenía su dinero y dio por ello gracias a Dios. Al recibirlo, su

primer pensamiento fue el de comprarse un terrenito, hacer propio un espacio donde alojarse con su familia.

Volvió a la ciudad en ómnibus, y ni bien allá, echose a recorrer las calles, visitando las numerosas empresas dedicadas al lucro inmobiliario. Pronto debió convencerse de la enorme devaluación de su dinero, tanto que apenas le alcanzaba para cubrir un par de cuotas del más modesto lote. No solamente su capital no había crecido sino, al contrario, se achicó. Pero Loreto, apasionado por poseer un rincón donde afirmarse para comenzar de nuevo, resolvió cerrar trato con una de las empresas. Pagaría sólo una cuota de entrada y el saldo en sesenta mensualidades, ya con el fruto de su trabajo, desde luego, porque algún trabajo tenía que haber para él en la ciudad. Lo daba por seguro. Después de tanta yeta, no era posible que allí no le fuera mejor.

Así las cosas, los Paiva caminaron hasta un lejano predio, hacia las afueras de un poblado nuevo llamado Villa Presidente. Allí juntaron pajas, trozos de madera y otros materiales, con todo lo cual más una sin par perseverancia, formaron un cobijo. Después, mientras Loreto emprendía la búsqueda de algún trabajo, la mujer y los niños se ocupaban de remover la tierra con improvisados instrumentos de madera que obtenían de los cercos vecinos, preparando almacigos y plantando cuantos naranjitos y arbolillos útiles podían encontrar en los alrededores. Así, nuevamente, recomenzaban el futuro.

Luego pasaron días, semanas, y pasó el mes. Contrariamente al vaticinio de Loreto, la ciudad no ofrecía ocupación valedera [22] para un labriego como él, menos aún teniendo un antecedente como el suyo de peligroso bandolero y terrorista según las informaciones difundidas en su contra, aunque hubiesen quienes pensarán que aquella acusación no era más que un justificativo para mantenerlo preso. Apenas pequeñas changas conseguía, si bien ninguna desechable, por supuesto, dada la situación que atravesaban. Sobrevivir era lo principal, naturalmente. Y eso, por suerte, Loreto lo podía lograr. Pero el tiempo huía entre tanto y el pago de las cuotas del terreno se veía postergado sin remedio. Ganar un salario que al menos las pudiera solventar, de penosa esperanza pasaba a ser un verdadero sueño.

Al tercer atraso, la inmobiliaria envió un aviso; al sexto mes, el desalojo, procedimiento legal y usual, desde luego; rutina de la libre empresa.

A partir de entonces, durante todo un año, los Paiva rodaron de ajeno en ajeno, hasta que, desplazados de todos esos sitios, entraron a pensar en un recurso extremo. Ocuparían algún espacio que nadie pudiera reclamarles; algún pantano o algo parecido. Y al momento concibieron la idea de meterse en los bañados del río, áreas inhóspitas, declaradas insalubres. Ocuparían un redondel cualquiera, mínimamente habitable, aún compartiéndolo con las ratas y culebras.

Así llegaron a esa orilla, como última opción, segregados por una sociedad sin alma. El río -menos mal- se veía acogedor, mansamente acostado en su lecho natural, abierto y tibio, tal el regazo líquido de la pródiga Natura, tan benévolo y hasta capaz de ayudar. Sin pensar más, armaron el ranchito a unos treinta metros del agua, sobre un banco de arena casi firme, si bien rodeado de algunos aguachares con camaloes y arbolillos de yuquerí. Ahora, con que Loreto pudiera seguir teniendo alguna que otra changa en la ciudad, la vida continuaba

para ellos, y tal vez con menos sobresaltos. Por de pronto, ya la pesadilla de las cuotas impagas la podían olvidar. En cierto modo, la inmobiliaria los liberó de todo, [23] incluso del sueño del terreno propio. En adelante quizá pudieran dormir tranquilos. Nadie había de reclamarles ese lugar pestífero, salvo las sabandijas.

Pero algo quedaba del cual ni allí podrían estar libres: la miseria. En efecto, por causas que escapaban al conocimiento de los Paiva, la desocupación y la carestía se agudizaban. Al poco tiempo, Loreto no conseguía ni la mínima changea. Invertía días interminables en caminata estéril. Para colmo, desde que se instalaran junto al río, fuertes vientos del norte predominaron arrebatándoles el último recurso: la pesca.

Una mañana, al cabo de varias noches sin un sueño, Hermelinda se levantó ni bien se marchara su hombre y despertó a sus hijos diciéndoles:

-Yo también me voy a buscar trabajo. Si Loreto llega primero, díganle nomás que vuelvo enseguida. Ustedes vayan a tirar la liñada por si acaso pica algo. Si consigo plata, he de traer galleta -y salió.

Esa noche, la pareja riñó, hasta que al fin ella se impuso. Iría a trabajar de mucama en una casa de citas.

-Es en el centro mismo -dijo-. Un trabajo como cualquier otro. Además, la plata vale lo mismo venga de donde venga. Total, ¿a quién le importa? Pedir limosna es peor. Y peor morir de hambre. No podemos seguir así, Loreto...

A pesar de la contrariedad del hombre, comenzó desde el día siguiente. De entrada debió pedir un adelanto para los pasajes. Al terminar la semana pidió otro, esta vez para costear la buena presencia que le exigía la casa. Así concluyó el primer mes con lo justo para los pasajes del próximo. Pero continuó. Necesitaba la comida que recibía, mitad de la cual guardaba para llevarla a su gente. Al tercer mes, ya persuadida de que aquello no valía la pena, se dispuso a dejar. Fue cuando la patrona de pronto la llamó.

-Quise darte la oportunidad de ganar plata -le dijo-. Yo, mucama casi no necesito. Más me importa tu trabajo en la cama. [24] Pero vos no mostrás interés. No sos muy fea, pero ya veo que no servís para esto. En dos meses agarraste apenas cinco tipos. Y eso que te doy doscientos guaraníes extra por cada uno. Pero ni así. No servís para este trabajo.

Fue su último día de mucama. Por suerte, los chicos se habían iniciado en el oficio de cuidar autos. A medida que la escasez empeoraba en los sectores marginados, en ciertos otros se multiplicaban los coches de lujo. Los noveles cuidadores, que rondaban los quince años aunque aparentasen diez, obtenían, con un poco de paciencia y otro de picardía, algunas monedas de propina. A la noche, padres e hijos se reunían en el río. Hablaban poco, sólo monosílabos, lidiando con los jefenes y los hilos de pescar. En la orilla hervía una lata. Dentro iban a parar los mandíes y algunos carimbataes. Ciertamente, era de imaginar cómo pasarían sin ese río.

Pero, en los primeros días de febrero, Loreto tuvo una corazonada. Ni bien se enteró de la muerte accidental de un peón albañil en una obra importante, allá se presentó. La construcción «caminaba» pese a la crisis porque el propietario era capo del gobierno. La obra debía ser entregada a plazo fijo, y la falta del peón causaba demora. No había tiempo para elegir. Loreto llegó a punto. Ni el nombre le preguntaron.

Esa semana cobró tres días de trabajo, suficiente para que la vida de los Paiva comenzara a mejorar. Ahora podían comer todos los días. Hermelinda pudo usar carbón en lugar de la leña de yuyos. Tres semanas después hasta los chicos pudieron inscribirse en una escuelita orillera y se compraron lápices y cuadernos. Pero la cuarta semana fue de lluvias interminables. Llegó marzo y los chicos no pudieron asistir a clases.

Por desventura, esas lluvias marcaban el comienzo de una nueva y muy apresurada mala época. Sucedió, en efecto, que no solamente anegaron la escuela sino, como verídica fatalidad, provocaron la paralización en el trabajo de Loreto, siendo él uno de los primeros cesantes. [25]

Para colmo de males, a mediados de marzo arrancó la creciente. El agua empezó a roer centímetro a centímetro los bancos arenosos. Loreto, que apenas podía dormir de preocupación, madrugaba día tras día para continuar la búsqueda de trabajo. Encendía el fuego y, en tanto calentaba la calderilla de lata, escudriñaba el río. Luego de beber su «cocido», clavaba una estaca en la orilla y se iba. A su vuelta, invariablemente, la marca estaba sumergida. Aquél ya no era el manso río acostado en su lecho natural. Crecía sin pausa, amenazando el rancho con un cerco siniestro. No cabían dudas; el redondel que habitaban estaba condenado. Nuevamente, además de golpear puertas pidiendo trabajo, tenía que buscar un espacio sin dueño, algún hueco cualquiera acorde con su extrema indigencia. Y esta búsqueda no admitía demora. Era cruelmente perentoria.

Fue en medio de ese trajín desesperado que se enteró de la existencia de cierto organismo benéfico que ayudaba a los damnificados por la creciente alojándolos en lugares de emergencia. Casi podía decir que se le abría el cielo. De inmediato, dejando de lado su otro afán, corrió a buscar esa ayuda. Se presentó. Pero, al exhibir su documento de identidad -malhadado requisito-, la persona que lo atendía lo sometió a un minucioso interrogatorio, constatando sin lugar a dudas de quien se trataba. Y con falso comedimiento, te dijo:

-Lastimosamente, señor Loreto Paiva, no hay lugar disponible.

Inútiles fueron las súplicas. Ese nombre causaba pavor. La acusación hecha pública por todos los medios de difusión, al no haberse rectificado, seguía vigente. Era un brutal estigma que lo excluía de todo.

Fue, pues, luego de aquella última estéril gestión, que regresaba a la morada del bañado enfermo de amargura, lamentando a viva voz la maldita suerte que compartía con su familia. Sin ganas de seguir buscando, ni seguir viviendo quizá, llegó con su plañidera [26] protesta, tumbándose sobre el catre tendido bajo el yuquerí, donde al final quedó dormido.

Hermelinda, de nuevo apantallando el fuego, no apartaba de él sus ojos desorbitados. La había asustado la voz sumamente afectada de Loreto, cuya salud mental, al cabo de tanto sufrimiento, creía trastornada.

Dormido su hombre y presa ella de tanta desolación que la invadía, se puso a mirar el impresionante río, comenzando por divisar a lo lejos un gran manchón de camalotes que la corriente traía. A medida que aquello avanzaba, le llamó la atención su desplazamiento diferente al de los demás manchones que lo acompañaban aguas abajo. Continuó observando el bulto y, de repente, para su mayor extrañeza, vio que dejaba la correntada describiendo una lenta curva hacia la orilla, donde al rato quedó varado en el barro, a muy corta distancia del rancho.

Realmente, era cosa de extrañarse, tanto por su comportamiento en el agua como por cierto ruido, no de camalotes, que habría producido al vararse. Hermelinda, viéndolo tan cerca de ella, comenzó a sentir miedo. Corrió hasta el catre, se inclinó sobre Loreto y, nerviosa, le gritó al oído:

-¡Che papá, levántate; hay algo muy raro que trajo el río!

Loreto se sobresaltó, truncándosele al despertar un fabuloso sueño, producto de su ansiedad sobrecargada. Soñaba, pues, con una muy original especie de Arca de Noé, algo como un providencial refugio surto en la orilla delante de su rancho. En eso estaba cuando el grito lo despabiló. Giró la vista soñolienta hacia el lugar, relacionando confusamente lo anunciado por Hermelinda con la imagen del sueño. Y allí, en la misma orilla, en lugar del arca salvadora, sólo un promontorio de camalotes veía. Pero, al mirarlo con fijeza, la forma y el volumen del bulto lo indujeron a sospechar que algo oculto había debajo.

Saltó del catre. Llegó al agua en tres zancadas. Luchó desaforadamente, a tirones, contra el cúmulo verde, hasta deshacerlo. Y [27] debajo -¡oh, sorpresa!-, había un hermoso bote. Desamarrado por la creciente de algún lejano atracadero, venía a la deriva camuflándose muy pintorescamente con la carga de camalotes, hasta que, ya en la proximidad del lugar de estos hechos, atropelló el extremo de un largo espinel abandonado, erizado de anzuelos y tendido a merced de la corriente, el cual, enganchando uno de sus garfios a la madera del bote, lo obligó a describir la curiosa curva que lo llevó a la costa.

Loreto llamó a voces a su mujer. Entre ambos lo desengancharon y, tirando a más no poder, consiguieron desvararlo y amarrarlo en sitio seguro. Luego, tras vueltas y vueltas en torno al bote, ninguna marca particular pudieron encontrar, ni nombre, ni tan sólo un número. Dentro, entre vegetales y barro, había dos remos y una red. Mientras lo examinaban y lo acariciaban como si aquello fuera un ser viviente, ambos se hacían la misma muda pregunta: «¿De quién sería?». Mas, al no hallar en él señal alguna que lo hiciera identificable, una respuesta les pareció la más lógica: «De nadie».

Sobrevino entonces, como por magia, la idea surgida del sueño de Loreto: la de una vivienda flotante, un refugio providencial. Transfigurado por la emoción, se lo dijo a Hermelinda, y ésta, mirándolo desorbitada, no sabía si reír o llorar, porque al verlo tan alterado como lo veía, más que nunca entraba a dudar de la salud mental de su hombre.

Además, la ocurrencia de vivir en un bote -aunque no les quedase alternativa- le resultaba propiamente cosa de locos. Sin embargo, aunque no fuese de su agrado, Hermelinda debía reconocer que el insoluble problema de los Paiva hallaba así solución.

Cuando los hijos llegaron de la ciudad, trayendo, como se esperaba, un atadito de galletas para todos, contemplaron atónitos la inesperada novedad flotante, la cual, por supuesto, les encantó. Y sin detenerse a preguntar siquiera de dónde había salido eso, alegremente se unieron al insólito trabajo de instalar el rancho a bordo. [28]

Loreto hizo del bote no sólo su casa sino, muy principalmente, su elemento de trabajo. Así, de tan singular manera, el labriego desarraigado y arruinado por culpas que no eran suyas, de changador ocasional pasó a ser pescador.

Desde entonces, con el bote-vivienda, la red hallada a bordo y el viejo espinel recuperado del río, la familia se defendió del hambre. Las veces que la pesca abundaba, Loreto subía con su producto a la ciudad, lo vendía y compraba galletas, azúcar, yerba, sal, y hasta bebía un trago. Mientras él negociaba en tierra firme, los muchachos quedaban con la madre en previsión de que algún importuno pudiera confundir el bote con uno suyo y llevárselo. Para mayor salvaguarda, Loreto le había pintado unos ribetes verdes y rojos, y escrito con grandes letras a cada lado de la proa: «HERMELINDA». Felizmente, nunca hubo quien lo reclamara.

.....

Loreto Paiva. Así se llamaba el prematuro anciano que solía venderme pescado fresco, y una vez me reveló que él y Hermelinda, su mujer, vivían en un bote. Sus dos hijos los habían dejado para incorporarse al «servicio de la patria». Quedaron ellos navegando y hablando solos.

Un día llegó con las manos vacías y, muy desconsolado, me dijo:

-Señor, ya nadie me quiere comprar pescado. Todos dicen que el río está contaminado con mercurio, porque así comentan los diarios. Dicen que los buscadores de oro del Mato Grosso tienen la culpa. Y si eso es cierto, señor, no solamente se van a morir los animalitos; también vamos a morir Hermelinda y yo... Imagínese, señor; ni en la tierra ni en el agua podemos vivir... ¿Adónde iremos entonces, señor? ¡¿Adónde?!

Su pregunta desesperada quedó como suspendida en el aire. Aún me parece oírlo. Su vehemencia trasuntaba toda una vida de [29] angustia. Tal vez tenía razón Hermelinda. Tal vez la salud mental de Loreto estaba quebrantada. Y no era para menos.

Hace unos días, según comentaban los diarios, apareció a la deriva un bote con un rancho a bordo. No se mencionaba ocupantes. Era como si nunca existiesen. [30]

[31]

Perdonar es divino

Corría un violento verano plagado de profusa delincuencia, la que en ciertas regiones del país era reprimida con dureza extrema.

El maleante Juan Careaga, con escasos veinte años y ya famoso, regresaba de sus terribles andanzas aun sabiendo que en su pueblo no encontraría perdón. Era que perdón, palabra mansa, no figuraba en el vocabulario de los mandones lugareños. Él, empero, había decidido volver, entregarse, expiar su culpa. Si acaso le perdonaban la vida, sería como nacer de nuevo. Nada mejor le podía suceder.

Con tales pensamientos, venía desandando su camino de crímenes, volviendo al lugar donde veranos e inviernos lo habían visto crecer penosamente, y donde una malhadada noche comprobara con espanto el apagón de una vida entre sus manos.

Ojalá hubiese podido olvidar todo el horror de aquella noche. Tal vez hubiera podido evitar la fechoría si no fuese por un fiero bochorno, de esos que uno lleva hasta la tumba si no se los borra con sangre. La joda era haber nacido macho, aserto que le exigía pública demostración.

Parte de la culpa, desde luego, la tenían los bailes de José Martínez, viejo compinche del comisario, un perdonavidas pasivamente odiado en la comarca. Las arpeadas bajo la parralera del boliche, al sólo ser anunciadas, provocaban vibraciones que subían de las ingles a los pechos, y eran como sortilegios capaces de quitar cualquier mal pensamiento. Por eso, llegada la fecha, todo el mundo olvidaba la odiosa relación del viejo, y la pista se abarrotaba desde el ocaso. [32]

Bárbara y todo, no era fácil olvidar la noche aquella, la lumbrarada de faroles enmarcando el torbellino de faldas, la música de cuerdas, la galopa embriagada de mistela y carmín...

Era la noche de su primer pantalón largo en público, la de su primera masculina euforia. En tren de estrenos, la imaginación le viboreaba cálida, impactada por el fogoso aliento de las mujeres, las muy taimadas, las que al pasar a su lado remarcaban el fru-fru de sus meneos.

Juan Careaga contuvo el trote de su montado. Sonreía rescatando alguna que otra dormida emoción, hasta que, sofrenando la fantasía, hizo como obligándose a sí mismo a despertar, como si en su real situación esas remembranzas cayeran impropias. Endureció el semblante y picó los ijares. Semejantes ensueños debían serle ajenos. Y la sonrisa se le tornó de ajeno. Acabó dejando al caballo descansar un rato mientras él reflexionaba. Finalmente reaccionó: -¡Hijueperra!

¿Qué podía privarle del derecho a recordar? Tensó las bridas y continuó recuperando recuerdos, trotando al tranco de ellos, viviéndolos de nuevo. Ya nunca estuvo en baile alguno como aquél, el de José Martínez, con faroles a carburo y mistelas al anís. Arriba, en un hueco de la noche dormitaba la luna. En lento trote, el viajero posaba la vista en ella una y otra vez. Luna rellena, sensual, como nalga desnuda.

Y siguieron tenaces y punzantes las evocaciones de la noche aquella. Un aire cálido y denso de aguardiente y sudor, una polca que de pronto remontaba las escalas de un color partidario y los faroles que entraban a temblar. Aún le parecía estar viendo sus concéntricos destellos, arcoiris que estallaban en las hojas mojadas de rocío. Y surgió lo peor. Un hombre cuyos ácidos gestos no olvidaba, harto conocido por todos los presentes, hizo su aparatosa entrada. Unos, cautelosos, hiciéronse a un lado dándole paso. Otros prefirieron marcharse. El hombre, alzado sobre enormes botas, paseó la mirada por la pista. Su estatura y su silencio [33] impresionaban. Avanzó hacia las vendedoras de bebidas, alineadas al fondo, a lo ancho del patio. Viejas y muchachas, al verlo dirigirse a ellas, se apresuraron ganándose en atenciones: Señor Comisario, porá guasú, qué pa se va servir... Caraí Comí, vení acá, voy a presentarte a usté mi ñieta... Y vasos tintineantes competían yendo y viniendo. La autoridad bebía manoseando mansas nalgas y mamas.

Entre tanto, el baile recuperaba el furor discretamente moderado a la llegada del huésped, precipitándose ahora hacia su punto escaldante. A poco, la misma tierra parecía contagiada del frenesí danzante cuyas febriles caras lucían una propicia máscara de sudor y polvo. Pechos y vientres cada vez más apretados atizaban una sed sanguínea expresada en contoneos cuyo ritmo ya nada tenía que ver con el de la música. Y en un cenital instante, tan de sorpresa para todos, la tonada rebelde y prohibida de un «solito» electrizó a la concurrencia. Algún osado, conociendo la excesiva tirria del recién llegado mandón hacia las travesuras, le gastaba la peligrosa broma deslizando una buena propina por la tronera del arpa. Y la sorpresa llegó a la mudez cuando un precoz bailarín descalzo apareció toreando solitario en el círculo de faroles. ¡Y era él! ¡Y qué bien lo hacía! Se le contraían y cimbraban las fibras de todo el cuerpo. Las viejas entraron a murmurar; las jóvenes vibraban.

Al cierre de la primera vuelta, alguien del montón le gritó:

-¿Y la pareja, chambón...?

El círculo se apretó. Lo veían aproximarse a un sector del público, tender las manos implorante, y... de pronto, un rumor ahíto de admiración y envidia ganó la atmósfera. Era que la más linda morena del poblado, vanamente apetecida por varios (incluso el comisario), acababa de saltar a la pista. Cabellera arisca al viento, desafiante las caderas, la muchacha se lanzó a girar sonriente, esquivando a su perseguidor, bebiendo ávida la extraña emoción mitad sexo, mitad magia que provocaban los acordes del [34] tabuizado «Solito». Y él, sintiendo un canto en su corazón de macho joven, la seguía: Una sentada, un esguince, una cabriola... y, de repente, un cavernoso vozarrón le pasmó el embrujo:

-¡Pare la música!

Un trío de soldaditos de comisaría, oscuritos y anémicos, apostados a la entrada tal la odiosa costumbre, se le abalanzó con alarmante crepitar de cerrojos. La autoridad, plantada en el círculo, pegó un saque de teyuruaguay, yendo la trenza de cuero crudo a estallar en pleno rostro del bailarín descalzo.

-¡Al calabozo!

A la orden acompañó un elocuente además en cuyo acatamiento pusieron los subordinados su entera obediencia. El muchachito descalzo, pálido ante la agresión, sosteniendo entre los labios el hilo de sangre que le bajaba del pómulos quebrado por el látigo, tenso y frío, giró la vista en torno de sí como midiendo el espacio, y en el segundo crítico en que los soldados lo acorralaban para aprehenderlo, un grito como un rayo rajó el aire, un subrepticio puñal centelleó a la luz de los faroles, y el relámpago puso un tajo en la cara de cada soldado, una mortal puñalada en la panza del comisario y se hundió en la noche.

En el círculo de faroles quedó una roja estela de salvaje fiereza.

Apenas concluido el sepelio, ya el cargo vacante estaba cubierto. El nuevo, de nombre Juan Pío, era teniente de reserva y, según lenguas irreverentes, ex-cuidador de prisioneros de la guerra chaqueña, que era como decir ex-cuidador de cerdos. Llegó de la capital con el tren del crepúsculo. La gente no tardó en enterarse que traía la prioritaria orden de atrapar al asesino a cualquier costo, a los efectos de que recibiera el merecido y ejemplar castigo.

Semanas de terror se sucedieron desde entonces en el poblado. Requisas y apremios inútiles y brutales fueron los signos de la nueva situación local. Y en tanto la flamante autoridad se atiborraba [35] de violencia, el asesino tuvo tiempo de llegar increíblemente lejos. La misma noche del crimen, ayudado por las tinieblas cómplices, había dejado el lugar para dirigirse, pese a su confusión, al común refugio de los perseguidos, el Alto Paraná.

A pocas leguas de su pueblo había encontrado al que debía ser su compañero de confinamiento. Pasía afanoso, con la silla puesta, en tanto su amo, próspero a juzgar por la ropa y las alforjas, dormía despreocupadamente a la sombra de un bosquecillo. Bella estampa lucía el potro; un malacara. El delincuente se le aproximó con modales de amigo, le acarició el testuz, inspeccionó la silla y las alforjas. De ahí en adelante fue hombre de a caballo con aire de importancia.

En las guaridas humanas del Alto Paraná, sólo aquel que cargaba en la conciencia con algún finado respetable o algo de mayor cuantía se ganaba de entrada alguna consideración. El infeliz que llegaba huyendo del hambre sucumbía tarde o temprano, inexorablemente.

Él fue recibido como correspondía, acorde con sus condiciones de coraje y guapeza que, trascendiendo a través de picadas y obrajes, lo habían precedido. Las noticias acerca de sus hazañas corrían sabrosamente aderezadas para el gusto arribeño, de boca en boca. Lo armaron pues, adecuadamente, lo ilustraron en la dura ley de los emboscados. Había caído

en el propicio medio. En poco tiempo, su imberbe jerarquía maleva cobraría justa dimensión.

A poco, en efecto, ya bien crecido en renombre, se ganaba un feroz apodo: «La Muerte». Los malvados capangas obrajeros ya conocían para entonces su contundencia de rayo y su astucia de hombrecillo que encontraba un especial deleite en matar. Incluso los bien resguardados patrones, afamados por sus crueldades, sintiendo el real peligro, huían a ponerse a salvo en los mullidos living-rooms de las urbes. En cambio, curiosamente, para los miserables enganchados con los garfios de la implacable libreta de cuentas, poco a poco, «La Muerte» fue encarnando al vengador cuyo ejemplo habían de recoger algún día. [36]

Mientras tanto, un año escaso fue necesario para que el eco de sus nuevas numerosas hazañas pudiese atravesar las cuarenta leguas que separaban al Paraná del reino de Juan Pío. Sensacionalistas noticieros de la Capital ya se habían encargado de dar destacada difusión a las andanzas de «La Muerte», haciéndolas repercutir en todo el país. «Todo aquel que intentase capturar al maleante -repetían los lectores asombrados- dicen que es hombre muerto..., dicen que ya mató a más de treinta...». Y cada vez que el tren llegaba con más periódicos, más gente desorbitada comentaba lo difundido acerca del personaje, a quien, entre líneas y líneas, ya comenzaban a endilgar posibles pactos con el diablo.

En cuanto al muy férreo don Juan Pío, pese a las habladurías poniendo en duda sus agallas para enfrentarse al famoso malandra, cada día menos podía permitirse volver atrás. Era llegado el tiempo de exhibir la validez de la mentada «carta blanca» que decía poseer, hasta entonces sólo motivo de un odio maligno que él sentía en la nuca. Sucedió que la tal excepcional facultad represiva le permitía liquidar a cuantos «lamuertes» venía se en gana sin tener que afrontar por ello más que la ufanía del deber cumplido. Y, a propósito, habiéndose además establecido una recompensa para el cazador del asesino prófugo, pues bien, de ser él, Juan Pío, el de la colosal proeza, más de un chismoso pueblera había de quedar con jemes de narices, mordiéndose la lengua de envidia.

Ya en pleno ajetreo de partida hacia el Alto Paraná, oyó de bocas disuasivas el cuento de que aquella selva solía tener sus trampas, que muchos otros punidores habían dejado allá sus bártulos..., que un chapetón como él corría el riesgo de pasarse la vida entera en vana búsqueda si no contaba con un rastreador vaqueano. Mas, nadie deseaba ser de la partida, nadie más que los obligados conscriptos de cara marcada y algún otro novato apenas hábil en el manejo de armas. Los muy liosos vecinos servían solamente para desalentar, de tal suerte que a Juan Pío no le [37] quedaba otro recurso sino hacer las cosas del modo que mejor le cupiera. Pero él iba a mostrarles muy pronto sus cualidades. En cuanto a vaqueanos, estaba seguro de poder conseguirlos. Por alguna paga, seguro que los habrá de encontrar en cualquier obraje de la ribera.

Y bien, a la cabeza de cinco fusileros, un día pisó los bordes del vasto misterio forestal. E, increíblemente, desde el primer contacto logrado con gente de los obrajes, su optimismo empezó a sufrir. Era que ningún vestigio válido se le insinuaba, ninguna referencia útil. Aquel que hablaba, mentía o se despachaba con evasivas: «Kyvó ndaipori...», «Oré ndoroicuaai...», «Kyvó ndaipori...». Nadie sabía.

Parcas e invariables respondían esas bocas chupadas por la desnutrición. Sólo una cosa resultaba clara. Entre autoridades y delincuentes, éstos, sin duda, ganaban mayor predicamento. Por solidaridad o por miedo, las bocas preferían permanecer selladas. Y para colmo de males, ningún vaqueano mostraba ganas de correr el albur contra «La Muerte». Pero no faltó -eso sí- quien sobre pies fantasmas atravesara leguas infernales llevando el oportuno aviso al malevo.

Para entonces, Juan Pío notaba penosamente desinflada la moral de sus hombres. La marcha horrible, los voraces insectos y el progresivo miedo los abatían. Pero debían repechar la espesura así sucumbiesen, la maraña que adensaba su carga silenciosa, los espinosos laberintos de troncos y follajes que se trenzaban inexpugnables hasta ocultar el cielo.

La textura insondable del silencio vegetal apretaba gradualmente. Y la angustia, tan real y enervante, devenía que un trino lejano y agónico de tanto en tanto o el sordo cascabeleo de las víboras ayudaban enormemente a recuperar la sensación de estar vivos. Ni fieras ni reptiles aparecían ante la vista, pero estaban sus huellas, diseminadas como hojarascas, cual si fuesen las huellas de seres incorpóreos e invisibles que, sin embargo, los acechaban y les seguían los pasos. [38]

Tras una eternidad agotadora surgía un claro, algún obraje desértico, algún malezal pestífero. Mientras, el miedo crecía, un miedo pronto a estallar ante la caída de una hoja o el chistido de un grillo. Estériles días y noches transcurrían; la vitualla comenzaba a flaquear; el agua escaseaba y ningún obraje aparecía ya. Ni siquiera un riacho. Habían quedado atrás demasiado lejos. Ni siquiera podían saber la distancia que los separaba del río. Cada vez más, los soldados marchaban como pisando un planeta hostil y desconocido, agotados, enfermos, enteramente disminuidos, reprimiendo sus ganas de desertar sólo por el terror a las zarpas feroces. Juan Pío rumiaba con amargura la advertencia de sus odiosos vecinos, rotundas realidades tontamente desoídas. Una sensación desconocida empezaba a subirle por los talones. La creciente abulia de sus hombres lo irritaba cada instante más, soportando la certidumbre de que con ellos nada podría frente al malevaje. Pero los malevos sí -renegaba-, pueden en cualquier momento quemarnos las caras. ¿Dónde estarán metidos los condenados? ¿Será verdad lo de las trampas? La desesperación estaba cerca.

Juan Pío no había podido dormir desde su primera noche en la selva. Centelleos de cuchillos le robaban el sueño. Juan Pío mascaba nacos y escupía hiel. Los pajarracos a menudo anunciaban la llegada de una noche más, otra noche espectral, más temible aún que las anteriores. Desde el alba marchaban jorobándose al pedo, tal mascullaba el teniente Juan Pío. Y llegó un momento en que, consciente o no, se rezagaba, demoraba la marcha.

Se había cargado a la espalda, además de la propia mochila, todo el alimento y el agua que les quedaba. «Lo hago por el bien de todos», había explicado, proveyendo luego la brava consigna de tener que pelear hasta la muerte en cualquier condición. Naturalmente, se trataba de una orden dirigida a soldados, quienes la debían cumplir. Exhausto, se detuvo. Oscuras visiones empezaron a darle vueltas royéndole la imaginación como escarabajos. [39] Abandonar la búsqueda y emprender el regreso fue primeramente un atisbo, una fugaz

idea. Luego sobrevino un inseguro pero insistente propósito, oculto en su secreta cámara de imágenes inconfesables. ¿Qué pensarían por su parte los soldados, los cinco esperpentos, maltrechos por la maraña, en esos mismos instantes? A Juan Pío lo inquietaba más que todo la expectativa de la gente que había quedado en el pueblo con la incrédula antena tensa hacia la selva del este. Las filosas y sañudas lenguas pueblerinas eran capaces de hacer morir de rabia al más astuto. «Y bueno -acabó conformándose-, en el peor de los casos, entre morir o pelear, los soldados elegirán pelear».

Al reanudar la marcha se percató de su excesiva demora. Los soldados, de haber continuado a tranco regular, estarían bastante lejos. Trató de apresurar los pasos, pero ahí surgió lo imprevisto: no veía huellas, las había perdido. Qué hacer. ¿Llamarlos? ¡Ni pensarlo! Por cierto, nada peor podría ocurrírsele. El enemigo se encontraba sin duda agazapado en cualquier lugar de esa selva, cerca o lejos. Más le valía seguir con cuidado.

Los soldados no se habían detenido. Avanzaban, ya en fila de uno en fondo, ya reagrupándose apenas la maraña les permitía, sin mayores tropiezos, aunque sin poder pensar otra cosa que no fuese el «guazú apí» o el «ñujhá mbocá», típicas artimañas del asesinato montaraz, espantados ante la aprensión de tan horrible destino. De pronto, el más avanzado retrajo el paso. Ciertas huellas que creía ver lo azoraban.

-Lo mitáaa -llamó-, Comisariooo, venga un poco a ver esta cosa...

Arrastrados en la semi penumbra, pudieron comprobar de inmediato que se trataba de huellas humanas, frescas, y además, huellas de caballos.

Y fue recién entonces que, buscando obtener la opinión del superior, ¡zas!, cayeron en la cuenta de su desaparición, y el horror ensombreció las caras ya de suyo tétricas. Lo llamaron a media [40] voz, una y otra vez, sin obtener respuesta, lo aguardaron hasta bien entrado el crepúsculo. Y nada.

Mientras tanto, pasado el desconcierto inicial, aunque no el creciente miedo, se asomaban las dudas. El hecho de que la intrincada maraña lo hubiese aislado y apartado del rumbo parecía ser el menos probable.

Uno de los conscriptos que a pesar del abatimiento continuaba examinando las huellas, aseveró lúgubre:

-Son ello nomá, lo bandido...

Todos lo miraron repitiendo en un murmullo: «¡Lo bandido!»

Concluida la estéril espera, un cara cortada dijo:

-Er comisario perdió er rumbo.

-O se cayó en er poder de «La Muerte» -opinó otro. Y un tercero objetó:

-Jhe, no e te catu co jhina Zonzo; llevó todito lo vívere y la agua taen, y la linterna taen...

Sugerida la negra sospecha, siguió un silencio cargado de consternación y de presagios. La noche se venía, y cada cual con un secreto temblor presentía el fin de la marcha. Nuevamente, la voz de un pajarraco sajó el marasmo. El último en hablar, un avispaado negrito, se abrió paso tomando la delantera en presunta dirección al río, nueva meta fijada en tácito acuerdo sin ninguna seguridad acerca del rumbo ni de la distancia. En tácito acuerdo, igualmente, abandonaban al comisario a su suerte. La salvación, ellos la veían sólo al término de ese infierno, a orillas del río. Si el comisario seguía con vida, él haría igual que ellos. Dios lo quiera.

Las armas y demás pertrechos pesaban rotundamente menos que la ansiedad soportada en mente. A través de interminables tacuarales y zarzales avanzaban las sombras acelerando, más que los pasos, el pulso. La hojarasca crujía bajo los pies. En la atmósfera, en los matorrales, detrás de cada tronco, en todas partes, el miedo. Percibían su olor sulfuroso como si fuese una secreción de [41] la sangre, mientras alguien susurraba palabras que parecían surgidas de las vísceras: «La Muerte, ¿por qué le queremos matar?». Y la respuesta la daba el silencio. Seguramente lo querían matar porque se llamaba «La Muerte».

A pocos metros hacia delante, la banda de emboscados aguardaba. No la componían seres humanos. Eran engendros de la noche unidos por una apetencia común: la sangre. Objetos de viejas persecuciones, protagonistas de viejas heridas físicas y morales que no cesaban de arder, eran brazos y ojos en permanente acecho para matar.

Los días marchaban lentos entre la maraña, pero la hora del designio se acercaba cierta, inexorable. El plan de acción, maduro en el ardor de los insomnios, no contemplaba defensa, sólo castigo sangriento y memorable.

Y de cara a esa red fría e implacable, a la noche y a la infernal maleza, cinco soldaditos de comisaría se debatían en busca de salvación. De tanto en tanto, los búhos crispaban el tenso silencio. Los ojos, todos a un tiempo, los buscaban vanamente en medio de una oscuridad casi tangible. Al rato, un silbido al parecer también de ave, y otro, y otro, y un rumor tremante de plegarias inconcretas, y otro silbido, y otro, cada vez más próximos, más aterrantes, ponían hielo en la sangre. Un escalofrío de mal agüero comenzó a trepar por las piernas. Esperar. No. Ya nada había que esperar. Seguir andando hacia el río, supuestamente hacia el río, con sigilo tremendo, amparados, ilusoriamente amparados por la oscuridad.

Es de suponer que no pudo ser tan largo el trecho recorrido desde el crepúsculo cuando, sorpresivamente, múltiples haces de luz de potentes linternas los encguecieron e inmovilizaron, y algo estrepitoso y horrible se les desplomó encima. Se cree que ningún soldado habría alcanzado a usar el fusil. De los árboles, de las tupidas matas, de la maraña toda surgieron descomunales brazos armados de machetes que los degollaron y destrozaron. Era la satánica trampa de la selva que se cerraba sobre ellos. [42]

* * *

Al aclarar la mañana, «La Muerte», quien había encabezado la acción, abandonó su madriguera yéndose a constatar el éxito de la masacre.

Pudo contar cinco cadáveres, cinco despojos humanos incorporados al desecho forestal como sobras de fieras. Y, por primera vez, una horrible sensación le revolvió las tripas. Si uno de los allí despedazados fuese un comisario se habría sentido mejor, menos despreciable de como sentíase ahora, porque esa trampa la había ideado él pensando en monstruos con piel de comisario, no para descuartizar muchachitos descalzos como él. Vengar injurias, vengar su condición de bestia condenada: eso quería. Pero ningún maldito mandón había caído.

Los días y las noches tornáronse desde entonces insoportables para «La Muerte». Obviamente vencido en la lucha que venía librando consigo mismo, de a poco caía en la cuenta de cuán espantoso era su papel. Y una noche, en medio de una torturante velada, de esas que se pasaba peleando con su macabra sombra, resolvió acabar definitivamente con ella. Luego, pudo dormir.

Hacia el alba, soñando con amables y pacíficos aconteceres de su vida anterior, tuvo de pronto ante sí la presencia de una anciana de blancos cabellos que se inclinó sobre su rostro dándole un tibio beso en la frente. De inmediato, «La Muerte» reconoció en ella a su madre, y despertó temblando. Ya despierto, aún continuaba viendo esa cara senil abatida por la tristeza. Se palpó la frente donde todavía la impresión del beso creía sentir. Tendió los brazos tratando de asir la visión que se diluía, y sus manos desoladas acabaron uniéndose en un amargo rezo.

«La Muerte» ya no pudo pegar los ojos. La vastedad selvática, negra fragua, le abrumaba el pecho. Nunca le había sucedido cosa igual. Y concluyó pensando que si su madre llegaba junto a él conducida por el sueño, era porque lo necesitaba. E, [43] imprevistamente, todo le pareció resuelto: se irá. Dejó el jergón, caminó en busca del malacara que dormía a pocos pasos de él, le habló al oído:

-Pyjharevé ya jhata, ta manó vaerá yepera-e, yajhata.

Se irán, pues, por la mañana; aunque él tuviese que morir, se irán.

Y esa quieta y cálida mañana, llevando de las bridas al montado, igual como si llevase de la mano a un pedazo suyo, se puso en marcha. Se iba sin despedirse. Abandonaba a su banda para siempre.

Comenzó perforando a machetazos la fortaleza verde erguida a su paso. Lo azuzaba una especial ansiedad. El destino lo atraía con poderosa fuerza. Luchando duramente contra la maraña, su aliada hasta ayer, iba vencéndola poco a poco, doblegándola, como logrando que la misma naturaleza lo comprendiese. La selva fue cediendo, dándole paso. Así, desde la mañana hasta la noche, durante días interminables. Ni el cansancio, ni el hambre lo

detenían. Sólo se preocupaba del malacara; de tanto en tanto le dejaba tomar su alimento. En cuanto a sí mismo, ya estaba acostumbrado a soportar largas jornadas sin comida ni agua. No deseaba otra cosa que ver el ancho cielo y el camino abierto por donde un mal día llegara a ese infierno.

Y un mediodía, al cabo de una eternidad luchando, una vasta claridad le anunció el comienzo de la llanura. «La Muerte» sonrió suspirando. Todas sus hoscas premoniciones, hijas de la penumbra salvaje, se llenaron de luz. En el horizonte veía un resplandor hermoso. «La Muerte» emprendió galope. Tanto él como el malacara bebían con avidez el aire abundante y dulce, aunque les costase aguantar el pleno sol. En la llanura, inmenso espejo, «La Muerte» podía contemplar el verdadero rostro de su desolación. Ya no pertenecía a esa especie común que vive al sol todos los días. Las tinieblas incorporadas en él, los crímenes, lo habían enajenado, alejándolo del ámbito humano como si fuera un [44] leproso. Y la funesta verdad emergió entonces de sus oscuras reconditeces: él, «La Muerte». Pero continuó andando, avanzando en esa batalla contra un pasado aún no pasado que le oponía una barrera de cadáveres, desalentando sus ansias de paz.

Abierta la llanura y claro el cielo. La esperanza se le escabullía como niño travieso, huía, se diluía en el horizonte, pero su esperanza era fuerte y regresaba, a veces representada por la blanca cabellera de su madre, a veces por las negras trenzas de alguna moza. La esperanza renacía día tras día, con cada nuevo sol. Las noches lo ayudaban en la tarea de sopesar sus negras horas, tan cuantiosas como las estrellas, sus horas perdidas, sus horas muertas y las que quizá le esperaban. Últimamente venía prefiriendo la noche para cabalgar. El malacara se fatigaba menos por la noche, y él podía contemplar en toda su vastedad el mar de las estrellas, enamorarse de la luna, recordar.

A pesar de las paradas cada vez más frecuentes y prolongadas, el malacara se debilitaba, pudiendo apenas resistir el peso del amo. Pero debían continuar, ya de día, ya de noche. Tenían que llegar.

Y una calurosa mañana, desde lo alto de una colina, «La Muerte» avistó a lo lejos, borrosamente, como en un sueño febril, el ceniciento esbozo de un pueblo, ¡su pueblo! Un violento aleteo sintió en el pecho. El malacara, aunque mustio, alzó los bellos remedando un relincho. «La Muerte» lo obligó a galopar, pero el maltrecho animal, con cuarenta leguas andadas en los huesos, anduvo sólo unos pasos, trastabilló y acabó meneando penosamente el testuz. El amo lo condujo entonces hasta un bosquecillo, lo alivió del apero, y el malacara abandonó la sombra olfateando hacia una hondonada cercana. «La Muerte» lo siguió, y amo y caballo pudieron beber de un hoyo azulenco y tibio. Y ahora sí, al malacara le entraron ganas de pastar. El viajero, no tan preocupado por el vacío del estómago como por el gran vacío de la propia vida, se acostó a la sombra del bosquecillo, afanándose en atar [45] cabos y despejar telarañas. Esa parada sería la última. Ya podría aventurarse a pensar que estaba en casa. Atrás, muy lejos, borrábansele la selva y sus trampas feroces. En el extremo opuesto del derrotero, muy cerca ya, casi al alcance de las manos, empezaba a cobrar forma verídica el objeto de su regreso, el renacimiento de su corazón, bien que la incertidumbre todavía mantuviera el suspenso entre la vida y la muerte. Su emoción se anticipaba al reencuentro con su gente, al reconocimiento de las viejas moradas de lodo claro, de las esquinas donde los recuerdos le saldrán al paso, de cada palmo de tierra pisada

por sus pies. En una de esas casitas orilleras, olientes a bosta vacuna y yerba buena, encontrará a su madre. Ya la estaba viendo. Le veía los ojos perdidos en la lejanía buscando al hijo, los cabellos prematuramente blancos debido al sufrimiento, los brazos vanamente tendidos, agobiados de ausencia.

Llegó un oscuro río inundándole los ojos, y se durmió. Pero fue el suyo un sueño intranquilo y breve, despertándose azorado al poco rato. Al despabilarse tuvo la sensación de haber oído el traqueteo de un galope, y se levantó de un salto. Lanzó miradas desorbitadas hacia la hondonada, hacia la loma, hacia el camino, y ni rastros veía del malacara. Corrió silbando, llamándolo a gritos, y nada. El malacara no estaba. «La Muerte» regresó entonces vencido, dejándose caer pesadamente a la sombra del bosquecillo, hundido el rostro entre las manos, muy dolorido. Pero luego, como repentinamente iluminado, se levantó de nuevo, examinó con detención el lugar donde estaba, se frotó los ojos y repitió la operación. Y sí, se convenció por entero. Allí mismo, en ese mismo paraje y en esa misma sombra, años atrás, dormía un hombre. A la vera de ese mismo sendero pastaba el malacara, un potro de bella estampa. «La Muerte» acabó comprendiéndolo todo: El malacara ha vuelto a su mundo de paz. Una profunda envidia sentía por él.

Pequeño y pardo como antaño, batiendo el polvo con los pies hinchados y descalzos, se largó rumbo al poblado. No cesaba [46] de recordar al malacara en tanto zancajeaba tragando un nudo salobre, pero al cabo debió resignarse. También el animal tenía derecho a regresar al redondel de su querencia.

Al reponerse, el optimismo volvió a él con la esperanza y la urgencia por ver a su madre. La verá cueste lo que costare. La abrazará y le secará las lágrimas con sus besos. Después ya no le importaba si lo metían preso. Sabrá entonces la diferencia que existe entre la cárcel de la selva y la de los hombres. El darse preso voluntariamente tal vez contribuyese a que le perdonaran la vida. Salvar la vida. Eso le importaba. Casi se sentía seguro de ello. Desde luego, llegando totalmente desarmado y en son de paz como venía, nadie podía sentirse autorizado a dispararle. Él se entregará. Que le den los años de prisión que deseen, pero con vida. Que le perdonen la vida.

Desde el día que abandonó la selva, la idea del perdón venía creciendo en él. Por su parte, él ya comenzaba a perdonar. Perdonaba, por ejemplo, a los soldaditos aquellos que intentaron ponerle la mano encima en pleno baile, sin darse cuenta los infelices que en una noche de ésas, el corazón de un macho tiene precio muy alto. Él perdonaría a mucha gente, incluso al padre que nunca conoció, que lo engendró dejándolo solo en un mundo perverso, principal responsable de sus crímenes. ¿Y al comisario aquel, su maldito agresor? ¡Ah, a aquél ni el demonio lo perdonaría! ¿Y a Juan Pío, el hijueputa que lo forzó a cargar la conciencia con tantos muertos inocentes? A Juan Pío, quién sabe, acaso podría ser. Pero, ¿y a él? ¿A él, «La Muerte», le irán a perdonar la vida?

Se detuvo agitado. Al levantar el ruedo de la camisa y secarse el sudor, su mano tropezó al azar con algo pendiente de un hilo, algo renegrido por la grasitud, algo olvidado desde hacía tiempo, olvidado como su propio verdadero nombre, como su propio credo. La madre se lo había puesto al cuello cuando niño. Según ella, ese amuleto debía ser su «abogado» previniéndole contra las víboras, los malos aires y las balas. Él lo había olvidado. [47] Sin

embargo, ese «abogado» era sin duda el que venía protegiéndolo sin que se lo pidiera. Pues bien, ahora se encomendaba a Él, su «abogado», que no habrá de permitir le quitasen la vida.

* * *

José Martínez ensillaba el matungo sin perder detalle del trajín que notaba en la comisaría de enfrente. Los soldados de Juan Pío, que le fueran repuestos en su totalidad luego de la desastrosa campaña selvática, ultimaban tan serios aprontes que excitaban la natural curiosidad del bolichero. Su ansiedad obedecía sobre todo al hecho de no haber podido tragar por entero cierta historia referente a la epopeya del Paraná. Del informe conocido entonces, innecesariamente divulgado por el propio comisario, desprendíase que luego de haber diezmado personalmente a los tenebrosos calculados en medio centenar, se habría abierto paso a plomo limpio, burlando la trampa que le tendieran, en la cual cayeron todos menos él, gracias a Dios.

Así convertido en baboso héroe, a José Martínez le daba asco. Acabó de ensillar, montó y salió.

-Güendía, don Juan Pío -saludó de paso-. ¿Hay levantamiento o qué?

-Algo peor, don José -repuso grave el de la ley-. ¿Se acuerda del malevo que liquidó a mi finado colega?

-¡Sí, señor!

-Güeno, está por llegar.

-¡El famoso «La Muerte»! ¿Y cómo supo la noticia?

-Figúrese, don José, el hacendado don Anselmo le encontró dormiendo en el mismito lugar donde le robó su malacara hace alguno saño... El hombre me trajo el animal, postrado como jusamenta.

-¡Ayjuepete! Ande con cuidado don Juan Pío; dicen que a ese bicho le gusta la carne de comisario... [48]

Y el bolichero se alejó boqueando una suerte de risa que daba miedo.

A los soldados, ninguna gracia les causó la ocurrencia. Era notoria la hostilidad que trasuntaban tanto las palabras como los gestos.

El vejete, haciendo como si sólo le importara el matiz cómico del drama en ciernes, se largó a campo traviesa. Y apenas estuvo solo, sin nadie más que el matungo para oírlo, con voz gruñona declaró: «Éste le va matar a traición, le falta güevo para hacerle frente, seguro que le arma una trampa en el arroyo y le mata a traición...».

Hincó espuelas al matungo. «Una sola vez se quema el gato, suele decirse», continuaba. Y casi a gritos, en tanto el matungo galopaba resoplando, sentenció: «Éste le tiene miedo a «La Muerte», por eso le va matar a traición...».

A escasa media legua del arroyo, surgió de la maleza como una visión, cruzándose delante del malhechor que avanzaba zancajeando sobre la arena caliente.

-Muchacho -empezó diciéndole-, si querés salvar la vida, escapate.

El viajero lo miró desconfiado, sin detenerse. Lo esquivó y siguió andando. «Viejo zorro -pensaba-, compinche de cuantos comisarios pisa el pueblo».

El viejo siguió a su lado insistiendo:

-Muchacho, yo sé lo que te digo, te va matar, escondete antes de que te vea...

El viajero siguió trotando. Tenía ocupada la mente en otra cosa: la madre. Ni el hambre, ni el cansancio, ni las palabras del viejo lograban suficiente fuerza para detenerlo. Llegará... Por otra parte, no le cabía en la mente que un hombre desarmado que llegaba para entregarse lo fueran a matar.

José Martínez no insistió más. Perdía el tiempo. Desalentado y entristecido, torció el rumbo alejándose por donde vino. Ya en [49] camino pensaba que debió advertirle sobre la trampa. Pero de nada valdría. La tozudez del viajero lo descorazonaba.

El calor y la sed apretaban como nunca. Sin embargo, el viajero sonreía. Llegará... Bruscamente, la carretera se largó en busca de otro nivel, serpenteando por la pendiente antes de retomar la horizontalidad. Hasta el borde boscoso del arroyo, todo se veía desértico. Nadie más que él batía el polvo calcinado bajo el sol. A través de algún raleado follaje comenzaba a ver las primeras techumbres del poblado. Ya podía oír la voz del agua bullendo entre las piedras. ¡El agua!

* * *

Al apearse José Martínez de vuelta en su boliche, una cerrada descarga hizo vibrar la tierra bajo sus pies. Y como catapultado por la impresión de nuevo se horqueteó en la montura y hundió espuelas. «Ojalá -mascullaba para sí- que los presentimientos me fallaran». Pero tan seguro estaba que ante las voces preguntonas que le salían al paso mientras galopaba cruzando el caserío, él sólo respondía a gritos: «¡Lo mató a traición...! ¡Lo mató a traición...!».

Una espontánea muchedumbre lo siguió, desembocando al rato en la carretera que llevaba al arroyo. Poco antes de llegar, se cruzaron José Martínez y el comisario que regresaba galopando solo y sombrío. Al rato, también la muchedumbre se cruzaba con él, abriéndose en dos para darle paso. El comisario nunca saludaba. Por eso no causó extrañeza

que no lo hiciera. Regresaba metido en sí mismo, huyendo de la polvareda que parecía querer sepultarlo.

En el arroyo, todavía el aire olía a pólvora. «La Muerte» yacía de bruces, cubierta la espalda de agujeros manchados de rojo sucio. Más personas llegaban y crecían los comentarios. Todos miraban el cadáver, los agujeros, y se fijaban en los soldados que permanecían inmóviles, clavados los ojos en tierra. [50]

-Parece un limosnero -dijo uno dirigiéndose al viejo-. ¿Por qué le mataron?

José Martínez calló. Las miradas paseaban sobre el cadáver yendo y viniendo. También las moscas. Alguien mencionó al juez que debía verlo y dar fe.

-¿Nadie sabe dónde vive? -preguntó luego.

-El comisario ha de saber seguramente -dijo otro.

Hacia media tarde, cuando la gente empezaba a retirarse, llegó sudoroso y rojo un emisario. Traía instrucciones de trasladar al «orciso» al pueblo. Dos hombres cortaron ramas y señalaron el preciso lugar donde debía plantarse la cruz del finado. Enseguida lo terciaron sobre la grupa del único montado que allí había, el matungo de José Martínez, y el cortejo se puso en marcha envuelto en una nube de polvo rojizo. A la entrada del poblado se sumó al grupo una anciana de rostro palúdico, ceñida en terroso manto. Apretaba un crucifijo contra el pecho y se mordía los labios.

-La vida es puerca -dijo José Martínez para quien quisiera oírlo-; ésta es la madre del difunto; mejor hubiera sido si el hijo se le pudría en la panza.

-Mejor -reafirmó otro.

A poco de andar, la lenta anciana quedó rezagada. Cuando pudo llegar al rancho, ya el cadáver estaba tendido sobre un largo apycá de madera labrada al hacha. Le cruzó los brazos atándolos con un trapo oscuro y le aplicó el crucifijo sobre el esternón.

José Martínez mandó a buscar dos velas. «La Muerte» yacía cetrino, sucio y más pequeño que nunca.

Al crepúsculo, Juan Pío llegó acompañando al juez, quien lo miró contrariado al verlo aplastar con la bota una de las velas que ardían sobre el piso de tierra.

El juez volteó el cadáver como si no le interesara el rostro sino la espalda. Los impactos eran cinco, de idéntico tamaño los agujeros.

Se volvió hacia el comisario inquiriendo irónico: [51]

-¿Y usted no le tiró?

A Juan Pío le atoró el humo del cigarro que mordía. Salió al patio tosiendo, pero el juez lo llamó.

-Los tiros son iguales, ¿verdad, comisario?, todos de fusil, todos por la espalda. Dígame, ¿el tipo se resistió? ¿Peleó? ¿Corrió? Según parece nada de eso.

Juan Pío no respondió. El juez soltó el cadáver que tornó a su posición anterior. La única vela encendida, sostenida por José Martínez para que el juez pudiese ver el cadáver, arrojaba destellos pequeños y rojizos que iluminaban la cara lampiña de «La Muerte». Juan Pío miró una vez más ese retal de figura humana, miró de reojo a la madre, y se marchó sin una palabra.

Esa noche, más que en ninguna otra, más que en sus noches pasadas en la selva, encontró decepcionante la vida. La visión imborrable de los agujeros amoratados, la inoculta censura del juez, la sonrisa acusadora de José Martínez, el silencio retador del pueblo, todo en uno lo abrumaba y embadurnaba la validez de su mentada carta blanca. Los días subsiguientes fueron peores. Notaba que hasta sus propios soldados le volvían la cara. Y en tanto el vacío crecía sofocándolo, veía cómo la gente evidenciaba su preferencia y apoyo al juez, quien, naturalmente, no perdía la oportunidad para arrojar sobre el comisario algo más de barro en cada ocasión.

Poco pudo resistir. Dejó de aparecer en público. Encerrado durante el día, se pasaba buena parte de las noches asomado a la ventana, espionando la calle. Y en una de éstas, de clara luna y grata brisa campera, una sarta de chicuelos travesaba en la arena, frente a la casa. Juan Pío los observaba con franca envidia. «Los inocentes, los únicos no podridos de alma. Si pudiera volver a esa edad sin preocupaciones ni maldades. Con razón dice el gobierno que ellos son la esperanza de la patria. Por eso se hace necesario limpiarles el camino de la vida de bichos venenosos que no sólo asesinan sino además llenan la cabeza de los niños de malísimos [52] ejemplos». Así discurseaba a solas Juan Pío cuando, de pronto, notó en el juego de los inocentes algo que colmó su inquietud. Armados con fusiles de tacuara perseguían a un supuesto bandolero, casualmente el más raquítrico e indefenso de los chicuelos. Y éste, al pasar cerca de la ventana entreabierta, pegó a todo pulmón un sorpresivo grito:

-¡Milico py-ayú, yo soy «La Muerte»!

La ventana se cerró. El mote de py-ayú (cobarde) estallando como una bomba infamante quedó zumbándole el oído. Si hasta los niños lo agraviaban en esa forma, era porque había caído hasta el fondo.

* * *

El primero en enterarse de la renuncia fue José Martínez. Con muchas ganas de darle un empujoncito más, el bolichero se apresuró a fin de ser el primero en verlo ya simplemente Juan, alejado del cargo.

Lo encontró más descolorido que calabaza asada, tumbado en un catre, mirando el techo. De entrada y sin lástima, le dijo:

-Ahora que ya no sos nada, podemos hablar de igual a igual, ¿no es cierto?

Juan Pío no se movió. Sólo se puso más pálido, con signos de impotente ira.

-Vengo a pedirte el caballo del finado -continuó el bolichero-, no sea que por ahí le agarrás miedo y se te antoja pegarle cinco tiros o qué...

-El caballo tiene dueño, viejo atrevido, así que ¡váyase!

-Esperá -insistió pesado el viejo con voz de moscardón-, te quiero decir dos cositas más en secreto, ¿sabés? Yo presentí que le ibas a matar a traición. Por eso salí al galope a su encuentro y le avisé. ¿Y sabés lo que me dijo el muy zonzo? ¡Nada! Ni quiso oírme. ¿Sabés lo que pienso? El prójimo venía para entregarse, no [53] hay duda. Y quién sabe no se le habrá antojado que viniendo desarmado como venía, el milico Juan Pío procedería con él como Dios manda, ¿no te parece?

El renunciante, sentándose de golpe, se enfureció.

-¡Yo cumplí con mi deber! -farfulló-, ¡orden es orden! Y no me comparo con usted, traidor de mierda, que quiso ayudar a escapar a un peligroso asesino...

-Juan Pío, «traición» y «mierda» son cosas que se huelen al entrar en esta casa -le replicó calmoso el viejo con su sempiterna sonrisa acusadora-. Traicionaste a la ley del macho y a la ley que representabas indignamente como autoridad de este pueblo. Te puedo decir estas cosas por que ya no tenés mando. Te quedaste igualito que una víbora sin veneno...

Y remató el bolichero su perorata con una sardónica risa. Juan Pío dio un salto crispando las manos contra el pecho. Una horrible mueca le torció el rostro y se desplomó crujiente. José Martínez le buscó el pulso, le auscultó el pecho y acabó cerrándole los ojos. Luego, casi al oído, como en un rezo, le dijo:

-Adiós, Juan Pío. Que Dios te perdone. [54]

[55]

Pantalón de hombre

El menor de los Cardozo, Antonio, y el último de los Villalba, de cuyo nombre nadie se acuerda, partieron juntos para el otro mundo cierta noche de Pascua. Oriundos de Loma

Verde, eran cuchilleros de méritos y guapos cañicultores provenientes de dos conocidas familias que, a pesar de un odio politiquero tan absurdo como antiguo y de la desgracia de tener que poblar de cruces la comarca, compartían las tierras de cultivo, la única carretera practicable para el transporte de las cañas, y aun las escasas horas dispuestas por el ingenio azucarero para la admisión de las cargas. Allá, como en el trayecto o en los plantíos, los Cardozo y los Villalba debían verse las caras así no lo desearan, así prefirieran evitarse y prolongar un trajín que fatalmente había de concluir al tope de los puñales.

Los de Loma Verde, macerados a ramalazos de la mala fortuna, solían mitigar el cotidiano padecer paladeando males peores acontecidos a otros prójimos, generalmente con sal y pimienta agregados a gusto. Así, el suceso de la Pascua de Resurrección, suscitado entre un Cardozo y un Villalba, mantuvo por largo tiempo su vigencia de última sensación en las penumbrosas pláticas lugareñas. Antonio, según la más corriente versión, adolescente todavía, zurraba sin piedad a las cansadas yuntas, siempre ansioso de ser el primero en las arenas del famoso Paso Pé, primero en ganar la cuesta de la loma y, principalmente, primero en arribar al ingenio. Villalba, manso en apariencia y con mayor madurez, lo dejaba adelantarse, haciendo como si no lo viera, si bien se mordía por dentro. Pero, en vísperas de aquella Semana Santa, haciendo el sempiterno camino de las cañas, inadvertidamente [56] pararon las carretas una junto a la otra. Y ambos, enemigos por imposición de una oscura ley de venganzas con raíces en el ancestro, no pudieron resignar el malhadado odio que los volvía un par de bestias riñeras, cuya sangre, naturalmente precipitada, elevaba la presión ante el solo hecho de hallarse frente a frente.

El encuentro se produjo precisamente en la explanada de Paso-Pé, lugar de forzoso descanso para luego emprender la subida. El felinamente ágil Antonio Cardozo, al percatarse de la presencia enemiga, saltó de la carreta, centelleante en la mano la descogolladora «Toledo», en tanto Villalba, más atemperado, acariciaba con aparente sangre fría la funda de un treinta-y-ocho-largo acabado de adquirir con el importe de su primera entrega de caña dulce, «por precaución».

Cardozo se arremangó nerviosamente hasta arriba del codo y le gritó:

-¡Bajate, Villalba!

Pero Villalba, de pronto remiso al verlo un adolescente con pantalones cortos, moviendo la cabeza, indicó: «No». Y al cabo rezongó:

-Dejate de joder, mita-í, no quiero coempuercarme matando criatura...

Cardozo, lívido de ira, le replicó:

-¡So cobarde catú, nde carajo!

Probablemente, con la vulgar expresión quería significar que el ser un adolescente poco importaba, que su corazón vestía pantalón de hombre.

No obstante, Villalba volvió a menear la cabeza indicando: «No».

Cardozo insistió con súplicas y lágrimas de odio:

-Bajate pue, chamigo, te vía dar un tiro de ventaja, sacá pue tu revolve, así te vía mostrar lo que vale el macho que tengo adentro...

El machetín «Toledo» tajaba la arena trazando cruces en [57] siniestra danza. Pero, para decepción de Cardozo, se empecinaba Villalba oponiéndole:

-No pue, che hijo; andate a crecer un poquito má, y cuando quiera arreglar la cuenta, ponete pantalón largo...

Y, quizás en un supremo esfuerzo por romper el macabro destino que asolaba a sus familias, ese hombre, que soportaba como escupitazo en el rostro el humillante reto de Cardozo, resueltamente picó las yuntas y se alejó, dejando plantado al retador con furiosas maldiciones en la boca.

Los demás carreros de la columna paralizada ante el desafío recuperaron el aliento y se largaron detrás del que partía. Aunque mudos de espanto y enfermos de un premonitorio mal que les dañaba las vísceras, se apresuraron a cubrir una extensa brecha entre los enemigos. Así, intencionalmente, empurpurando a picanazos las ancas de los bueyes, dejaban a Cardozo en el extremo trasero, alejándolo de ese modo, por algún dudoso tiempo, de una muerte a todas luces estúpida.

Eran los últimos días de la cuaresma. La pascua, gran ocasión para resarcirse de abstinencias y contriciones, estaba próxima. Un baile tradicional, el de los Careaga, ya se anunciaba. Las invitaciones circulaban de viva voz, de casa en casa, de boliche en boliche y en las pláticas camineras rumbo al mercado, anticipándose a la fiesta el entusiasmo dicharachero de la gente joven.

La familia anfitriona, de reconocida solvencia en materia de simpatía y generosidad, dedicaba a la actividad agrícola-artesanal un importante predio enclavado al pie de la loma, a escasa distancia del centro.

Al caer la noche del domingo de Pascua, el enorme portón de la casa daría entrada no a los carreros y jinetes de la diaria rutina sino a perfumadas parejas llegadas desde remotos lugares de Loma Verde.

Todo estaba dispuesto para la fiesta. Todo listo, salvo un [58] detalle; un leve percance debía ser allanado antes de la fecha. Y era que Juan Careaga, un pariente lejano de la familia y músico principal del conjunto contratado, había roto el arpa en cierto minúsculo entrevero, quedándole como único recurso convencer a su amigo Manuel Segovia, hijo del finado Mauricio, famoso músico ciego, de que le prestara el instrumento, invalorable reliquia, según Manuel, heredada del padre muerto.

Mauricio había fallecido poco antes de que su hijo regresara de la guerra, manco. A Manuel Segovia, la guerra le resultó particularmente larga, pues debió seguir luchando contra la gangrena durante mucho más que el tiempo imaginable. Y si al cabo de infinito padecimiento la ganó, fue al costo de perder la mano diestra. Alguien, surgiendo de un delirio, le había anunciado:

-Te la cortaremos; luego te pondremos una mano de oro...

Se supone que fuera un cirujano quien de ese modo le arrojaba la noticia. Y, aunque Manuel Segovia, dado su estado, no pudo haberla entendido cabalmente, aún así, encogiéndose de piernas, las descargó en una brutal patada al doctor. Minutos después llegaban los camilleros, y el fin de la guerra comenzaba para él.

La derruida casa paterna, otrora escenario de interminables arpeadas, recuperó de pronto, con la visita de Juan Careaga, su ya olvidado clima. Esa noche, todavía en cuaresma, puesto a tocar en el arpa del ciego muerto, el visitante descubría sonoridades prodigiosas. Y al nostálgico son de los arpegios, Manuel Segovia lloraba de alegría. Desde su regreso, con frecuencia había llorado, pero esta vez era diferente. Habiendo aprendido de niño a tañer, ahora venía comprobándose absolutamente inhábil para la única ocupación que le agradaba. Y el arpa, bohemia en derrumbe, se enmohecía muda en el rincón donde Mauricio la dejara. De tanto en tanto, el manco se le aproximaba, la desempolvaba, se disponía tembloroso [59] en actitud de tañerla, templaba las bordonas con la torpe mano izquierda, imitaba las primas con la boca, y acababa empapando las cuerdas con lágrimas de sublime derrota. La maldita guerra había tronchado en él al artista.

Esa noche, sin embargo, inverosímilmente, la falta de la mano lo condujo a descubrir ignoradas condiciones que tenía para el canto. Fue Careaga quien lo obligó a probar y acabó convencándolo de ello, justa razón para que Manuel Segovia llorase de placer al son de los arpegios.

Esta vez, pues, era diferente. La maldita guerra no había conseguido anularlo por entero.

Fue así como Juan Careaga logró asegurarse el arpa, y el manco un impensado oficio de cantor.

Y, por fin, la Pascua.

-¡Felice Pascua, ña María La Pa!

-¡Felicidade mante, che mi hijo!

-¡Felice Pascua, Micaelita!

-¡Felicidade, Villalba!

Los faroles esplendían y el baile entraba en su faz de entusiasmo. Era casi medianoche. La mistela corría generosamente. Juan Careaga vibraba y hacía vibrar a la muchedumbre con las maravillas que arrancaba al arpa de Mauricio, el ciego. Y Manuel Segovia, en tren de estreno, se deshacía en gestos emocionados, viviendo los estribillos como un consumado cantante. Las caras enardecidas y las expansivas risas patentizaban una alegría caliente. Ni el rocío de la madrugada, ni una llovizna, si viniera, hubiesen sido capaces de alterar el ambiente. Pero, de pronto, de la penumbra surgió el adusto semblante de alguien a quien no se lo esperaba: Antonio Cardozo. Como señal aclaratoria de que venía listo para satisfacer a Villalba, lucía un negro y novísimo traje de hombre. Y el ambiente se heló.

La concurrencia se abrió instintiva mente. Y, como Antonio Cardozo no mostraba ganas de danzar con música, ésta cesó. [60]

En las caras más resaltantes del mudo montón, un anticipado terror amarilleaba, en tanto Villalba, erguido en un extremo de la pista, aguardaba tenso. En el charco de luz, ancho cuanto la techumbre permitía, ambos, irremediamente poseídos, acechaban prontos a replicar el más leve movimiento. Una voz quebrada, la de Cardozo, rasgó el silencio:

-Te llegó tu día, Villalba; tené que rezar...

-Eso, asigún -contestó discreto el otro-; no hay que decir güen día a medianoche...

-Te digo que te llegó tu día, Villalba; sacá tu revolve y vas a ver...

-Quién sabe; también puede ser el tuyo; lástima, todavía so muy mita-í.

Quién podía saber, en efecto, ni tan siquiera pensar a cual de los dos llegaba el día. Pero, en las mentes y en los corazones allí penantes, sí punzaba la certeza de que otra Pascua no de resurrección sino de muerte les esperaba esa noche.

Un ademán apenas perceptible se le notó a Cardozo, y ya el puñal brilló magnético en su diestra, generando un murmullo de desconsuelo. Mas, nadie osaba intervenir. Entre dos marcados por la sangre de dos familias cuyos muertos exigían el tributo de otras muertes, era inútil hacerlo. Y, al dar Cardozo el primer paso, la reacción del otro fue fulminante. Mientras el retador avanzaba a la carga, cinco disparos fulguraron uno tras otro sin poder abatirlo. Aún giraba el tambor vacío del treinta-y-ocho-largo, cuando ya el puñal abría en cruz, de parte a parte, el abdomen de Villalba, quien finalmente rodó hecho un revoltijo de trapos, intestinos y heces, en el cual sólo unos ojos inmensamente abiertos y vueltos al infinito revelaban su naturaleza humana.

Consumado el duelo, Antonio Cardozo, con cinco proyectiles en el cuerpo y ante el espanto general, aún halló fuerzas para abrirse paso y correr hasta el portón de entrada, donde lo encontraron férreamente agarrado, todavía de pie, puñal en mano y muerto. [61]

Ambos habían nacido para vivir cien años, pero, víctimas de la iniquidad, cayeron en la trampa del odio. Una abominable pesadumbre permaneció cubriendo luego Loma Verde durante largo tiempo. Ningún Cardozo quedaba vivo en la comarca; ningún Villalba.

El arpa del ciego Mauricio, testigo de muchas macabras riñas anteriores y de la última, debió tornar a su rincón de olvido. Habladurías irremediables le atribuían la culpa de la desgracia en serie. Algún endemoniado le habría pegado el maleficio, de suerte que, doquier sonaran sus cuerdas, alguien resultase cadáver.

Y el novel cantor Manuel Segovia también debió regresar a su cruel silencio, tronchada la voz a pólvora y cuchillo como su mano diestra. [62]

[63]

La maldición de Juandé González

Fue en una de sus tantas noches de guitarra que Manuel Fernández la raptó a Encarnación, la chusca morocha de Bolascuá, hija de Juandé González, anciano aborigen mentado por payesero, por haber hallado en un cubil de la quebrada la talla del Niño de Praga esculpida en pétreo guayacán, y por ser él mismo quien cargara fierón días con las piedras hasta formar la gruta, recibiendo desde entonces generosas caravanas de promeseros cada feliz diciembre.

En cuanto a Manuel Fernández, apenas apareado con la morocha, clavó un rancho no muy lejos ni tan cerca de Bolascuá, en un soleado extremo del monte, donde el arroyo, tras corcoveos entre fósiles raíces y rocas averdinadas, quedábase un tanto arremansado al pie de los laureles negros antes de largarse al campo.

Y noches y días de pura polca transcurrieron en la nueva morada. Gran tesón ponía Manuel Fernández en su arte, por el arte en sí, que amaba, y por el sustento que debía ganar haciendo vibrar a las cuerdas y a la gente.

Luego llegó el primer venturoso diciembre. Como todos los años, los promeseros vinieron en caravanas, pero ahora, en vez de dirigirse a la gruta, apeáronse en el rancho de Encarnación y Juandé González, a orillas del remanso. Bajo el musical influjo, aquellos olvidaron sus cuitas y sus preces y vaciaron sus gurupas y caramañolas al pie de los laureles negros, y quedáronse bailando y cantando en homenaje a los encantos de la morocha. Así

ése y otro año, y la gruta y su mentado niño de madera fueron quedándose desolados como tumba de indio en la gris ladera del cerro. La [64] yeta había comenzado para Juandé con el apareo de la fogosa Encarnación con el pícaro guitarrero, diestro en caricias y encantamientos, y clavado que fuera el rancho donde la polca y el amor cobrarían particular embrujo, mucho más que los milagros, calmando la pesadumbre de la gente atribulada.

Tal la causa de que aquel padre aborígen acabara arrojando la maldición sobre su propia hija antes de marcharse y desaparecer.

Entraba el año de la gran sequía, año aquel que nadie quiere recordar. Juandé se marchó sin siquiera despedirse de Encarnación. A partir de la noche en que ésta se amancebara, el monte le traía un endiablado son de guitarra, ajeno que le amargaba la sangre, en tanto el Niño de madera permanecía impasible en la gruta, y sus ojos enmohecidos lo miraban sin mirar. Los ojos de Juandé, en cambio, amanecían mirando unas estrellas bañadas en salmuera. Y del monte, desde el líquido arrullo del torrente, a cuyo borde Encarnación vibraba en brazos del guitarrero, llegaba el son.

Un año entero transcurrió desde aquél en que lo vieran corvo montando el desmirriado rosillo rumbo a las quebradas. La tapera y la gruta se habían poblado de avispas. Todo erial era el patio donde danzas y carreras de sortija disfrazaban otrora de fiesta al pobrerío.

Ni los yuyos crecieron durante el año de la gran sequía. Arriba, un cielo lúgubre tendía su abanico de fuego. Y llegó el mes del Dios Niño -¡diciembre amargo aquel!-, y arrastrando un largo sofocón, pasó. Y pasó todo el verano sin que nada se supiera de Juandé. Finalmente, cosa casi increíble, cuajarones de nubes pasaron escupiendo calientes gotas en los atardeceres, y un resuello verde salpicó los montes. Ya por entonces, Encarnación vagaba rondando la tapea, clavando los mortecinos ojos a lo lejos, hacia algún punto perdido a través del campo. Y cansada al cabo, raptada por la angustia y dolorida de tanto atalayar en vano, [65] metíase en la gruta, y allí, suplicante, raspando con las uñas el moho de los ojos del niño de madera, mascullaba un sin fin de padrenuestros, y muerta al fin de desconsuelo, corría irremediamente en busca de los brazos de Manuel.

El año de la gran sequía, ningún promesero llegó con gurupas y caramañolas a la sombra de los laureles negros. La vida y hasta el amor perdían todo encanto. Una noche, no pudiendo aguantar más, Encarnación suplicó a su hombre, empapándolo con gruesas lágrimas:

-Vamo na mudarno otra ve a la casa de Taitá..., che Manú...

La tristeza la atosigaba. Ni los arrumacos de la guitarra, ni la magia del canto, ni la rutina incesante del sexo podían aliviar el duelo de su corazón. Manuel la escuchaba irritado. Sus ojos cargados de penumbra perforaban el vasto erial nocturno. Ya ni el arroyo dejaba oír su líquido susurro entre las piedras. A las cansadas, habló:

-Para qué pio queré ir... Pai-Juandé ya se jué, ya se jué té voí. Su rancho catu ya no e ma rancho. Un vientito, y adió...

Luego, como hablando consigo mismo, agregó:

-Malicio catú que ese lecayá echó de ida su mba-e cuaá sobre nosotros.

Manuel Fernández aborrecía el recuerdo de Juandé. Lo culpaba de arruinarle el gozo con su maldición y su partida. Soportaba la amarga creencia de que la brujería del viejo era la causante de la creciente frigidez de la mujer que yacía a su costado, sobre cuyo vientre inapetente se agitaba la negrura de su decepción. No obstante ello, empezó a tocarla. Le tocó la cara, los pechos, y nada. Estaría dormida. Le acarició el sexo, y ella se dio la vuelta. No dormía. Abatida, masticaba y tragaba pura hiel. Tenía quemados los labios por los ácidos frutos del verano, y anegada el habla por la progresiva lluvia que inundaba el arroyo, obstruía la única senda practicable y aislaba el rancho cada día más. De repente, desde su hondura mártir emergió una voz entrecortada por los sollozos: [66]

-Va mo na mu dar no, che Ma nú, por si a ca so che taitá Ni ño Je sú me ha ce un mi la gro mba é... -tartajeó vehemente.

Al rato cantaban los cardenales en el matorral del arroyo. Era otro día. Al promediar la mañana, una increíble bandada de loros hambrientos invadió el paraje, arracimándose en los naranjos agrios y guayabos del bosque, cuyos magros frutos más tiraban a pudrirse que a madurar. Para compañeros de infortunio, los huéspedes exageraban la nota. El guitarrero tuvo que darse mañas armando cimbras, donde uno que otro quedaba atrapado. Puro grito, cada caído se debatía desesperado hasta destrozarse y hacer del plumaje un trapo. Los malditos peleaban como demonios, pero el hambre del cristiano desconocía miedo y piedad. Manuel les arrancaba la cabeza como un botón. Aventadas las verdes y amarillas galas, daba pena verlos. Tan pequeños y tristes lucían ensartados en el asador.

Ese atardecer, el crepúsculo se adelantó debido a la mayor negrura del temporal. Junto al fuego, Manuel y Encarnación se miraban como gatos tiznados de ceniza, en tanto los goterones estallaban sobre el rescoldo.

-Hay nga-u ra-é un poquito de sal siquiera... -suspiró Manuel.

Desde el último diciembre, que pasó sin que llegasen promeseros, no veían la sal. La presa que Encarnación lamía, sí, estaba salada. De sus párpados amoratados caían destellos pequeños y salobres. Ella suspiraba por otra cosa, no por sal.

Afuera, el agua inútil crecía. Las alimañas ganaban el amparo del rancho. De pronto, un pajarraco graznó sobre el matorral, anunciándoles la hora de acostarse. Manuel soltó los huesos, y sus ojos buscaron el globoso vientre de la mujer, saliente de un lienzo de color luciérnaga, reventado por la constante presión de sus piernas acuclilladas. Un surco oscuro lo dividía entre el ombligo y la parte pudenda. Él, suavemente, tímidamente, lo cubrió con la mano. [67]

La jerga donde dormían estaba a dos pasos del fuego. Cuando se acostaron y comenzaron a copular, Encarnación lloró, y a Manuel se le cortaron las ganas. Les sucedía todas las veces, desde hacía mucho tiempo.

Finalmente quedaron dormidos. Cuando pudieron despertarse a la mañana, estaban sobresaltados. Creían que la pesadilla, consecuencia de haberse comido un par de loros cada uno, continuaba. Creíanse atacados de algún endemoniado mal en la cabeza, o que se habían quedado sordos. Era que un silencio alarmante reinaba en el bosque. O los loros habían enmudecido de pronto, o ellos estaban privados de sus facultades. El guitarrero salió a la lluvia luego de escrutarla detenidamente, y anduvo zancajeando por los alrededores hasta el cansancio. Los guayabos y naranjos del monte alzaban al aire sus esqueletos embadurnados de bosta. Los loros los habían pelado hasta el suelo, y acabado todo, se fueron.

Manuel regresó arrastrando los pies a través de los charcos, molida la moral como a palos. Ni una naranja, ni una sola guayaba volverían a tener en muchos años.

Entró, descolgó la guitarra, la pulsó, y acariciándola tembloroso como lo hiciera con alguien muerto, lloró calladamente. La guitarra tenía hinchada la madera y anegado el son. Abrazado a ella, se acostó, quedando dormido en plena mañana durante largo rato, y despertándose luego en medio de la insoportable calma. Los loros lo habían vencido. Buscó a la mujer y le dijo:

-Vamo mudarno mba-e na, Canachó...

Y ella sonrió.

En aquel tiempo, mudar un catre y unos trapos no le complicaba la vida a nadie. Pero la lluvia persistía y tuvieron que desnudarse, hacer hatos con la ropa, cruzar el arroyo fuera de madre y el inmenso esteral.

Pronto se daría cuenta Encarnación que Manuel Fernández estaba en lo cierto cuando le decía que mudarse a la tapera no valía la pena. Todo estaba lleno de víboras, tarántulas y deposiciones [68] que la mujer pensaba eran de pomberos. El minúsculo mandiocal estaba muerto y podrido. Ni pizca de rama verde quedaba para tentar nueva siembra. Yuyos y más yuyos, altos hasta el cielo, ávidos de más y más lluvia, dominaba el patio.

Y en medio del tétrico panorama, pensando solamente en la vuelta de Juandé, Encarnación fijó los ojos a partir de entonces y en todo momento hacia un punto perdido en el lejano extremo del campo, donde esperaba verlo aparecer montando corvo su desmirriado rosillo de vuelta al rancho. Pero pasaron días y meses, y poco a poco sus ojos fueron quedando secos en las grises cuencas. Su boca, otrora bella y fragante, ahora sin una palabra ni una sonrisa, devenía una oscura herida. Y Manuel Fernández, que la había querido casi como a su guitarra, sentía que algo se le secaba dentro, y sus manos, prontas para la caricia y la pulsación de una nota instintiva, crispábanse ateridas y reumáticas. Su amargura no tardó en estallar.

-Vo nio no me queré ma, Canachó. Yo ya me voy...

Tras de sus pasos se cerraron el yuyal y la completa soledad.

Promediaba mayo, época en que solían madurar naranjas y chirimoyas. En la tapera, el yuyal alcanzaba el techo. La maldición de Juandé parecía presente en todo. Encarnación decidió sepultarse en la gruta. Pero esa misma noche, ante la insufrible tiesura del Niño de madera, incapaz de una mínima expresión que la consolara, abandonó el socavón de piedras y corrió sin rumbo hasta quedar exhausta. Y sumergida entonces en la insondable noche de su desamparo, sintió enroscársele al cuerpo la culebra del miedo, rompiendo la roquiza quietud de Bolascuá con un espeluznante alarido.

Entre tanto, sin poder alejarse del paraje debido a la maldición, Manuel Fernández rondaba en círculo arrastrando tras de sí el cadáver de su guitarra y viendo de tanto en tanto a su mujer, cuero y hueso, correr desnuda de maraña en maraña. La oía, además, lamentarse y reír estremeciendo la vastedad del bosque. [69] Entrado el invierno, a la desolada Encarnación le crecieron dentro el hambre y el frío hasta ocuparla entera, dejándola sin aliento. Fue cuando, ante sus ojos inmóviles, petrificáronse los árboles, el aire, el agua y la luz, y Bolascuá devino un inerte paisaje de piedra.

Por último, el inverosímil y vanamente suplicado milagro se hizo. Encarnación perdió la razón y la sensación de todo. Pero cuando Juandé -cara de viejo Niño de madera- regresó, ella pudo verlo, y pudo percibir la sombra de Manuel reapareciendo con su guitarra hacia mitad del alba, aunque bien pudiera ser todo ello sólo la burda trama de un sueño descomunal.

Sin embargo, Manuel Fernández, cuya piltrafa de mendigo solitario todavía ronda el lugar con su inseparable guitarra, la que siempre seguiría sonando sola pese a tener todas las cuerdas rotas y descolada la madera, consciente de que todo se debía al embrujo de Juandé, volvióse al Niño de madera en la esperanza de que, algún milagro mediante, pudiera quitarle el maleficio.

Naturalmente, cuando Manuel Fernández cuenta su historia, la buena gente que lo escucha se desconcierta, y no sabe si reír o llorar. [70] [71]

Hijos y entenados en plena guerra

Ahora puedo explicarme por qué mataron a mi padre.

Éramos los de la tierra grande. Él la había comprado con todo lo clavado y disponía de la hacienda y la gente. Me refiero a varones y mujeres que prestaban su completo servicio, recibiendo en pago desde alimento y ropa usada hasta uno que otro padrinzago de bautismo, supletorio de reconocimientos más compromisosos. La austeridad, según decía, era debida a la guerra.

Mi padre habría llegado a gran señor si no fuese aquella guerra, no por haber participado físicamente en ella sino por las aviesas consecuencias de la contienda para los hijos y entenados de Perulero, que así se llamaba el lugar que ocupaba la hacienda. Aunque la

guerra era un sucio juego sólo para mayores, sus efectos los alcanzamos todos, hasta los niños.

Y hablando de niños, los hijos y entenados de Perulero éramos felices a nuestra manera, pese a todo. Corríamos por los mismos cañadones, persiguiendo pobres perdices inofensivas, nos desfogábamos en comunes aguadas no siempre muy aptas para los chapuzones, y lucíamos parejamente oscuros merced a la mugre, no obstante ser nosotros los niños de la tierra grande y entenados sin tierra los demás. Hablábamos la común jerga terrígena, nosotros con cierta envidia, con propiedad los otros. Probábamos el ardor de la canícula recorriendo los cocotales, y sangrábamos con frecuencia en feroces peleas disputándonos los frutos de la miseria. Paladeábamos el hambre, nosotros porque así jugábamos al sacrificio escapando al tedio de sentarse a la mesa tres veces por día, los otros por mala estrella. [72]

Éramos como la parte dulce de las frutas amargas. Habíamos declarado nuestra propia guerra a la naftalina y al almidón, camuflándonos entre la paja brava y los moscardones. Nuestros firmes aliados, los entenados, eran los veteranos.

La otra guerra, la de los adultos, acerca de la cual mi padre comentaba sabrosamente en la mesa, ésa llegaba a la hacienda semanalmente, envuelta en un periódico oliente a pólvora, y nos hacía sentir su violencia cada vez que hombres uniformados, montando briosos caballos del ejército, llegaban en busca de emboscada.

Se trataba de una dura guerra, cruel como la peor, librada en un territorio inhóspito pero rico en promesas petrolíferas y ambiciones encontradas. Nuestra inefable curiosidad nos llevaba a indagar y obtener, si bien precariamente, las informaciones que nos ayudaban a tejer nuestros formidables conflictos de fantasías. Así supimos de los emboscados y sus impenetrables escondites del Ybytyryzú. Y era que se negaban a volver al frente de batalla, se rehusaban a dejar allá la sangre y la vida en defensa de las tierras que a ellos les negaban por ser ajenas. No lo hacían a sabiendas, claro está, mas no por eso era menos atroz el drama que afrontaban. Sus huesos todavía suelen aparecer entre los pedregones, bajo estratos de tiempos derrumbados.

Era ésa la guerra de los adinerados contra los adinerados, pero, según podíamos los niños colegir y entender, en ella peleaban en primera fila los pobres, los sin vela en el entierro.

Había en la espesura de las quebradas moscas verdes y tábanos que desangraban a los vivos y los llenaban de sarnas y gusanos. Los que no podían seguir aguantando y caían eran atendidos por presurosos buitres. Pero los emboscados preferían todo eso a la guerra. Los que estuvieron en el frente y regresaron heridos o enfermos vivían obsesionados por la muerte masiva del campo de batalla, por la muerte con morteros y metralhas; vivían espantados por las mutilaciones y la desesperación de los moribundos; [73] vivían huyendo de la espantosa muerte del infeliz que muere de sed; huían de la absurda pelea contra desconocidos, tan paupérrimos, analfabetos e ignorantes de todo, obligados como ellos mismos, infelices a quienes debían matar, matar para no morir, para que la patria viva, matarlos.

Una vez llegaron a la hacienda de Perulero los perseguidores de emboscados, y mi padre, en homenaje a los huéspedes, faenó un toro. Desde entonces, la visita se hizo rutina. A la cabeza del grupo, un ceñudo gruñía como en su propia casa. Le decían «el yagua però en jefe». ¡Cuánto lo odiábamos!

El método que utilizaban para la caza de emboscados consistía en capturar un vecino cualquiera de la localidad, habitante sin tierra y padre de familia con preferencia, amarrarlo desnudo contra una ovenia de la hacienda y azotarlo hasta que suelte la lengua. El hombre se desvanecía ante los ojos aterrados y el corazón deshecho de las mujeres y los niños. Los pequeños nos escondíamos para llorar debajo de las camas, reproduciendo mentalmente desgarradoras imágenes, las llagas abiertas por el látigo, rojas, amoratadas y vueltas a enrojecer, la cara delirante de la víctima, la boca contraída en espantosas muecas. ¡Y cómo lloraba el látigo! ¡Cómo sangraban las correas trincadas en la ovenia! Allí estaba un campesino sin tierra, un hombre manso, bracero, a menudo utilizado en la hacienda, y allí los implacables indagadores. Y estaba también mi padre.

Así, la sesión duraba cuatro o cinco horas, hasta que luego la partida se iba. Mi padre se encargaba de soltar al que fuera amarrado contra la ovenia. Le echaba tinas enteras de agua con sal. Todos lo veíamos después alejarse trastabillando, borracho de dolor.

Los amarrados y azotados jamás hablaron. No los mataban porque mi padre se oponía a ello. Pero no se oponía a que los torturasen bárbaramente. Sus hijos o amigos, los perseguidos, continuaban en el monte como echando raíces. De tanto en tanto [74] le robaban a mi padre algún ganado y secuestraban de la hacienda una que otra mujer en las noches, la que regresaba algún tiempo después, hueso, piel y barriga.

Aunque mansos, los capturados, poco a poco, se volvieron fieras. Y seguían allí, al borde de la tierra grande, la tierra donde las ovenias crecían con heridas de látigos. Y allí seguía mi padre, un hombre que siempre hablaba de respeto; nunca de amor.

Cierta noche, en el portón de la hacienda relinchó su caballo. Traía las riendas trizadas a pisotones y la montura manchada de sangre. A la mañana se alborotaron los buitres. Gracias a ellos pudo ser encontrado el cadáver. Todavía guardo un recorte de diario donde se decía: «Han asesinado a don Fulano Tal, un hombre que prosperó con honor e hizo del deber y el respeto los signos de su vida. No se explica quiénes pudieron matarlo y por qué».

Ahora, reproduciendo los hechos al correr de la vida, yo sí, puedo explicármelo. [75]

[76] [77]

Tranquera Cué, 1936; post guerra. La violencia desatada en aquella antigua localidad, ausente en el mapa, la habían traído en sus mochilas los sobrevivientes que regresaban con la sangre en los ojos.

Habiendo aprendido a matar por no tener alternativa, aquello, sin embargo, acabó resultándoles tan increíblemente fácil y agradable, que finalmente parecían dispuestos a continuarlo por el resto de sus vidas. Por eso, con la paga que recibieron por tres años de patriótica matanza, se compraron no ropas ni alimentos sino revólveres, y arribaron al terruño exhibiéndolos como si fueran trofeo de la homérica hazaña o envidiables condecoraciones.

Desde entonces, Tranquera Cué y sus adyacencias destacáronse entre los lugares más renombrados por sus continuas balaceras. Milicos improvisados y de oscuras connotaciones, expertos en abusos de toda índole, llegaron todos juntos y de golpe, engrosando peligrosamente la escasa población y conformando allí cierto poder espúreo. Y en ese medio humano hartó inhóspito se generó esta historia. Sus protagonistas, además de los ex-combatientes ahítos de belicosidad, fueron aquellos verídicos héroes de la sufrida retaguardia existencial, en su mayoría ancianos y adolescentes, mujeres y varones atesados de sol en las chacras, gente respetuosa frente a los milicos, aunque no siempre sumisa.

Magdalena, una joven y bonita morena, tenía la mala suerte de ser la más acosada de las muchachas del lugar. Desde el comisario de la vecina Loma Guazú hasta el último sargento de Potrero Rojas, pasando por varios de mayor o menor peligrosidad, [78] competían en procura de sus favores, si bien sin éxito. Tan es así que aquella noche, en aquel memorable baile que don Braulio, su padre, permitió se hiciera en la casa, ella, tal vez buscando romper el acoso de los verdeolivos, dio su palabra de compromiso a Julián Centeno, joven civil bien parecido y trabajador de la tierra, méritos estos no tan ponderables, por cierto, en opinión de los arrogantes uniformados.

Así las cosas, esa noche había de marcar para la pareja el comienzo de un curioso cambio en sus vidas. Julián pensaba que a sus rivales aquello no les haría mucha gracia, pero no llegó a imaginar que lo tomarían tan a la tremenda como sucedió después. Cuando los milicos cayeron en la cuenta de que el muchacho les había ganado el tirón, la ira se les anudó en el gznate, y no faltó quien profiriera a viva voz la amenaza de vengarse contra él y la dama.

Esa noche, el baile terminó antes de lo previsto porque así lo dispuso el dueño de casa en previsión de algún fatal desenlace. Al retirarse los músicos, también se fueron los invitados. Julián se despidió de su prometida con un discreto beso, y ya con el pie en el estribo, le dijo en susurrante guaraní:

-Hacia el alba, te traeré una serenata.

Magdalena aceptó con un gracioso mohín. Él partió y ella entró a la casa pensando. Se daba cuenta de que esa serenata, además de precipitar la relación entre ambos, había de causar un largo reconcomio en la vecindad, la cual parecía no perdonarle su mejor apariencia personal ni el hecho de que ella tuviera su casa siempre tan limpitita y adornada

de flores. Las demás muchachas, lejos de emularla, vivían en el abandono, unas por suma pobreza, otras por desidia. A Magdalena no le importaba tanto el murmurio hostil de sus vecinas como el posible saldo positivo de aquella serenata. «Candidato que empieza con música siempre acaba casándose», dijo para sí, contenta, y se fue a la cama.

A la madrugada, su sorpresa fue tanta que debió levantarse [79] y espiar por la ventana para creer lo que oía. No una serenata estaba presente allí, sino dos. Era que el pretendiente más contrariado por la decisión de Magdalena, un sargento de Potrero Rojas, convecino de Julián, se había armado de gran coraje, yéndose a despertar a un trío de músicos, y conducirlo casi a la fuerza hasta la casa de su pretendida, en la esperanza de convencerla con la ayuda de las polcas. Pero, cuánta había de ser su decepción cuando, a su llegada, ya los músicos de Julián Centeno iniciaban su melódica ofrenda. ¡Vaya crucial encuentro! El sargento no podía echarse atrás sin sentirse tristemente derrotado. Ordenó a sus músicos entrar en acción apenas finalice la pieza que se veían forzados a escuchar. Y así, ambos grupos sucedieron una y otra vez en ejecuciones, hasta que Magdalena, dándose cuenta que aquello amenazaba no tener fin, resolvió intervenir, apareciendo en el patio a la luz de una hermosa luna campesina. Julián Centeno y su oponente se dispusieron a recibirla. Y un instante de crítico suspenso se produjo. Pero la muchacha, decidida a dar un corte al contrapunto, claramente pronunció el nombre de su elegido, a quien dirigía las «muchas gracias». Y el otro, sin nada más que hacer allí, giró su cabalgadura y se retiró gruñendo, seguido de sus hombres. Al borde del boscoso Yhacaguazú, riacho distante media legua de Potrero Rojas, el milico sofrenó su montado. Sin mucho esfuerzo, logró que sus músicos le ayudaran a tender allí una celada. Julián Centeno debía pasar por ese lugar, y no tardarían en hacerlo. Concluido el trabajo -pensaba para sí el sargento-, arrojaría los despojos al agua, y las pirañas harían el resto. En contados minutos, nada quedaría de aquel que le estaba haciendo sombra. Sin embargo, no siempre las malas ideas logran un final feliz. Así fue que un presentimiento indujo a Centeno a preferir cierto prudente atajo. Cabalgaría tres leguas en vez de dos, pero evitaría la posible emboscada. Días más tarde pudo comprobar que, efectivamente, la intentona había tenido lugar. Habladurías de los mismos participantes en ella lo hicieron saber. [80]

Y bien, esa noche nada grave había sucedido, pero, en la atmósfera, quedó tensa la amenaza contra Centeno y su agreste romance. Magdalena alertó al padre acerca de la situación creada. Don Braulio visitó al comisario local, que por feliz excepción era un civil proveniente de tiempos anteriores y se llamaba Cástulo Sosa. Informóle sobre el caso, y el viejo Cástulo, que conocía al visitante y su familia tanto como a Centeno, le prometió su intervención ante cualquier emergencia. Julián, por su parte, decidió precautelarse. Entre otras prevenciones, vendió un caballo y se compró un Smith y Wasson novísimo y refulgente. Entre tanto, aún bajo las constantes amenazas, continuaba sus visitas a la prometida. El sargento buscó la amistad y el respaldo de un tal Pánfilo Giménez, señor de la violencia, teniente por méritos de guerra y comisario de la ya mencionada Loma Guazú, que compartiera el desaire de la linda Magdalena.

Centeno había dejado de frecuentar las fiestas, evitando de ese modo cualquier enfrentamiento con aquel que se consideraba su enemigo. Pero, a pesar de los cuidados, en cierto cruce inevitable, toparon frente a frente.

-Así que vos sos el mita-í que quiere acaparar a Magdalena -comenzó el sargento con sorna-, pero esa mujer ha de ser para este cuimba-é que probó sus agallas en el Chaco.

-Eso habías que decirle a la dama. Ella es la que decide a quien quiere pertenecer - contestó con calma el joven Centeno-. Y, por si acaso te desprecia, no pierdas el tiempo encaprichándote por ella. Mujeres hay muchas... para elegir. Búscate otra y listo.

-Ya estás avisado. Mita-í -insistió el otro-. Mejor dejás la cancha libre si no querés que vean viuda a Magdalena.

-Así no habla un hombre derecho, Sargento -replicó aún Centeno-; te puede traer mala suerte. Yo no pienso dejar a la muchacha ni ahora ni nunca.

Picando los ijares para alejarse, todavía el sargento gruñó:

-Eso veremos. En el próximo encuentro, el que vive se quedará con ella. [81]

Y pasaron los días. En casa de Magdalena no se hablaba de otra cosa. Los padres estaban a punto de presentar una acusación formal contra el sargento por amenaza de muerte. Los detenía Centeno, quien sostenía que eso aumentaría el encono de los milicos.

A poco, una pariente de Magdalena que vivía en Potrero Rojas, invitó a la familia para su boda. La asistencia resultaba de rigor por tratarse de alguien que mucho estimaban. Don Braulio preparó tres buenos caballos. Los bañó, los rasqueteó y los sometió a dieta de adelgazamiento. Llegado el día, los ensilló. Debajo del sobrepuesto del montado que era para él, colocó disimuladamente un recortado, su arma predilecta.

Eran las diez de un bello sábado cuando el cortejo de jinetes dejó la iglesia de Ñumí, la más próxima, de regreso a Potrero Rojas. Todos lucían sedas, algunos, cachemires, y unos pocos, charol. Los hombres arrojaban salvas y emprendían carreras persiguiendo limetas de aguardiente en riesgosas competencias de arrojo y destreza. Los caballos se entornaban y empinaban en cabriolas y vistosos esguinces festejados con gritos y estruendos.

Ínterin, en la casa de la novia, sobre una larga fogata metida en tierra, se doraban lentamente las carnes a la estaca. Y sobre mesas tendidas a la sombra de los laureles negros se distribuían los cubiertos y botellones de vino, todo ello comprado con el producto de la última cosecha de algodón.

A las doce en punto del mediodía, los novios se apearon. Estallaron los últimos cohetes del cortejo, arrancó la orquesta e irrumpió el vals con sus aires de buenos augurios, tal la costumbre venida del ancestro. Los sones del arpa, las guitarras y el bandoneón daban el condimento especial a una alegría que prometía prolongarse por lo menos hasta el alba del día siguiente. Los invitados comieron, bebieron el contenido de varias damajuanas, y el baile arreció. Mientras, desde atrás del alambrado, rompiendo la timidez que impone la pobreza, los no invitados de siempre, los [82] rotosos entenados de la tierra, tendían bolsos y latas vacías en procura de la condigna sobra. Los elegantes invitados bailaban en los corredores y debajo de los árboles. A los vinos sucedían mistelas. Y ya todos se veían un

tanto mareados. Afuera del alambrado, gritos y súplicas de una muchedumbre que crecía, en su mayoría huérfanos, resacas de la guerra.

Una temperatura ideal, de entrada de primavera, daba su toque propicio para que la fiesta cobrara cabal dinamismo. Al anochecer, los faroles entraron a destellar y la música ganó nuevos bríos bajo el influjo de la luz y el relente.

Y llegó la medianoche. De repente, los acordes del «Chopí» vibraron en los ámbitos de la casa, e inmediatamente, en la cancha que abrió la concurrencia, ahora compuesta más de infiltrados que de invitados, diez parejas se alistaron.

Un vozarrón resonó de pronto, y echaron a volar polleras y pañuelos, y sacudieron la atmósfera zapateos y batir de palmas. El bullicio se agolpó en torno a los danzarines. La excitación encendió los rostros ansiosos por ver quién mejor hacía su papel. Y allí avanzó briosa la mejor pareja, cuando en medio de la algazara, alguien bastante borracho y colado en la fiesta, en quien de inmediato reconocieron al sargento, intentó separar a los bailarines más calificados que resultaron ser Magdalena y Centeno. Pero éste reaccionó con violencia y rechazó al intruso. Intervinieron entonces varios contertulios y lo alejaron de la fiesta. Los ánimos se calmaron, aunque la danza se había interrumpido, y quedaba en el ambiente una sensación de intranquilidad que causó la retirada de numerosos invitados. Los improperios y amenazas escuchados durante el incidente enfriaron el entusiasmo. En pocos minutos, el baile había terminado.

De vuelta a la casa, la pareja y miembros de la familia comentaban preocupados el suceso. Don Braulio, terciando en la conversación, aseveró:

-A ese individuo hay que ponerle freno. [83]

-Deje eso a mi cargo -repuso Centeno-. Yo sé cómo se hace.

Centeno, casi adolescente, aparentaba asaz pacífico. De voz baja y tímidos gestos, aunque muy expresivos, no gastaba palabra de más. Parecía medir lo que decía. Por eso, todos quedaron callados al oírlo. A su manera, estaba prometiendo poner freno al sujeto más agresivo de leguas a la redonda.

Días más tarde, un martes, poco propicio para la buena suerte, cabalgaba rumbo a la casa de Magdalena. Pensando en ella y algo distraído, pasó frente a la vivienda del sargento. Éste lo vio y profirió en voz alta:

-¡Carajo!

Y quedó mirándolo. Centeno lo saludó con naturalidad.

-Buen día -le dijo-. ¿Cómo está, Sargento?

-¿Cómo estoy? Como guste y donde quiera -le replicó.

Adrede, malinterpretaba el saludo, tal vez pensando que Centeno caería en la provocación. Pero éste guardó silencio y continuó su camino. Pocos minutos después, ya llegando a los montes del Yhacaguazú, sintió el traqueteo de varios de a caballo que venían tras él. Palpó el revolver como asegurándose de su compañía, buscó un sitio apropiado, desvió del camino y se apostó. Era ése un monte alto y espeso. Sus seguidores pasaron de largo sin verlo. Eran el sargento y cinco más. Dejó que anduvieran algún trecho y se largó tras ellos. Al dejar el monte vio que tomaban rumbo directo hacia la casa de Magdalena. Centeno pensó que aquellos sujetos bien podrían cometer una tropelía. Tomó por un atajo y apresuró la marcha, adelantándoseles considerablemente. Llegó a la casa diciendo:

-Seis tipos vienen hacia acá, con el sargento de Potrero a la cabeza. No sé qué intenciones traerán, pero creo mejor estar preparados.

Condujo su caballo al fondo, lo ató a un árbol y tornó al corredor, donde ya un farol anunciaba el crepúsculo.

-Si notamos que vienen a atacar, tendremos que adelantarnos [84] -le dijo don Braulio con voz pausada, y se levantó de su asiento para ir en busca del recortado-. No hay otro camino -concluyó.

-No creo que vengan a pelear -opinó Centeno-, pero si eso hacen, se llevarán una sorpresa.

En ese momento llegó de visita Juan Ramón, hermano mayor de Magdalena, hombre casado y ex-combatiente de méritos. Sobre la camisa de trabajo lucía una pequeña cruz de hierro. Rápidamente informado del problema, también retiró su caballo hacia el fondo. Cuando volvió, el sargento y sus acompañantes acababan de atropellar la tranquera. Un tiro de máuser sonó en el aire. Lo disparaba don Braulio, presto a luchar. Los advenedizos detuviéronse en línea a unos quince metros de la casa.

-Venimos a llevar a Centeno -farfulló el sargento- para averiguación.

-Yo soy el que buscan -salió diciendo el aludido- pero me entregaré solamente si traen una orden de arresto. Y si no, mejor se van despacito por donde vinieron.

Juan Ramón y don Braulio a su lado, escoltándolo. Los visitantes, sin una palabra de respuesta, sacaron a relucir sus armas. Y entonces, alguien, con rapidez de rayo, disparó cinco tiros, impactando en tres de las manos armadas y en los brazos de otros dos, que soltaron el arma, mientras el único no afectado huía primero que todos. Detrás, los otros, chorreando sangre, también largáronse a campo traviesa.

Fue desde esa noche que la versión corrida de boca en boca dio notable fama a Julián Centeno. Amigos y enemigos que le atribuían la hazaña de haber desarmado a cinco ex-combatientes con sólo cinco disparos, le endilgaron el apodo «Centella».

Los heridos se presentaron ante Pánfilo Giménez, denunciando a Julián como agresor. Y el comisario anduvo buscándolo durante días por toda la comarca. Donde quiera preguntaba

si han visto al sujeto culpable de semejante fechoría, invariablemente le respondían: «Y..., ha de estar en el monte del Alto Paraná; allá pues es el refugio de los malhechores...». [85]

Tonterías. Julián no se había movido del lugar. Vivía protegido por la simpatía de gran parte de los pobladores. Pero una vez, cierto lenguaraz -que nunca falta alguno-, preguntado si había visto al prófugo, contestó que sí, que en varias ocasiones, en la casa de Magdalena.

Y a la noche de ese mismo día, el tal Comisario Giménez, varios agentes, el sargento y un agregado más, sorprendentemente se presentaron en momentos en que la familia se disponía a cenar. Don Braulio invitó al comisario a apearse. Mas éste, de mal talante, contestó:

-No venimos para cenar, don. Venimos por Julián Centeno. Vamos a desplumar al gallito ese para que se deje de hacer el chusco.

Don Braulio no tuvo tiempo de hablar. Se le adelantó Julián en persona, dando unos pasos al frente.

-Pancho Giménez -dijo-, discúlpeme, pero usted no me va atropellar y llevar como a un animal. Si viene a tratar conmigo en son de paz, no tendrá problema. Pero así, ¡claro que lo va a tener! Mande a sus capangas que se vayan de aquí si quiere tratar conmigo.

Los referidos, un tanto agazapados hasta entonces, surgieron de la oscuridad disparando. Fue cuando una voz tronante prorrumpió:

-¡Altooo!

Era la de Cástulo Sosa, que aparecía con sus agentes por un flanco de la casa. Rondaba los alrededores en previsión de lo que precisamente estaba aconteciendo. Al escuchar voces furibundas y ver gente rara invadiendo, avanzó a la carga. Su voz paralizó el ataque.

-Ustedes están en mi jurisdicción -dijo-. Así que, ¡manos arriba, todos!

El sargento desobedeció la orden, abrió fuego e hirió al dueño de casa. Fue la chispa que desencadenó la refriega. Cinco hombres resultaron muertos, entre ellos el comisario Giménez y el [86] sargento. La herida que recibió don Braulio no era de gravedad, tanto que pudo continuar disparando. Centeno, luego de atenderlo, llevándolo alzado hasta el interior de la casa, se largó en seguimiento de los fugitivos, acompañando a Cástulo Sosa y sus agentes. Todos los participantes del atropello fueron muertos o aprehendidos. Y concluido el trabajo, Cástulo encaró a Julián, diciéndole:

-Le felicito, che ra-y, por su acción decidida y valiente. Sin usted no hubiera podido resolver el problema. Yo, personalmente, le agradezco. Pero hay otros que no le van a perdonar. Y, creo yo, que antes que vivir matando y tener que afrontar la cárcel, mejor es que se vaya por un tiempo. En diez años más o menos, las cosas suelen olvidarse. Váyase a la Argentina o al Brasil. En fin, usted sabrá.

Julián Centeno se detuvo pensando: «Diez años es mucho tiempo». No quería perder a Magdalena. Y no pudiendo casarse legalmente con ella por temor a ser apresado, resolvió proponerle huir juntos y casarse después. Así, entre el susurro de las hojas mecidas por una brisa de media noche, se lo dijo. Y ella, aunque dolorida, contestó:

-Sí, me iré contigo.

Y esa misma noche, con ella montada en ancas, abrióse paso entre las brumas con rumbo desconocido. Desde entonces, nadie volvió a tener noticias de la pareja. Sus nombres entraron en la leyenda y continúan en ella pese a los muchos años. [87]

[88] [89]

Pena perpetua

En cierto país increíble vivía Domingo Franco, un joven admirable. Habiendo terminado el bachillerato con promedios excelentes, viose ante el obvio propósito de elegir carrera. Si por él hubiese sido, se haría ingeniero. Deseaba ser útil y realizar obras de relevancia. La madre, doña Jacinta, por su parte, soñaba con un hijo doctor. Pero el padre, que no ocultaba su incurable fervor castrense, logró imponer su opción. Don Alejandro, coronel retirado y muy amigo del jefe de policía, ex-camarada suyo, gestionó y obtuvo, con la ayuda de éste, una plaza para el hijo en la academia militar. Así comenzó la triste historia del que luego fuera Alférez Franco, nombre muy difundido después por los periódicos del país y del extranjero debido a un extraño sino nunca del todo aclarado. La versión más coherente de lo acontecido con él parecía ser la de la propia madre, quien solía narrarla hasta donde podía, antes de verse ahogada por los sollozos.

Ya en la academia, Domingo Franco había pasado a pertenecer a un grupo selecto encabezado por el instructor gimnástico, capitán Bertolino. Por su aplicación y buen comportamiento, se hizo merecedor de cierto grado de amistad brindádale por el superior. A él le confiaba el capitán cualquier trabajo o misión de alguna importancia. Y solamente a él lo enviaba a su domicilio por menesteres particulares, mostrándole de esa manera una significativa confianza. En la casa estaba la joven esposa, conversadora y muy atractiva, y estaba la pequeña hija, traviesa y cariñosa, sumándose ambas a las motivaciones del alférez, que encontraba ese ambiente sumamente grato.

El país, por entonces, vivía una suerte de estabilidad basada [90] en las armas, con todas las actividades políticas y culturales reducidas a lo mínimo. La época de los sucesivos golpes de estado que le había dado notoriedad, estaba superada. El régimen vigente, producto del último y más drástico golpe, era en extremo celoso de la seguridad, y se mostraba muy proclive al mandoble contra quienes osaran amenazar tan sólo un ápice de su poder absoluto.

Al anochecer de un miércoles santo, comienzo de una larga festividad, Domingo llegó a la casa visiblemente exhausto. No había podido cumplir con la tarea que le encomendara el capitán Bertolino por no encontrar a la persona indicada pese al empeño puesto en buscarla, decidiendo entonces retirarse a dormir unas horas y luego volver al intento. Demás está señalar cuán delicada sería la tarea.

Su comportamiento causó extrañeza en su casa. Cuando llegaba, el muchacho acostumbraba pasearse por el amplio patio arbolado, como buscando reencontrarse consigo mismo. Contemplaba las estrellas detenidamente como reconociéndolas, y se llenaba los pulmones con el aire puro y aromado del agreste ambiente. Luego de tomarse un baño, cenaba y poníase a leer un par de horas antes de dormir. Esa vez, en cambio, llegó y se metió en la cama. Doña Jacinta lo observaba. El silencio del hijo le dolía. ¿Cuál sería el drama que empezaba a vivir? Difícilmente había de conformarse con ver cambiado a su soñado doctor por un adusto militar más en la familia.

Acomodaba las ropas del hijo dormido abandonadas en una silla cuando, imprevistamente, topó con un sobre asegurado con alfileres de gancho en el bolsillo interior de la chaqueta, resultándole aquello asaz llamativo. Y llevada de una desmedida suspicacia, propia del clima familiar de los uniformados de aquel país, no pudo pasar por alto el hallazgo, y se las arregló para abrir la carta sin destruir el sobre. «Total, pensó, lo dejaría después como estaba». Pero, poniéndose a leerla, le fue imposible entender el contenido. La misiva estaba escrita en clave y firmada con seudónimo. [91] «¡Bah! Tal vez sea cualquier cosa y no lo que estoy pensando», se dijo llena de dudas. A punto de cerrar la carta y volverla a su sitio, lo reconsideró: «Es que..., una carta cualquiera no se asegura con alfileres de gancho en el fondo de un bolsillo interior». Tal vez, al ser el portador, su hijo estaría corriendo un grave peligro. Tal vez... hasta pudieran matarlo. Mejor era mostrársela a su marido. Él sabrá cómo proceder para salvaguarda del muchacho. Y así, con la mejor de las intenciones, fue a buscarlo.

-Mira esto -le dijo con la inocultable intriga en el rostro.

Don Alejandro, tras el primer susto, abrió la carta y la analizó con la lupa del miedo reforzado por su absoluta lealtad al gobernante. Y al no poder descifrar ni una coma del texto, pensó un instante y resolvió ir a lo seguro. De inmediato, mientras el hijo todavía estaba dormido, llevará la carta a su amigo de mayor confianza, don Benigno Santacruz, el jefe de policía.

-Debemos evitar que compliquen a Domingo en alguna sucia conspiración -dijo a su esposa-. Una vez todo aclarado, desde luego, te devolveré la carta, y tú la pondrás de vuelta donde corresponde. Y no pasará nada. Quédate tranquila.

Ella, contrariamente, entró a dudar aún más y a ponerse nerviosa. ¿No habría cometido una irreparable imprudencia?

Eran las ocho de la noche cuando sonó el teléfono en la casa del coronel Santacruz. Acababa éste de llegar del despacho. Atendió personalmente.

-¡Hola! ¡Caramba! ¡Qué sorpresa oír tu voz después de tanto tiempo! ¿A qué se debe, mi gran amigo y correligionario?

-Necesito verte con urgencia. ¿Podrías recibirme ahora mismo?

-Uhm, bueno, puedes venir. Tomaremos un trago por Semana Santa... Te espero.

Cortó. Don Alejandro corrió hasta la parada de taxis. Felizmente había uno que todavía esperaba pasajeros. Al dar la dirección al conductor, notó que éste lo espiaba intrigado por el [92] retrovisor. Por cierto, la dirección le resultaba conocida. Por decir algo, don Alejandro comentó:

-Es sólo una visita de cortesía. El jefe es mi amigo. Me ofrece un trago por Semana Santa.

El conductor, por toda respuesta, volvió a mirarlo por el retrovisor.

Y bien, llegaron. El anfitrión estaba en la puerta. Había doble guardia. Previo apretón de manos y grandes frases de circunstancia, se apresuró a preguntar:

-¿Y mi recomendado? ¿Cómo anda en el estudio?

-Bien, bien -contestó el visitante, obviando la gentileza-. A propósito de él, esta noche le está pasando algo extraño. Apenas llegó a casa, se metió en la cama, cosa que nunca había hecho. Se le notaba cansado y preocupado... -y le narró la forma en que le fue hallada la carta que ahora traía y que él reputaba sospechosa-. Yo no la puedo interpretar debidamente -le dijo- y necesito tu ayuda. Por eso vengo a molestarte tan a deshora.

Don Alejandro hablaba precipitadamente, evidenciando su grave preocupación. El jefe de policía tomó la carta y, antes de leerla, miró escrutadoramente al amigo.

-No pierdas la calma -le dijo-. No creo que tu muchacho se meta en problemas.

Comenzó a leer deletreando. Al llegar al tercer párrafo, volvió atrás y comenzó de nuevo. Don Alejandro le observaba el semblante, notándolo gradualmente cambiado. De pronto, don Benigno lo miró nervioso y le dijo con gesto de consternación:

-Creo que me equivoqué con tu hijo.

Suspiró y continuó deletreando. La carta era relativamente breve, de menos de una carilla. Al término del texto farfulló alterado:

-Es la tercera vez que aparece este seudónimo. Pero ahora el tipo caerá.

Sin más comentario, tomó el teléfono y llamó a dos de sus guardias personales. [93]

-Ustedes se van con este señor hasta la casa y traen detenido al hijo, el alférez Domingo Franco -les ordenó secamente.

Don Alejandro temblaba. Ya no se despidió. Estaba de más hacerlo. Ya no se trataba del amigo a quien él recurriera buscando ayuda. Aquél sólo era un jerarca policíaco del régimen, renombrado por su ferocidad, en cuyas manos él mismo, coronel Alejandro Franco, entregaba la suerte de su propio hijo. Quería llorar. Y seguramente lloraba, aunque muy adentro, de rabia, de odio a sí mismo, de odio a su imperdonable estulticia.

Sin lugar a dudas, el mensaje era subversivo. Domingo, con seguridad, tendría que confesar quién se lo había entregado y a quién se dirigía. Y suponiendo que se comportara como un entero varón ante las amenazas y se negara a abrir la boca, pues sería torturado. Lo sería hasta que se pusiera a «cantar» o hasta que muriera.

Don Alejandro conocía perfectamente los métodos utilizados por ese sistema del cual fuera irrestricto servidor, sin que nunca se detuviera a pensar que tal vez un día la macabra maquinaria pudiera estrangular a su propio hijo. ¿Qué hacer? ¿Recurrir al ridículo expediente de pedir clemencia para un traidor al gobierno de su genuina parcialidad? Y si no, ¿cómo rescatar a Domingo de ese antro de barbarie donde él mismo lo acababa de arrojar?

Entraron en la casa, levantaron al muchacho de la cama y se lo llevaron. La madre, al verlo en ropas de dormir, metido a empellones en el carro policíaco, se arrancaba los cabellos de consternación. Ella pudo haberlo evitado. Sólo ella, con su sólo silencio. Un minuto de enfermiza suspicacia, de miedo culpable, de miserable obsecuencia, la llevó a proceder como lo hizo, haciendo partícipe a su recalcitrante marido.

Domingo, incomunicado y sumido en total desconcierto, no podía imaginar quiénes hicieron posible su caída. Jamás hubiera podido aceptar la idea de que la obsecuencia y el miedo convirtieron a sus padres en miserables entregadores. [94]

Durante tres días sufrió varias crisis cardíacas debidas al alto voltaje de la picana eléctrica. Al cabo de la última y peor descarga, falleció. Minutos antes, ya privado del dominio de la voluntad, balbuceó algo como «Bertolino». Aún en la inconciencia, bastó una palabra para condenar al amigo.

La mala suerte del capitán no fue tanta, sin embargo, como la del subalterno. Ya en prisión, amén de los tormentos imprescindibles, fue obligado a transportar a costas el cadáver de Domingo Franco hasta cierto malezal de extramuros, y colgarlo allí, de un árbol, dejando sus huellas digitales en el cuerpo y la ropa del occiso. De ahí en más, el capitán Bertolino pasaba a ser el indiscutible ahorcador del alférez. Pero esa acusación no venía sola. Además de confirmarla, Bertolino debía confesar a quién iba destinada la muy subversiva carta. Y como nadie había logrado descifrarla debidamente, tenía que hacerlo él. Por cierto, estas cuestiones continuarían exigiendo la intervención de la picana eléctrica, la pileta con excrementos y todo lo demás. Y sus respuestas a esas interrogantes eran tan fundamentales como necesaria su verbal y literal confesión reconociéndose asesino del alférez. Sin embargo, un hecho insólito vino a complicar el curso de la tramoya. El capitán

se volvió de golpe mudo. Su silencio se hizo total pese a todos los tormentos. Su mirada fija en un solo punto era la de alguien que había perdido la razón. Sus torturadores no lo mataban, aunque ganas no les faltaban. Pero la orden de mantenerlo con vida era rotunda. Tarde o temprano tenía que confesar y así salvar la muy dudosa reputación del régimen, ya que las noticias trascendían y se filtraban al dominio público. Pasaron luego un par de meses, y en vista de la mudez inconmovible del sujeto, la superioridad se vio forzada a ordenar la incomunicación en un hermético calabozo, más tumba que prisión, para ser sometido quizás indefinidamente a nuevos y brutales interrogatorios.

Los rumores crecieron en las calles a pesar del terror. Entonces, antes de que el descrédito desbordara y provocara denuncias [95] internacionales, el juicio arrancó. Inmediatamente, el juez de la causa dispuso el nombramiento de un defensor para el reo, formalidad necesaria dadas las circunstancias. Curiosamente, la designación recayó en el más modesto y silencioso miembro del gremio forense.

Todo se tramitaba por escrito. Sólo por escrito. El juicio oral había sido proscrito, el poder judicial sólo era poder de nombre, y el otro poder, el legislativo, ni siquiera de nombre. El fiscal acusador presentó su libelo: «Vistos los abundantes testimonios arrojados por la investigación policial, resulta por demás evidente que el acusado Fausto Bertolino ha cometido asesinato en primer grado contra el alférez Domingo Franco. De ello son pruebas irrefutables las numerosas huellas dactilares encontradas en las ropas y en el cuerpo del occiso, las que coinciden íntegramente con las impresiones del acusado, según prontuario obrante en el departamento de identificaciones de la policía. También son pruebas, entre otras muchas, la facilidad y perfección con que el acusado reconstruyó su propio crimen, y la inhumana sangre fría demostrada al hacerlo, todo lo cual se halla debidamente documentado.

»Las motivaciones del homicida fueron dos: 1) Domingo Franco mantenía frecuentes relaciones sexuales con la esposa de Fausto Bertolino, en su propia casa, hecho del cual éste se enteró por boca de los vecinos. 2) Domingo Franco, siendo portador de una carta sumamente confidencial dirigida a otro camarada, hizo posible que ella cayera en manos de la policía. La carta contenía instrucciones para una acción subversiva a producirse en breve plazo. Felizmente, la misiva cayó y se pudo impedir el golpe.

»Ambos motivos indujeron al sujeto Bertolino a vengarse de Domingo Franco, ultimándolo en la forma que es de público conocimiento.

»Por todo lo expuesto, y en reparación de tan alevoso crimen, frío y premeditado, que lesiona todos los principios y leyes de [96] convivencia social, así como los altos preceptos éticos y morales del ejército nacional, el Estado y las FF. AA., por mi intermedio, solicita a ese Honorable Tribunal, la aplicación, al reo Fausto Bertolino, de la pena de muerte por fusilamiento, conforme a lo determinado por el código penal militar...».

Días más tarde, el defensor dióse por enterado del libelo, y a su turno contestó el escrito de la siguiente manera: «Considero justa la preocupación del señor Fiscal Acusador en lo referente a la salvaguarda de los principios y leyes de convivencia social, así como de los altos preceptos éticos y morales del ejército nacional, pero disiento y me opongo al pedido

extemporáneo de la máxima pena para mi defendido, sin previa declaración indagatoria ni comparecencia alguna ante los jueces, negándosele de ese modo el derecho a deponer en su descargo. Y disiento, además, en que con solamente los testimonios de la policía, se dé por concluida la investigación de un caso tan delicado, que involucra no sólo al occiso y al supuesto asesino, pudiendo ser partícipes los familiares de cada uno de ellos y la propia policía. No se puede proceder a la condena de un hombre cuya única probable culpa es, hasta ahora, la de haber conspirado contra el gobierno, delito político, para cuyo castigo no existe una clara jurisprudencia».

Hasta aquí leyó el juez de la causa el escrito presentado por la defensa, y al encontrarlo desfavorable a la condena, lo desechó por ofensivo y ajeno a las normas jurídicas militares.

El juicio quedó en suspenso. El defensor fue intimado a renunciar, y seguidamente detenido y confinado.

En aquel extraño país, los sucesos más horribles solían quedar cubiertos a través del tiempo, por la tolvanera de otros peores. En el presente caso, los medios de comunicación se hicieron eco del oscuro asunto durante un corto lapso, hasta que otras novedades atrozmente parecidas echaron su sombra sobre el drama de la familia Franco. La madre de Domingo, entre bisbiseos temblorosos, refería lo sucedido hasta donde los sofocos le permitían. [97] Nunca dejó de inculparse. El esposo, por su parte, murió intoxicado de silencio. Desde la desgracia, nunca más habló, hasta su muerte. El silencio fue en él una forma de gritar, denunciar, condenar y condenarse.

Un día, cuando ya nadie se acordaba de Bertolino, los diarios lo salvaron del olvido total. Por una gracia del superior gobierno, se lo eximía de la pena máxima, siendo condenado solamente a cadena perpetua.

Tal como dijéramos al comienzo, el capitán era casado y tenía una hija pequeña. Dada la confianza depositada en el alférez Franco, éste era ocupado a su domicilio con frecuencia, dando lugar a que recibiera muestra de aprecio y simpatía por parte de la mujer. Los vecinos, que lo veían introducirse en la casa en ausencia del marido, dieron razón de ello, tal cual lo vieron e imaginaron, cuando la policía indagó en busca de elementos que enriquecieran la trama argumental de la acusación. Y fue aquél un testimonio probatorio más, de gran utilidad para el señor Fiscal.

La sentencia se produjo inesperadamente. Ya el reo no tenía defensor (porque todo eso puede darse en un país tan extraño como aquél). Pero aún así, la condena no llegó a la máxima solicitada por el acusador. Bastaba con que Bertolino fuera excluido del contacto con la sociedad. Por eso, su reclusión continuó en el mismo hermético calabozo.

Y el tiempo pasó. Cierta día de diciembre, la corta familia Bertolino amaneció de fiesta. La hija del capitán cumplía veinte años, y la fecha coincidía con su colación de grados. Ese día, al atardecer, había de recibir su título de maestra de manos del «Señor Presidente», invitado para la grata entrega. E informado el mandatario, gracias a los periódicos, de que la maestra mejor egresada, además de recibir su diploma de honor y el título, ese día festejaba su cumpleaños, mandó a encargar de prisa su presente para ella. Mas, cuánta sería

la sorpresa cuando, en el momento de la entrega, la sobresaliente nueva educadora, digna de admiración y encomio, le rechazaba el obsequio, diciéndole: [98]

-No, señor Presidente. El único obsequio que recibiría de usted de todo corazón sería la libertad de mi padre.

-¿Su padre?

-Sí, señor; el capitán Bertolino, aquél a quien usted, tan injustamente mandó sepultar de por vida, en un negro calabozo, hace diez y seis años.

El presidente, lleno de estupor, se retiró del acto, buscando a quien culpar por no haberle avisado. Y, lejos de conceder a la brillante egresada la gracia que le pedía, ordenó la vigilaran estrechamente.

Huelga decir que a la Bertolino jamás le dieron cargo alguno en escuelas públicas. Entre tanto, el padre continuaba en total encierro, siendo en el país el único preso a perpetuidad. Sin embargo, se cree que la petición de la hija afectó, aún ínfimamente, la conciencia del presidente ya que, pasado un corto tiempo, al condenado se le redujo la pena a veinticinco años. Vivía sin ver la luz, y se había vuelto blanco como un papel. Lo manifestó la madre, a quien le permitieron visitarlo por única vez, al cumplir veinte años de prisión.

La noticia trascendió. Los comentarios menudearon. Un médico amigo que visitó a la madre hizo su deducción: Si Bertolino estaba blanco como un papel, era porque alguna grave enfermedad lo aquejaba. Entonces, no viviría cinco años más para verse libre.

En tal caso, los cálculos de sus punidores no estaban errados. En la práctica, la pena continuaba siendo perpetua. [99]

Un golpe del destino

(Cualquier coincidencia no es pura casualidad)

Enero veintiuno del año de la desgracia. Medianoche. Marcos, el enlace que debía traer las instrucciones para nuestro acoplamiento al contragolpe, no llegaba.

Esa madrugada, el general presidente sería depuesto por un levantamiento cívico-militar, y el país recuperaría el proceso institucional desarticulado por un cuartelazo. Además de algunas unidades uniformadas, toda la oposición política, fuera de ley desde el día trece, estaba comprometida. Nuestro grupo, románticamente activo pero inerme, era una pequeña parte de ella.

Aguardando la comunicación, permanecemos concentrados en una dependencia de la vieja casa de los Paiva, sobre la calle Gaboto, hasta la hora previamente acordada, pasada la

cual y considerando perdido el contacto, nos retiramos. Y entonces, habiendo llegado apenas a la primera bocacalle fuimos atacados a mansalva por una brigada de «guiones rojos», suerte de maleantes fascistas al servicio de la dictadura. El encargado de nuestro grupo, un estudiante universitario de apellido Cabrera, cayó frente a mí. Quise ayudarlo, pero una lluvia de golpes asesinos me dejó fuera de acción. Hasta donde tuve conciencia, todavía me golpeaban.

Al alba, alguien que jamás pude saber quién fue, pasó por la calle conduciendo un carro de mulas. Se supone que provenía de la Chacarita, y que al toparse con los cuerpos allí despatarrados, notó que uno de ellos daba señales de vida. Lo alzó en el carro y lo llevó. Según el portonero del hospital de Clínicas, de aquel entonces, ni bien el carrero dejó al herido en la entrada, se marchó de prisa. Y según los camilleros, el médico de guardia les ordenó [100] condujeran al infeliz a la sala X, donde, conforme refieren, continuó inconsciente por varios días. El infeliz era yo.

Cuando recuperé la razón, me encontré inmovilizado dentro de un mameluco de yeso, tirado en un camastro de cuya cabecera colgaba el número seis. Apenas pude hablar, pregunté a mis adláteres qué lugar era ése, si había llegado allí solo o con otros compañeros. Nadie me pudo contestar al respecto. Era imposible averiguar quién era quién entre el revoltijo de semi-cadáveres que allí se pudrían. Traté entonces de olvidar el tema concentrándome en mi maltrecha humanidad. En esos momentos me percaté que tenía un acordeón en el pulmón izquierdo; en el derecho, unas cosas como astillas que lo atravesaban. Pensé que serían costillas rotas. Fue cuando sentí el sigiloso paso de una monja, la encargada de la sala. La llamé como pude. Le supliqué me consiguiera un calmante. Me lo trajo, lo tragué y al rato me quedé dormido.

Días más tarde -no sé cuántos-, quizá llegado al diagnóstico, fui puesto en una ambulancia con destino desconocido. El traqueteo del vehículo sanitario había de quedármese en los huesos por varias semanas. Al cabo del paseo, me vi llegando a un lujoso hospital, el Bella Vista, recién inaugurado gracias a un programa de penetración norteamericano. Me acomodaron en el extremo posterior de la galería más larga que en mi vida había visto, en una flamante cama reclinable. Todo allí olía a barniz. Un comedido vecino de aposento me prestó su ejemplar de «La Tribuna». Y fue leyendo ese diario que pude enterarme -peor es nunca- del motivo que impidió a nuestro enlace volver a la casa de los Paiva. Marcos aparecía en un suelto acusado de activar con los comunistas en contra del gobierno constituido. Descubierta el plan de contragolpe por denuncia de soplones, todos los implicados habían sido detenidos de inmediato, incluso nuestro enlace, quien, duramente golpeado, no tardó en dar nombres, direcciones y todo lo demás. Así cayeron uno por uno los grupos involucrados. A nosotros, al encontrarnos en la calle, sencillamente nos masacraron. [101]

Durante mi primer día en Bella Vista, recibí una agradable sorpresa: la visita de mi madre. Enterada de mi situación por medios que ignoro, viajó desde Villarrica para verme. Fue a mi pensión, tomó mis ropas, mis papeles, y salió a buscarme. Estuvo primeramente en el Clínicas, y de allá la enviaban. Me abrazó llorosa. Pero su angustia de madre pronto halló el conducto por donde volver a cierta alegría. Yo no estaba muerto como al principio

había creído. Y si bien me veía grave, su esperanza de que me volviera a curar era más fuerte que el sufrimiento.

Al día siguiente me quitaron el yeso para someterme a estudios radiológicos. Ahora el tema era pulmones, y el yeso se hacía innecesario. Yo, por mi parte, me congratulaba de ello, ya que aquel mameluco resultaba sumamente molesto debido al calor y a las picazones que producía.

Un mes después estaba convaleciente de mi primera operación. Libre de costillas rotas, empero, el pulmón izquierdo seguía molestando. Una mañana, el director de la sala, haciendo su recorrida, se detuvo frente a mi cama.

-A ver, mueva las piernas -me dijo.

Lo intenté, pero el dolor me obligó a desistir. Luego supe que tenía problemas en la columna. Sin embargo, una parte de mi salud mostraba evidente mejoría: la espiritual. Ilusión y optimismo estaban nuevamente en función. Con mis brazos no tenía dificultades. Podía asearme, tomar los alimentos y sujetar un libro. Demasiado, dadas las circunstancias. Comencé a leer con avidez. Como descanso, escribía. Era una forma casi inconsciente de evitar cualquier indicio de depresión. Mis escritos combatían el pesimismo, aunque a veces revelaran una enorme tristeza. Pero de cualquier manera, sentía que me ayudaban. Cantaba a la libertad, aunque ella estuviera entre rejas. Cantaba a sus defensores, aunque estuvieran muertos.

Marzo, 20. Amanecía. Desde mi cama, ubicada siempre en el extremo posterior de la alta galería de Bella Vista, vi de pronto [102] arder a lo lejos los primeros fuegos de artefacto revolucionarios en un ataque a la caballería -lo confirmé después- realizado por pilotos que huían con sus máquinas para plegarse a las fuerzas insurrectas concentradas en algún lugar del país. Las acciones habrían comenzado. Ese mismo día, los internados que tenían un receptor pudieron captar la característica de «La Voz de la Victoria», emisora que decía transmitir desde la base revolucionaria de Concepción. ¡Aleluya! Desde ahora podíamos seguir paso a paso el desarrollo de la lucha armada contra la dictadura. Salvo unos pocos, todos estábamos contentos y compartíamos la esperanza de conquistar la democracia.

Al comienzo, sólo las unidades de Concepción y Chaco estaban sublevadas. Luego fueron sumándose grupos de civiles con gran fervor combativo llegados desde todos los puntos del país y aún del extranjero. De todo ello nos informábamos detalladamente gracias a esa «Voz» que diariamente nos alegraba desde el alba.

Al mes se sublevó la Marina. Sus instalaciones, en plena ciudad fuera de toda lógica, estaban rodeadas de un denso vecindario. Según se pudo saber, el levantamiento sobrevino como un aborto. Debía coincidir con el arribo de las cañoneras que se encontraban en Buenos Aires reparándose, pero no faltaron «pyragüés» entre los propios marinos, que no vacilaron en delatar a sus camaradas. Cuando efectivos policiales y grupo del «guión rojo» se agolparon en las adyacencias amenazando con invadir la base fluvial, el pronunciamiento previsto se adelantó, llevándose a cabo una acción bastante apresurada y

meramente defensiva. Las fuerzas intrusas fueron sin embargo desalojadas de la zona. Pero, para entonces ya tropas de verdeolivo y piezas de mortero entraron al ataque. Durante días y noches fue batido el cuartel de la Marina y, muy desaprensivamente, toda la indefensa población circundante. La orden del gobierno de acabar con la unidad rebelde fue puesta en marcha con una ferocidad que superaba a [103] cualquier otra demostrada por nuestro ejército durante las dos grandes guerras, llegando a una verdadera barbarie.

Poco antes de ese ataque, había sido devuelto al Clínicas, ahora para una intervención a la columna. Una semana después, el hospital quedaba aislado. Atrapado en terreno insurrecto, era constantemente alcanzado por las balas leales. Fue gracias a aquel regreso que pude seguir de cerca los pormenores de una brutal tragedia popular. Todas las salas se abarrotaron de heridos. Yacían en camastros improvisados, en pasillos, corredores y bajo los árboles. Personas de todas las edades, mujeres y hasta niños, sin nada que ver con la contienda, caían abatidos en las calles y en las casas.

Promediando la segunda jornada de balaceras, de pronto apareció en la sala X un hombre que, a juzgar por la voz que trascendía hasta el interior del pabellón, rondaría los cincuenta años. Y, muy afectado a consecuencia -según decía- de explosiones que se habían producido en su domicilio, apenas podía escucharlo desde mi inmovilidad. La gente que lo rodeaba lo llamaba «don José», y muy enfermo como estaba, según pude deducir, traía en brazos a una adolescente en estado grave, clamando a voces le quitaran la hemorragia que la estaba matando.

-¡Mi pobre hija tiene el cuerpo acribillado de esquirlas! -gritaba desesperado-. ¡Se está desangrando! ¡Por amor de Dios, sálvenla!

A la llegada del hombre, ya había trascendido que dos mujeres habían muerto en la casa. Los «guiones», que invadieron el hospital, al ver a don José, cuyos familiares estaban siendo víctimas del ataque gubernista, se dispusieron a fusilarlo inmediatamente contra un muro del pabellón. Por suerte, un médico militar, el doctor Texidó, que prestaba servicio de emergencia en la sala, intervino enérgicamente en favor del afectado, salvándolo del alevoso procedimiento.

Entre tanto, seguían llegando heridos. Los atendían, además [104] del único doctor, estudiantes y enfermeras residentes del mismo hospital. Los de afuera no podían concurrir por temor a las balas.

A poco supe que a la adolescente malherida se la llamaba «Chiquita». Desde la sala contigua, la de varones, sólo podía oír sus quejas, aunque extrañamente, era como si la estuviese viendo.

A la tarde de un pésimo día lunes llegó a visitarme un antiguo amigo de nombre Alberto. Informado de mis tribulaciones a través de mi madre, se abrió paso entre los piqueteros fuertemente armados y vino a verme, trayéndome de regalo una pequeña radio a pilas. «Para que escuches los informativos», me dijo.

Efectivamente, lo primero que escuché con ese receptor fue un informativo del gobierno que me pareció de muy mala fe. Por ella se atribuía la desgracia de don José a bombas caseras fabricadas por ellos mismos. Reflexioné al respecto lo más objetivamente posible. «Las bombas caseras no arrojan esquiras», me dije. El infundido gubernista sólo perseguiría crear confusión y hostilidad contra la familia afectada, y así encubrir la atrocidad de todos conocida. Consecuentemente, el miedo del pueblo envilecido por la interminable dictadura se encargaría de que los vecinos, amigos y hasta parientes de las víctimas les negaran su apoyo y solidaridad. La propaganda al servicio de la maldad, por alguna extraña razón, suele acabar imponiéndose.

Los marinos, huérfanos de toda asistencia, pudieron sostenerse sólo unos pocos días. Cuando la carga de las fuerzas leales venció la última resistencia, los sobrevivientes optaron por lanzarse al río en pequeños botes o a nado. Las lanchas motorizadas habían partido mucho antes con los jefes y sus familiares a bordo. Los atacantes llegaron hasta la costa, descargando metrallas a mansalva contra los soldados y guardiamarinas que huían o que aún no podían hacerlo y permanecían en la orilla con los brazos en alto en señal de rendición. Los atacantes acabaron con todos.

Paradójicamente, la derrota de la Marina trajo alivio para los internos del Clínicas, si bien aquella derrota implicaría muchos [105] más asesinatos, saqueos, violaciones y apresamientos de opositores. Los internados sólo pensaban en el pronto regreso de los médicos, cuya ausencia había ocasionado numerosas muertes por falta de atención profesional.

A la joven hija de don José, Chiquita, entre tanto, le cupo una suerte especial. Luego de habersele logrado parar la hemorragia, ella se recuperaba. Su juventud y sus ganas de vivir habían hecho posible el milagro. En todo el hospital se hablaba de ella y su familia, con general simpatía y piedad. Gracias a esa actitud de la población hospitalaria, podía yo informarme de su evolución. Salvada la vida, aún debía luchar por salvar las piernas de ser amputadas. La habían trasladado a la sala XI, donde, en breve, también yo iría a parar para ser nuevamente enyesado y operado.

Días más adelante, siendo conducido a rayos X, la camilla que me transportaba acortó camino cruzando por la sala de mujeres. Pedí al camillero parase allí unos minutos. Pregunté a las enfermas quién de ellas se llamaba «Chiquita», y la respuesta no se hizo esperar: «Esa que está en esa cama», me dijeron casi en coro. La miré detenidamente, la congratulé por su mejoría y le deseé lo mejor para su salud y su futuro. Mi emoción, al conocerla, fue confortante. La encontraba mejor aún de lo imaginado.

Esa noche, fortuitamente, pude conocer a dos de sus hermanas. Caminaban al azar, mientras la paciente dormía. Se introdujeron en la sala de varones, pasaron frente a mi cama, e impresionadas quizá por mi padecimiento al verme dentro de un mameluco de yeso, se detuvieron a conversar conmigo. Respondí lo mejor que pude a la cortesía de mis visitantes. El sólo hecho de que se interesaran por mi humanidad doliente me llenaba de reconocimiento.

Desde entonces, aquellas dos muchachas continuaron visitándome. Hablábamos de temas relacionados principalmente con Chiquita, nombre que había ingresado en mi fantasía y formaba parte de ella. Hablábamos de los altibajos de su salud, del trato que [106] recibía en la sala, donde constantemente aparecía la tosca figura del «pyragüé» con sus absurdas indagaciones. Pronto mis amigas se percataron de mi pasión por la lectura y mi afán por escribir. Empezaron a traerme libros. Yo les retribuía dedicándoles encendidos versos.

Entre tanto, había soportado dos meses más de yeso. Un día, sorprendentemente, debía dejar la sala XI. Varios médicos habían regresado, y la atención se regularizaba. En mi caso, habiendo llegado a la conclusión de que las costillas rotas habían afectado al pulmón izquierdo, y que en esas condiciones era imposible una operación a la columna, nuevamente me fletaron al Bella Vista. Llegué allí en momentos en que los revolucionarios abandonaban sus posiciones sobre la calle Luna, calle del hospital, y se desbandaban víctimas de una derrota entonces inexplicable. Eran los del frente de Concepción, que luego de una marcha victoriosa e incontenible, ahora se desintegraba. Varios combatientes se introdujeron despavoridos en el Bella Vista, simulando enfermedad y suplicando fueran internados. Algunos lo consiguieron. En realidad, lo que buscaban era un refugio. Entre ellos reconocí, no sin estupor, a uno de los compañeros del grupo. Había escapado de la masacre gracias a la oscuridad. Le pregunté si éramos los únicos sobrevivientes de aquel episodio.

-Los únicos -me respondió.

Pude entonces deducir cuántos habían perecido allá. Por él me informé, además, del desentendimiento y pésima organización imperante en las filas revolucionarias, pese a todo lo cual estuvieron a un paso del triunfo. Y lo habrían logrado si en el justo momento no hubiese llegado la tan malhadada ayuda del General Perón a su amigo, el general presidente. Su cargamento de modernas armas automáticas y selecto personal técnico hizo posible que los cansados, desorganizados y mal armados revolucionarios fueran aplastantemente derrotados a escasos cuatro kilómetros de la casa de gobierno. [107]

En el Hospital Bella Vista, el dolor de la derrota agravó todos los males físicos. Una fatal tristeza copó el ambiente. Varios murieron.

En lo que a mí concierne, aún penando como el peor, tuve que soportar dos consecutivas operaciones quirúrgicas. Y al cabo de unos meses, con las heridas apenas cicatrizantes, me anunciaron mi vuelta al Clínicas, para continuar con la terapia de la columna. Así, nuevamente, llegaba a sala XI, donde, para sorpresa mía, otra vez me tocó la cama seis. Algunos pacientes me reconocieron y yo a ellos. Un hombre apellidado Paná, de origen Nivacle, revolucionario, herido durante un combate contra la fuerza leal, ya muy poco podía caminar, pero continuaba servicial y dicharachero, ayudando a los compañeros menos capacitados. Atacado de gangrena, sólo el humano aguante le permitía continuar en pie. Me dio noticias de Chiquita: «Ella mejora -me dijo-, ya empezó a dar unos pasos».

¡Cuánta alegría! Pensé que pronto también yo podría caminar, y nos veríamos.

Contento, traté de preparar la moral para afrontar mis próximos problemas. Ese día me repusieron el yeso a fin de que me acostumbrara. Porque -me dijeron-, después de la operación tendría yeso para un largo rato.

Pero el tiempo pasó, desde entonces, sin que de mi caso nadie se acordara. El tal acostumbramiento se me estaba haciendo interminable, hasta que una mañana, ya harto de tanta demora, y aprovechando una recorrida del director de la sala, desde mi postración, lo encaré. Tenía que saber qué pensaban hacer conmigo. Me respondió de mal talante que no iban a operarme porque sí, por operarme; que en mi caso el porcentaje de riesgo llegaba a noventa.

-¿Aceptaría operarse teniendo sólo diez por ciento de probabilidades a su favor? -me preguntó.

Y yo contesté: -Sí, doctor. Opéreme. [108]

Me dominaba la sensación de que, si no me lo hacían, igual me moriría de angustia. Una semana después me hallaba en el quirófano. El trabajo duró seis horas. Consumí ocho latas de éter. Recién a medianoche pude reaccionar. Mi primera impresión fue pavorosa. Tras ninguna de mis anteriores operaciones me había sentido igual. Las tablas de mi lecho eran piedras de sepulcro. El mameluco de yeso, un féretro. Sólo cuando el consciente entró a clarificarse, pude reflexionar. Fue al mismo tiempo que comenzaban los dolores y las arcadas, mis primeros síntomas de vida. Me había salvado. Ningún proyectil ni cosa parecida pudo ser encontrado en las vértebras dañadas. Simplemente se trataba de graves contusiones y fracturas provocadas a golpes de culata. Pero, de cualquier manera, la operación debió ser de suma gravedad, tanto que me sentía dentro del mameluco de yeso como en un cepo triturante. Poco después pude darme cuenta de que tenía los brazos libres. Ya hubiera podido ponerme contento al poder hacer uso de mis manos, al poder tomar un libro, al poder leer y aún escribir. Y el momento llegó. Mis reflexiones al respecto me daban cuenta de que mis funciones sensoriales comenzaban a normalizarse. Todo lo cual era bastante más de lo que hubiera esperado. Ya cerca del alba me dormí gracias a una dosis de morfina, pero tuve una fea pesadilla. Apostaba mi vida en un desesperado juego. Ya la tenía virtualmente perdida cuando un susto provocado por la misma pesadilla causó el sobresalto que me despertó. Y de golpe, gané la apuesta.

Ese mismo día, a la tarde, recibí la visita de mi madre. Pero no fue solamente ella quien se diera cita al hospital. También vinieron mis hermanas, varios amigos y, ¡oh, sorpresa!, las dos hermanas de Chiquita. No faltó alguien, quizá una enfermera de la sala, que les diera la noticia de mi regreso y de la operación a que fui sometido. Y vinieron. Volvió a cobrar sentido para mí la palabra alegría.

También ese día -histórico día- depusieron al general presidente, poniendo fin a una década de funesta dictadura. Sólo que [109] sus derribadores fueron los mismos que lo sostuvieron durante todo el tiempo. Su reemplazante, ideológicamente idéntico, no deseaba otra cosa que tomar su turno y seguir el mismo andamio, aunque con mayor sentido del provecho propio. El cambio, pues, se hizo para que nada cambiara. El país entero lo comentaba en voz baja. De ahí en más, varios mandamases ocuparían la codiciada silla

presidencial, sin otra consecuencia práctica que el enriquecimiento veloz de cada uno de ellos a costa de los fondos públicos.

A partir de ese día, de pronto, mis amigas dejaron de venir. La ausencia duró tres semanas, e ínterin se produjeron novedades. Así, sucedió que, terminada la cura traumatológica, nuevamente me pasaron al Bella Vista para controles y el alta posterior. Así me lo anunciaron. En pocos días más estaría en casa. Eso pensaba yo. Pero el epílogo no había de ser tan breve. Resultó que obtuve el alta un año después, y sin que todavía pudiera caminar. En la casa estaba mi madre. A propósito, para estar cerca de mí, ella había vendido la casa de Villarrica, comprándose otra en Asunción, a pocas cuadras de Clínicas.

Cuando pude dar finalmente mis primeros pasos, había transcurrido un año más con sus secuelas que nunca faltan. Entre tanto, no cesaba de leer y escribir. Había logrado publicar cosas en algunos medios locales. Mi nombre apareció en el Índice de La Poesía Paraguaya. Era mi primer paso trascendente. Luego vinieron concursos literarios y obtuve algunas distinciones. Entonces comencé a recibir visitas de amigos periodistas. Consideré necesario mudarme de casa, ganarme el sustento y comenzar una nueva vida.

Ahora bien, a pesar de mi deseo de contarle todo cuanto antes, debo volver atrás. En tanto a mí me sucedían cosas que en cierto modo alteraban mi existencia, Chiquita había vuelto a la sala XI debido a la localización de más esquiras que aparecían provocando serias infecciones. Quien me lo contó aseguraba que los médicos diagnosticaban gangrena y eran partidarios de una amputación. [110] «Ella prefiere la muerte», me dijo. El padre, muy contrariado, la retiró del hospital, llevándola a un sanatorio privado. Mi informante no supo decirme de qué sanatorio se trataba. Y, al no poder ubicar su paradero, nada más supe de ella.

Pasado un tiempo, y al cabo de muchas vicisitudes, entre las cuales había logrado recuperar la capacidad de caminar, resolví salir en busca del domicilio de aquella que me quitaba el sueño. Me costó mucho encontrarla, pero pude hacerlo. Encontré a Chiquita en plena convalecencia, con una pierna todavía enyesada. La había salvado de la amputación.

-En la próxima semana me quitan el yeso -me dijo feliz.

Yo conocía esa suerte de felicidad por haberla vivido casi a la par de ella. La impresión que recibí al verla después de tanto tiempo y de tanta ansiedad superó en hondura todo lo previsible. Estar junto a ella me produjo tal estado emocional que no pude menos que expresarle enteramente lo que en ese momento sentía. Chiquita se ruborizó. Y de esa extraña manera, como semilla caída en tierra fértil, en lo hondo de aquella emoción compartida, quedó el germen de un secreto romance.

Y el tiempo nuevamente pasó, hasta que un día, encontrándome en mi trabajo, llegó hasta mí un desconocido portador de una invitación. Era de parte de ella. Mi invitaba a su colación de grado. Ese año se recibía de maestra. A pesar de los graves percances, había completado el magisterio. Ni los cañonazos de la dictadura pudieron torcer su voluntad. ¡Oh, auténtica hija del pueblo! En la tarjeta se anunciaba, además del acto académico, una fiesta en la sede social del Olimpia.

Asistí, por supuesto. Compartimos la fiesta del comienzo al final. Y, ya próximos los sones del «Campamento», hicimos un trato. Como ella viajaría de vacaciones a Villarrica al siguiente día, yo iría después a reunirme con ella. Decidíamos pasar juntos unos días de campo inolvidables. Al sólo pensarlo, comenzaba a vibrar. Aquella escapada nos resarciría de muchos sinsabores pasados y [111] nos reconciliaría con la vida. Esa noche dejamos rubricada una página de nuestra existencia que aún estaba en blanco. Más tarde la llenaría el destino.

Y bien, olvidaba mencionar algo importante. Entre todos mis avatares, había vuelto a la política, pero no a la política de las acciones públicas ni de las barricadas. Vivíamos bajo férrea dictadura militar, y mi actividad se reducía a periódicas publicaciones, casi inofensivas. Sin embargo, aquel día, el siguiente a la fiesta de colación, promediando la mañana, fui citado al departamento de Investigaciones. Me recibió un obeso de apellido Greno, al que decían «jefe».

-Usted es un comunista -me dijo sin rodeos-. Actuó desde antes del cuarenta y siete. Estuvo mucho tiempo enfermo. Por eso no lo metemos en el calabozo. Pero va tener que salir del país. Tiene veinticuatro horas de plazo. Está notificado. Váyase.

Me extrañó sobremanera la forma asaz benigna en que me trataba. A ningún comunista le dejaban de dar bofetadas y patadas como saludo.

De regreso a mi soledad, pensaba en la mujer de mis sueños. Ella habría partido con el tren de las once. Miré mi reloj: las doce. Ya estaría viajando rumbo al Guairá. Yo, contrariamente a lo previsto, antes de veinticuatro horas habré partido en dirección opuesta. El tiempo útil que me quedaba debía emplearlo principalmente en tratar de vender algunos enseres y libros. Me puse en campaña. Volví cuatro horas después. Hice mis maletas. Finalmente, me senté a escribir. Primero, una carta. Después un poema. Pero, nada triste. No pensaba renunciar a Chiquita por nada del mundo. Mi escrito era la expresión de lo que en mí constituía un designio irreversible. Antes de acostarme despaché un sobre por correo a Villarrica, donde ya ella estaría llegando. Y al día siguiente, antes de cumplirse el plazo, traspuse la frontera. También yo emprendía viaje, mas no de vacaciones, por cierto. Me iba para volver tan sólo cuando cesara la ominosa dictadura. Nadie podía [112] calcular cuánto duraría el mal. En el exilio, al tiempo es mejor olvidarlo, o nos mata.

Se abría, por tanto, un paréntesis insospechado entre nosotros. Desde entonces, varias veces habría de intentar vanamente comunicarme con Chiquita. De tanto insistir sin éxito concluí pensando que ella me esquivaba. En efecto, ser la amada de un conocido marxista era un riesgo indubitable en el país que nos tocaba en suerte. Y así transcurrieron los meses y los años impíamente. Nuestro primer nuevo contacto se hizo posible una eternidad después. Ínterin, otra mujer había entrado y vuelto a salir de mi vida, haciéndome padre de cuatro niños, y dejándome a su paso un dejo amargo en alguna parte del ser. Fue mi madre, que regresaba al Paraguay luego de una breve visita, la portadora de la misiva que había de establecer el nuevo y decisivo contacto entre nosotros. En ella le proponía adoptásemos cada cual un seudónimo, única manera de eludir la muy eficaz censura epistolar de la dictadura.

Entraba enero del año sesenta y cuatro cuando recibí la contestación a mi carta. En ella, Chiquita me anunciaba su propósito de viajar en breve a Buenos Aires, noticia que me llenó de alegría y esperanza. Desde ese momento mis días y mis noches cobraron sentido diferente. Su arribo, ya próximo, había de marcar un cambio rotundo en mi vida.

Y aquello se produjo. Su visita no fue larga pero tuvo ribetes de compartida felicidad. Yo rondaba los cuarenta, mas, en su compañía, regresé a aquella juventud que había quedado trunca para ambos como consecuencia de las atrocidades dictatoriales. Ahora, esa que pudimos rescatar a pesar de los años, lucía maravillosa.

Al cabo de dos semanas la despedí en el aeropuerto con la firme promesa de regresar a Paraguay pese a quien pese. Esa promesa se hizo urgencia, y en menos de un mes, realidad.

Contra el destino, nadie ni nada puede. Viajé de regreso al país de mis desvelos a pesar de la tiranía que continuaba inconvencible. [113] Cuando la brújula es el corazón siempre se encuentra un camino expedito. A veinte días de mi regreso a Asunción, Chiquita y yo nos uníamos. Ni la tenaz oposición de los padres pudo impedirlo. Sin dudas, era ése un final inevitable. Aconteció un día diecinueve de marzo. Dos años y tres meses más tarde nació nuestro primer y único vástago. Y lo llamamos Pablo Dimas.

Así tenía que suceder alguna vez. Aquel día veintinueve de abril del año de la desgracia, cuando ella llegaba a la sala X en brazos de su padre, acribillada de esquirlas, yo me encontraba en esa sala, tabique de por medio, inmovilizado por un mameluco de yeso. Entonces no podía verla, pero, oyendo desde mi inmovilidad su lastimera queja, se me hacía que algo de ese inmenso dolor era parte del mío. [114] [115]

El bastón torcionado

Compra, reparación y venta, rezaba el cartel. Al fondo del salón, el taller. Yo estaba solo.

Lo vi entrar vacilante, enjuto, gris, bastante más viejo que yo. Su cara, la de un extraño, un sospechoso, tal vez un ladrón, me alarmó. Tomé la varilla de hierro torcionado recostada en la mesa del torno. De color casi marrón, daba la impresión de ser madera. Y sus setenta centímetros de longitud por dos de diámetro la convertían en un terrible bastón.

La tomé, simulé renquera y la utilicé para desplazarme hacia la entrada. Mi bastón, sonoro al topar con el piso de mosaico, se delató solo. El tipo se detuvo de golpe. A pesar de su actitud que me parecía agresiva, no avanzó. Obviamente se debía al efecto disuasivo de mi bastón que, en manos de alguien con razones para usarlo contra el cráneo de cualquier mortal, sería capaz de causar un desastre.

-¿Señor, qué desea? -pregunté.

-¡Hola! Vengo a pedir perdón.

-¿Perdón, por qué?

-Yo soy Fontal, aunque no lo parezca -dijo, y salió escapando.

-¡Fontal!

Ese apellido me impactó. Lo tenía en un lugar de privilegio, en mi memoria. Fontal se había presentado un día, treinta años atrás, portando un cartapacio y diciendo ser vendedor de máquinas al servicio de la respetable empresa Manuel Ferreira. Mejor dicho, lo había sido hasta el día anterior, cuando por entredichos con sus patrones, se retiró. Y bien, vino a mi negocio porque [116] deseaba trabar relaciones comerciales conmigo. Pensaba que, con su capacidad como vendedor, su dominio de la plaza, su prestigio, etc..., etc..., él podría promover la prosperidad de mi establecimiento, en beneficio mío, de mis colaboradores y suyo propio... por supuesto. No pretendía sueldo ni viáticos, sólo participación de las ganancias que dejarían las máquinas vendidas por él.

Su propuesta me gustó. Formalizamos un contrato privado que lo incluía como vendedor exclusivo de la casa, con derecho a un porcentaje de las utilidades resultantes de cada balancete trimestral que determinase gastos y beneficios.

Durante el primer mes vendió diez máquinas. Durante el segundo, quince. Todas en cuotas a ser efectivizadas a partir de dos meses, desde la fecha de entrega. Ese sistema, decía, le ayudaba a brindar confianza y facilitar las ventas.

El día veintisiete del segundo mes, viernes, me entregó unas remisiones firmadas por los últimos compradores, diciéndome:

-En la próxima semana empezamos a cobrar.

Y se despidió: «Hasta el lunes».

Pero al día siguiente, a las nueve horas, se presentó azorado y lloroso.

-¡Murió mi padre! -exclamó entre lágrimas-. Murió en Buenos Aires. Acabo de recibir la noticia. Tendré que irme, solamente por una semana...

No dije nada. Sólo quedé pensativo. Me suplicó le diera un adelanto, sólo para los pasajes, suyo y de la señora... A su vuelta haríamos una liquidación parcial, y él devolvería lo prestado. Lloraba. Me conmovió. Tuve que recurrir a mis ahorros. Le entregué cien mil guaraníes.

Hasta allí, todo aparentaba normal. Las sorpresas llegaron pocos días después con los primeros reclamos. Era que las máquinas tenían garantía por seis meses, y cubrirla me tocaba a mí. Eso también parecía normal. Pero he aquí que las primeras máquinas en cuestión no eran de las mías. Fontal las había vendido con [117] boletas de mi casa, eso sí,

y con mi garantía. Y, para mayor sorpresa, las vendió al contado. Entonces desperté. Se me abrieron los ojos. Realmente, el amigo Fontal me estaba resultando un gran vendedor. Fui al departamento que ocupaba, por si hubiera vuelto. El departamento se hallaba abierto y abandonado. Había vendido todos los muebles, hasta el último cenicero. Visité al propietario de la casa. Fontal debía tres meses de alquiler, luz y agua, y se fue llevándose las llaves. Salí huyendo, abrumado. Corrí a buscar a los compradores de mis veinticinco máquinas. Todos me exhibieron boletas de compra al contado, con membrete de mi casa, impresas de contrabando. Por supuesto, en cada una constaba la garantía que yo, como propietario, debía cubrir.

Y bien, no hacía falta investigar más. Esas garantías las tenía que afrontar, desde luego. Afortunadamente, sólo duraban seis meses. Y seis meses no configuraban la eternidad. Tuve que olvidarme de las máquinas, de las cuotas que supuestamente debía cobrar, y de mi amigo Fontal, para siempre.

Ahora, treinta años después, increíblemente, estaba de vuelta. Llegó, pues, tan súbitamente, que al verlo entrar lo confundí con un vulgar asaltante, grave error de mi parte, ya que tan vulgar asaltante, Fontal no lo era. Por su singularidad merecía ser reconocido aún en su achacosa vejez. Al notar la inconfundible función confiada a mi instrumento de hierro torcionado, salió del local como escupido. Lo seguí, lo llamé, pero había alcanzado la esquina, y se encaramó del primer colectivo que partía.

Algún tiempo después, me enteré que se hallaba internado en el Hospital de Barrio Obrero. Llevado por no sé qué sentimiento, me apresuré a buscarlo. Me dijeron que había sido trasladado al Hospital del Cáncer. Eso estaba lejos, en el interior. Pero una rara inquietud me obligaba, y un día tuve que ir allá. Cuando llegué, Fontal se había muerto. La jefa de la sala me dijo que por no tener familiares, la Municipalidad se encargó de sus restos. Me dijo, además, que en la Dirección del Hospital había un paquete que [118] Fontal dejó para ser entregado a quien viniera a preguntar por él. Lo recibí. Y ya en camino, roído por la curiosidad, lo abrí. Allí estaba el viejo cartapacio que yo conocí hacía treinta años, y dentro, envueltos en papel de diario, había dos talonarios de venta al contado, apócrifos, uno de ellos a medio usar, trescientos pesos nuevos argentinos, y una nota dirigida a mí, que decía: «Señor, gracias por su perdón. Fontal». [119]

[120] [121]

Una noche en el exilio

Eran los años posteriores a la derrota. La represión era a muerte. Arreciaban los saqueos. La vida en la clandestinidad y el ulterior destierro acabaron despojándonos de todo,

absolutamente de todo, tal el avieso designio de los vencedores. La situación de mi familia y la mía no podrían tener comparación.

Al segundo año del penoso exilio se nos presentó el anuncio de un nuevo nacimiento, el de nuestro cuarto hijo. Yo continuaba sin trabajo. Si lo encontraba, no me aceptaban por carecer de cédula argentina. De las changas, tan esporádicas, sólo obtenía migajas. Al no poder afrontar un alquiler, habíamos decidido ocupar un predio baldío que estaba en venta, y clavar allí la vieja carpa que, por suerte, habíamos traído del Paraguay. Luego pasaron los meses, y las presiones de la empresa vendedora se acentuaron, viéndome obligado finalmente a prometer en firme la compra del terreno y el primer pago ni bien comenzaba a trabajar. A regañadientes, me consintieron, tal vez sólo porque se vivía una época en que nada se vendía salvo que fuera a largo plazo, y a los ocupantes de un baldío no se los podía expulsar sin antes reubicarlos. Lo determinaba una ley justicialista para bien de los sin techo y fastidio de los propietarios.

En la empresa inmobiliaria me concedieron una gracia de tres meses a cambio de mi promesa de compra por escrito. De paso me informaron acerca de una fundación que otorgaba ayuda a exiliados políticos. Y allá me presenté. Conseguí chapas de fibrocemento y maderas para armar una habitación precaria. Me dieron, además, noticias sobre un posible trabajo en cierto alejado lugar de la provincia. Tomé nota. No me importaba lo lejos que estuviera. [122]

De inmediato fui a buscar los materiales. Los retiré de a poco, transportándolos a hombro y utilizando subrepticamente los estribos de los vagones ferroviarios. En una semana, armada la habitación, saqué a mi familia de la inmunda carpa.

No teníamos cama, ni mesa, ni sillas. El piso era de tierra sin aplanar. Pero ya teníamos techo.

Salí en busca del trabajo que me anoticiaron. Era en Boulogne Sur Mer, a noventa minutos de viaje. Y esta vez lo conseguí. Por lo menos, conseguí que me pusieran a prueba. Ésta me tomó el día entero. Recién hacia las nueve de la noche estuve de regreso, llegando a casa en el momento justo en que a mi mujer le comenzaba el trabajo del parto. Sin atinar qué hacer, corrí hacia el vecino más cercano, distante cuatro cuadras, a través de baldíos y baldíos. El hombre de la casa me dijo que el único servicio de maternidad más próximo estaba a una hora de viaje, en Adrogué. Volví junto a mi mujer cuando ya el feto por momentos se hacía visible y aparentemente pronto a nacer. La madre daba gritos desesperados. Sin pensar más, me arremangué, prendí el Primus, puse una lata grande con agua al fuego, y me dispuse a emprender la función que jamás había soñado. Alguien debía hacer de partero. Alguna noción tenía, alguna intuición acaso, algo aprendido tal vez de los animales que había visto parir allá lejos, en mi aldea natal.

En medio de la desesperación, pude darme cuenta que cuando la pobre madre pujaba, no era la cabeza del feto la que se hacía visible sino su nalga. ¡Dios mío! ¡No podría nacer jamás! Y de repente, ¡zas! Se me hizo la luz. Bien tendidos los dedos, introduje con sumo cuidado las manos por ambos lados de la nalga que se entrevía. La madre ya no tenía voz.

Gritaban los niños al otro lado de la improvisada cortina. Estaban traumatados por el drama que vivíamos.

Traté de asir al feto por las ingles, pero tanta viscosidad me obligó a desistir. Entonces, perdido por perdido, y no quedándome [123] otro remedio, tomé una toalla, me enguanté con ella, y así, con toalla y todo introduje de nuevo las manos, cacé al feto y, ahora sí, lo arranqué del cuerpo de la madre como un rojo tapón. En ese momento sentí un crujido en la espina dorsal del niño que me vibró entre las manos y me produjo una punción en el cerebro. Estaba casi seguro de haber matado a mi hijo. La madre no se percató. Ella se había desmayado. Pero no pude auxiliarla. Tenía que asegurarme de si el niño realmente había muerto, y me aferré a él. Y digo al niño, porque era varón. No podía respirar ni llorar. Le quité con la toalla el semilíquido viscoso que le cubría el pequeño rostro, le liberé la nariz y la boca, lo icé de las piernas, le di una fuerte palmada en la espalda, ¡y ahí pegó un alarido! Sufrí un ataque de risa y llanto al mismo tiempo. Mis demás niños, impresionados por el grito del bebé, cesaron de llorar y gritaron de contentos. La madre, creo que gracias a tanta bulla, despertó del desmayo y lloraba, lloraba de alegría y dolor.

No sé cómo hice para cortar el cordón umbilical y si lo cautericé, pero creo haberlo hecho. El niño estaba libre de cordón, y vivo. Mi satisfacción era completa. Inexplicablemente, no sobrevino hemorragia.

Esa tragedia en una fría noche de exilio, huérfanos de toda solidaridad, como perfectos animales, había de marcarnos para siempre. Tan crudo episodio en las condiciones que lo soportábamos, me indujo a pensar en el regreso a la patria sea como fuera. Aun en la cárcel de la dictadura, difícilmente la vida había de ser peor que esa que veníamos pasando en el exilio. Así pensaba en aquella crucial coyuntura.

Acababa de nacer mi cuarto hijo. Tres de ellos nacieron en la clandestinidad; el cuarto, en el destierro. Pero el propósito de volver a la tierra natal «sea como fuera», tal se me ocurriera esa noche, no habría de ser posible por mucho tiempo. Los niños dejarían de serlo y harían su vida, ésta sí «sea como fuera», hasta llegar a la mocedad y cada cual pelear por su propio destino, esto también «sea como fuera». [124]

Ojalá, en el futuro, nunca más tenga lugar una noche como aquélla en un exilio como aquél. Ojalá los paraguayos nunca más destruyan su imagen destruyendo la vida del hermano sólo por ser parte de un partido de color diferente, o por elegir, para la vida de la sociedad, caminos diferentes.

Ojalá, pese a que el exilio no termina en la simple saña política y subsiste en la búsqueda, tras las fronteras, de una vida más justa y más humana, disminuya por lo menos su efecto tan destructivo y deformante, y alguna vez la justicia deje de ser sólo una figura demagógica que decora discursos oportunistas y malintencionados. [125]

Ña Lujarda Aguirre, maestra de Paso Pé

Una empinada y larga barranca había quedado en el lugar de la antigua pendiente que orillara la Loma Verde hacia el arroyo Paso Pé. Por el nivel más bajo corría la carretera construida a viva fuerza por prisioneros bolivianos, con la custodia de adultos fusileros, durante la triste guerra. Sobre el borde superior de la barranca, entre rala vegetación salvaje, veíanse blancas cruces, señal, según decires, de que por allí habrían perecido anónimos cautivos, a consecuencia de males endémicos o del duro trabajo forzado, o quizá de los malos tratos padecidos hasta que los sobrevivientes fueran repatriados años después. Veíase, además, una hilera de rústicas moradas, techumbres de paja y paredes de barro, rodeadas del típico sembradío doméstico. De media altura de la barranca surgían numerosos manantiales de agua cristalina y fresca, que luego cubría la carretera, formando en su recorrido remansos y remolinos, hasta confluir con el Paso Pé. En el agua crecían llantenes, gramillas y agriales, y habitaban avejillas de zancos amarillos, pico rojo y alas azules. Niños oscuritos y desnudos, bañados de lodo rojo, las perseguían.

En una de esas moradas asomadas en lo alto, con patio de pasto natural, viejos árboles y chacra plantada de mandioca, maíz, sandía, plátanos y naranjos, vivía Ña Lujarda, la maestra de Paso Pé. Ella refería la historia de aquellos bolivianos, protagonistas obligados de una guerra injusta. «Hombres humildes y sumisos», decía la maestra; simpatizaban con los niños que llegaban hasta el borde de la ladera para curiosear; les hablaban en aimará o en quichua, o les hacían señas por si pudieran ellos entender el hambre que sufrían; y si acaso los chiquillos les tiraban trozos de [128] mandioca o batata, los prisioneros les regalaban en cambio una sonrisa triste, como diciendo ¡gracias!, o les regalaban algún juguete de cartón que ellos mismos fabricaban, tal vez pensando en los niños, en sus momentos de ocio. Los prisioneros, bastante numerosos, solían repartirse entre todos el poquísimo comestible, y así sólo les alcanzaba para sentir el sabor. Pero sonreían agradecidos, y en esa sonrisa mostraban su alma tiernamente humana, que la guerra no había logrado destruir.

Los árboles y la chacra de Ña Lujarda prosperaban a fuerza de pulmón, pese a los pedregullos y toscas, porque ella los cuidaba con amor. Era la maestra, sí, sin estudio académico ni formación docente, pero con una vocación que llegaba al heroísmo. Su sabiduría la debía a la naturaleza, a esa tierra que le daba la vida que ella vivía compartiendo. La había aprendido, además, de experiencias ajenas y propias acumuladas a lo largo de sus muchos años laboriosos y serviciales. Dominaba su rudo método, la repitente repetición, que le permitía a ella y sus discípulos aprender quiérase o no. Repetir hasta que se fije la materia, incesantemente, isócronamente, como el trino del chochí que nunca cesa, como el pertinaz latir de su pecho ferviente. Pocos útiles didácticos precisaba Ña Lujarda. Largas costaneras de serrería casera servían de asientos y pupitres; una puerta de la propia vivienda, fuera de uso y pintada al alquitrán, hacía de pizarrón, y siendo su espacio bajo techo asaz reducido, un frondoso yvapobó le brindaba el aula propicia. Y como en esos tiempos no había necesidad de tantos papeles, lo más práctico, eficaz y económico resultaba ser la pizarra. Sin embargo, no era que Ña Lujarda aborreciera el papel. Ni bien caían en sus manos algunos billetes corría a comprar libros. Los leía

deletreando, pero los leía. Captaba a su manera los temas y sus motivaciones, y ya, de prisa, procuraba trasladar lo asimilado a las lerdas entendederas de sus escueleros. Mas, no sólo utilizaba lo obtenido de esas lecturas casi misteriosas. También aplicaba una suerte de cuadros sinópticos muy a su estilo. Un [129] ejemplo, el enfoque del cuerpo humano y sus partes, nombrándolos y haciendo que los nombraran en coro y a plena voz, en castellano y en guaraní. Después de unos diez repasos, ya todo el vecindario lo había aprendido:

-¡Néique, lo mitá, ¿mba-éicha jhera ñande acá? -preguntaba la maestra.

-¡Cabeza! -contestaba el coro.

-¿Nande yurú?

-¡Boca!

-¿Ñande jyvá?

-¡Brazo!

-¿Ñande ryé?

-¡Panza!

-¿Ñande retymá?

-¡Pierna!

-¿Ñande rebí?

-¡Culooo...!

La alegre hilaridad en que acababa la curiosa práctica coral amenizaba considerablemente el aprendizaje y ayudaba a fijarlo con seguridad.

Si Ña Lujarda no lograba aplacar los ánimos a veces un tanto ariscos de sus educandos, pues contaba para esos casos con varios folklóricos recursos. Primero, el puntero, una varilla de madera siempre al alcance de la mano, que, aplicada con sabiduría desde cualquier distancia a la cabeza del exaltado, en general, era suficiente. Si no, un horno de adobe calcinado, con cavidad para cualquiera de los muchachotes, estaba destinado, además de su función culinaria, a darles escarmiento por un tiempo prudencial, por lo menos hasta la hora de salida, la cual todos los vecinos conocían por el toque sonoro y algo místico que emitía una olla de hierro colgada de las patas. Para los casos de indisciplina reiterada, la maestra tenía previsto un castigo mayor, a la vez ejemplar y provechoso. La chacra demandaba permanentemente mano de [130] obra. Dos o tres sesiones de carpida o corpida según la época, bastaban para doblegar la rebeldía de cualquiera. Pero aún quedaba otro castigo, éste para los incorregibles. La maestra poseía entre sus naranjos unos cuantos

cajones de rubias abejitas productoras de rica miel, mas trabajar con ellas era el infierno. Nombrarlas solamente, a veces era bastante.

A Ña Lujarda no se le conocía pareja marital, aunque sí tenía una hija, no muy joven ni tan linda, pero que estudiaba magisterio, y eso la destacaba en Paso Pé. Se la apodaba Nena Kyrá, por la robustez de su cuerpo y su cara redonda y rubicunda. La nena no se mostraba muy apegada al estudio. Más bien se la veía en horas de clase prendida como garrapata del abdomen de cualquier tipo joven o maduro, en cualquier ladera o rincón de los alrededores. A ella, la sacrificada y hasta meritoria función de su madre la tenía sin cuidado. Pero un día sorprendió a todos al ser vista muy del brazo con el maestro Acosta, director de escuelas de la zona. La gente sufrió algo como un chasco, quizá cierto sentimiento de culpa por haberla malconceptuado todo el tiempo. Pronto, sin embargo, la estudiante se embarazó y desapareció de Paso Pé. Las lenguaraces difundieron la especie de que el maestro la llevó de concubina a la capital.

Entre tanto, Ña Lujarda perseveraba con su puntero, su horno, su chacra y su docencia repetitiva y reidera que tanto gusto daba a los niños ya no tan niños de aquel tiempo y lugar.

En vacaciones -porque también ella las daba-, se dedicaba a los cultivos. Las sandías, choclos y melones que producía eran buenísimos. La gente del lugar los prefería. Pero, como en todas partes, no faltaban los que pretendieran aprovecharse de su soledad y robarle sus frutos. Para ellos, Ña Lujarda tenía preparada un arma poderosa y certera, un arco hecho por ella misma con hilos de mbocayá y palo fresco de arazá. Con él arrojaba bodoques enormes, lisos y brillosos, de arcilla roja. Y guay si alguien la provocaba. Un bodocazo de cincuenta metros le dejaba un chichón en la cara que lo delataba por varias semanas. [131]

La gente que pasaba por la carretera, viéndola trabajar sin descanso, incluso en las noches y los domingos, la reprochaban diciéndole:

-Ña Lujarda, Ñandeyára co se va enojar con usté si sigue trabajando los domingos y fiestas de guardar...

-Más se va enojar -contestaba ella sin dejar la azada- si en lugar de trabajar ando robando por las chacras ajenas...

-Dios co hizo el domingo para rezar, Ña Lujarda...

-Para rezar, es claro, pero también para comer y para divertirse un poco, y yo pa sabé, me divierto bastante trabajando, mucho más que ustedes que solamente rezan...

Al final la dejaban. Ella tenía pronta la respuesta para todo. No se la podía ganar.

Cuando se puso muy anciana, y Paso Pé se había hecho un amplio barrio, recién entonces la escuelita que dio las primeras letras a numerosas tandas de chicuelos a la sombra del yvapobó, silenció la voz de su campana de hierro. Alguna gente más

caracterizada había gestionado la creación de una escuela de verdad, presupuestada y todo. A partir de ahí, a Ña Lujarda se la fue olvidando. Hoy nadie la recuerda. Las nuevas generaciones no la conocen. Pero hay que reconocer que en su momento fue la única maestra de Paso Pé.

Hay monumentos que faltan, ¿verdad?

[132] [133]

Segunda parte
Cantos. Visión retrospectiva

[134] [135]
Página breve

Haber nacido en sombras y perseguir una estrella.

Abatir la tiniebla tras la luz que buscamos.
Vivir con quienes nos odian porque no nos comprenden
y a quienes comprendemos y a quienes amamos...

Solitaria existencia entre la multitud. 5
¿Eres tú,
 juventud?
Eres página breve, más final que comienzo.
Eres brisa que dura sólo un soplo y se va.

Multitud ciega y sorda, 10
 ¿para quién mi cantar?
¿Vale más mi silencio que mi verdad?

Quién pudiera ser ave
sin maldad,
 sin bondad 15
y en las calles del pueblo
simplemente cantar.

Quién pudiera ser árbol
sin hablar, sin andar
y en la choza más pobre 20
ser la lumbre
o el pan.
1948 [136]

Un amor que destruí cuando niño

Era una alondra
y era otra alondra.
Era la amada
y era el amante.
El tálamo nupcial era un ramaje 5
donde dos vidas al amor cantaban.

Y los días pasaban.
Ternura y cadencias la fronda mecían.
Yo, un niño, jugaba,
reía, soñaba, 10
miraba, admiraba tamaña ventura,
altar do Natura
plasmara dos almas
dos dichas con alas
colmando la tibia floresta de arrullos 15
y de melodías.

Llegada la aurora,
yo estaba en la fronda
donde disfrutaba de agreste caricia.
¡Qué lejos estaban de mí las malicias! 20
Ingenuos los ojos de la infancia mía,
ingenua la dulce y aromada umbría
que en tierno connubio bendecía la vida.

Feliz primavera.
Felices las flores. 25 [137]
Feliz la alquería.
Yo sólo era un niño, candor y alegría,
pájaro entre pájaros,
floreilla humilde
que entre la arboleda simplemente crece. 30

Mas, ¡ay, la aventura!
¡La oscura aventura!
¡El ingenio cruel!
Un día malsano
me armé de una honda, 35
y al nido encantado
macabra pedrada
le arrojé feroz.

Cayó un cuerpecito temblando
y yo, 40
festejando mi increíble hazaña,
me lancé gritando por aquel sendero

que minutos antes
estaba tan lleno de cantos,
tan lleno de cantos. 45

Y volví a la tarde.
Visité la fronda.
Visité aquel nido donde hermosa vida
yo mismo aplastara con mano asesina. [138]
Mas, he aquí el asombro: 50
ya muerta la amada,
un contrito amante cubría a los hijos.
Llamaba, llamaba, llamaba y lloraba...
Verídica lágrima que el pecho calaba
mojaba aquel nido. 55

Caí de rodillas.
Nublaron mis ojos.
Mis dedos crispados hirieron mi rostro.
Lloré amargamente,
con ese dolor tan puro y profundo 60
que sólo conocen los niños,
¡oh, Dios!

Corrí por el prado,
por aquel sendero
ahora tan lleno, tan lleno de llanto. 65
¡Corría espantado de mi propio horror!
1948 [139]

Mensaje

Ya era tarde y partieron mis palomas enfermas
Era invierno en la tierra
No asomaba una flor
Pero a mis pies sangraban pétalos de mi alma
y en mi mente 5
tu nombre
sin querer floreció.

Una tarde cualquiera
de dolor y de sombras
acallaron mis males 10
la esperanza nació
y lancé por los aires mis palomas enfermas
mensajeras de amor.

Tenues versos con alas que murieron de sombras

Eran pobres palomas mensajeras 15
Perdón
Una tarde partieron esperanzas a cuestras
y en los picos
sangrando
te llevaron mi amor. 20
1948 [140]

El reloj del nosocomio
A Sor María Hilda Osuna
Un inmovible corazón de bronce
late en la penumbra
dividiendo quejas y tribulaciones
en compases leves,
y oculto, insondable, 5
realiza su rítmica resta,
llevándose insomnios y ensueños
y noches y auroras.

Suspira el silencio. Las cosas adquieren
lúgubre cadencia. 10
Sobre cada lecho se ha quedado quieta
la voz del dolor.
Dormida, digita la mano del tiempo
su infalible ciencia,
mientras va cumpliéndose sin prisa ni pausa 15
la ley superior.

Se alza el latido cual salmo tedioso
con afán eterno.
Ya lento, irritante, ya intenso,
se pierde y regresa. 20
Y sigue la resta implacable en la noche
del gris nosocomio,
para adormecerse cuando ciertos ruidos
anuncian el alba. [141]

En tanto, barbota «las cinco» 25
el anciano sereno de bronce,
con voz de dolencias, de tedio, de ausencias,
con una voz ronca,
y sigue un tic-tac, tic-tac, tic-tac decadente
y escúchase entonces 30
confundirse el ritmo porque en la penumbra
transita una monja.
1948 [142]

Juventud

Había ya un pedazo de trueno en mi garganta.
En mi cuerpo pequeño,
bajo mi propia sombra,
se agolparon los sueños con sus voces heridas
y pensé que era un hombre 5
y dejé de ser pájaro.

Luego,
oscuras dolencias tatuaron mi cuerpo,
en mi aurora cantaron doloridas alondras
y fui canto volando 10
y fui pluma en el viento.

Y pensé que era pájaro
y dejé de ser hombre.

Hombre o pájaro,
entonces, 15
ave enferma en el alba.
Hombre o pájaro,
entonces, bebí sed de distancias.

Juventud no quedaba.
No quedaban ya cantos. 20
Sólo truenos y truenos
y una luz de relámpagos.
1950 [143]

El rosal

Cuando miré a tus ojos
era tan bello el día,
que olvidé mis heridas
y te invité a soñar.
Y te entregué una rosa 5
con mi amor, con mi vida;
tú la plantaste, amada,
para tu propio mal.

Eran bellos tus ojos
como el mejor poema. 10
Tus pupilas herían
como hiere el rosal.
Yo bebí de tus manos

la fragancia primera
sin pensar que lo hacía 15
para tu propio mal.

Y han llegado las sombras.
La quimera se acaba.
En el huerto del alma
sólo queda el rosal. 20
Lo plantaste, no en vano.
Floreció de por fuerza,
mas no pudo ser tuyo,
no podrá ser jamás. [144]

Sin embargo, comprende, 25
no se ha muerto el encanto
de la flor encarnada,
del perfume fatal.
Yo soñaba una dicha
y aún la sigo soñando. 30
Sólo tú la has logrado
para tu propio mal.
1950 [145]

Aún soy yo
A Perla
Era entonces la carne retozando
Aún no había crecido la razón
Era fauno pastando en los rosales
de tus años floridos. Era yo

De que el fuego de tu alma no haya visto 5
De que sólo en tu cuerpo haya visto amor
De que tu voz quemara mis sentidos
fuimos culpables los dos

La conciencia no nace en el desierto
Tiene vida, es fuerza, es dolor 10
Es materia lumínea que ha crecido
quemando poco a poco el corazón

Que hoy festeje tu voz con mi silencio
Que a tu belleza prefiera tu razón
sólo es que fauno de tristeza ha muerto 15
quedé yo solo... pero aún soy yo.
1951 [146]

A un atardecer que fue
Y fue la tarde aquella como se van las flores,
como las mariposas lánguidamente van.
Y como la distancia que agranda corazones,
a través de los tiempos, aquella tarde hermosa
más hermosa será. 5

Oasis de mi vida, juventud de mis sueños,
florecida esperanza, tarde primaveral...
Te cubrirán las sombras con implacable empeño,
pero la dulce herida, roja flor que tú abrieras,
siempre abierta estará. 10

La vestías de gualda, de sol y de floresta.
Estabas en sus ojos, en su aliento, en su voz.
Eras la madre selva, flor del alma desierta,
el cantar que en su pecho -dulce alondra sedienta-
esa tarde anidó. 15

Vístela de recuerdos, tardecita de oro,
hoy que todo ha cambiado, hoy que el sueño acabó.
Vístela de fragancias, primavera que añoro,
y que en tardes hermosas, más hermosas quimeras
le recuerden mi amor. 20

1953 [147]

Recuerdo en gris menor
A Chiquita
Una lluvia de estrellas.
Era noche de fiesta.
Yo bebía mis ansias
mientras soñabas tú.
Tu recuerdo me trae 5
vago rumor de orquestas
como sueño llegado
de un lejano Stambult.

Te busqué en los sendales
de mis noches insomnes 10
y en las huérfanas tardes
de mi invierno interior.
Guardadora de ausencias,
eres cáliz de esperas.
Sólo aquí, dentro el pecho 15
te proclamo «mi amor».

Yo seré el marinero
que a bogar te enseñara,
que en tus labios prendiera
su fanal de pasión. 20
Te traerán mis endechas
la caricia esperada.
Desde playas lejanas
no sabrás mi dolor. [148]

Y en las alas del viento, 25
mi fugaz mensajera,
la bohemia gaviota
de mi mar de ilusión
cruzarán raudamente
tu secreta pradera 30
y sabrás que estoy vivo
y que es tuyo mi amor.
1954 [149]

¡Siempre!

A Margarita
Te escribiré un poema, hija querida,
para que un día sea luz en tu garganta,
unos versos de notas muy sentidas
que en mis labios resbalan encendidas
como gotas de lágrimas que cantan. 5

Yo que herido de orfandad vivía,
templé el metal de mi cariño en llanto
y armé de una canción mi rebeldía,
y a ti que eres la esperanza mía,
a ti dedico, de corazón, mi canto. 10

Cuántas veces, transido de amargura,
tú has llenado mis noches infinitas.
Aún te siento en mis brazos, pequeña,
y hasta oigo tu voz que me murmura:
papá, ¿verdad que soy tu Margarita? 15

¡Claro que siempre serás mi Margarita!
Aunque me mate esta amargura, ¡siempre!
Serás la fe que orientará mi vida,
serás la flor nunca jamás marchita
aunque supieras que ya he muerto, ¡siempre! 20 [150]

Y en las estrofas de mi canto, urdidas
en el telar de mis dolientes horas,
serás latir de un corazón que añora,
y en mis vigiliás serás la voz querida
que necesito para alcanzar la aurora. 25

Siempre, repito, serás mi Margarita,
aunque consigan que me olvides, ¡siempre!
Yo seré en ti la vieja savia lírica
y a donde fueras, llevarás implícita,
junto a tu nombre, esta consigna. ¡Siempre! 30
1954 [151]

A Zoilo, herrero, ciego y contador de cuentos
Una imagen rescatada de la infancia
Sartenes, ollas, trébedes de zuncho
y zunchos y herrumbres a la espalda,
machaca Zoilo su pregón de hierros;
hierros de herrero pregonando marcha
gacha la testa de blacuza cerda. 5

Hierro en herrumbre los ojillos ciegos,
ojos de viejo carcomido hierro.
-Oiga, herrero, cuéntanos un cuento...
Y el son sin timbre del herrero reza
cualquier urdimbre de su propio invento: 10

-Dicen que una vez había un zorro...
tan viejo -dicen- y tan pobre y tuerto...
que hasta gansos y pavos se le reían...
y que él, rabioso, se mordía el rabo...
hasta que un día lo encontraron muerto... 15

Cuentan los niños de aquel treinta y tantos
que el ciego Zoilo con su carga al hombro,
a cada cuento de su herrero acervo
ponía un dejo con sabor de hierro. [152]

Asume, ciego, tu dolor y vuelve 20
locuaz y libre, bien que el hierro apriete,
bien que tus ojos y tu sangre llenen
viejas herrumbres de color de muerte.
Y ríe, ríe..., cuéntanos un cuento
de gansos pavos y de zorros tuertos. 25

Vuelve, remacha, como antaño, gacha

la vieja testa de blacuza cerda.
Remacha a ritmo de pregón la herrumbre,
que el nuevo tiempo no cambió una mierda...
1955 [153]

Cardos santos

Para que tus labios ávidos de besos
llegar pueda el fruto de mis esperanzas,
remuevo los surcos donde duermen versos
a los rayos tibios de mi luna mansa.

Me despierto y ando. La aurora me canta. 5
La quimera escribe su canción más bella.
Cantos de mi tierra, de alondras viajeras,
poemas que nombran lejana querencia.

Para que a tus labios no falte alimento,
cálido alimento que nos quema un tanto, 10
es que yo remuevo mis antiguos huertos
y planto las mieses de mis cardos santos.
1955 [154]

Motivo gris

Lágrima gris en las aceras grises.
El sol oculta su moneda y duerme.
Mi amante corazón se inclina triste
porque en la acra su tesoro pierde.

Distante grita Soledad mi nombre 5
tal como en una oración funesta.
Mi cuarto, abandonado, está sin lumbre.
En la azotea yace un ave muerta.

De lejos vine. Ya no sé de dónde.
Mis ojos vieron cierto mar ignoto. 10
Casi un misterio, mi verdad se esconde.
Toda mi vida es un dolor tras otro.

Muerde la nieve mis sangrantes labios.
Me ha sofocado una ciudad sin fin.
Pienso en el cuento del abuelo muerto 15
en los crepúsculos de mi infancia gris.

Luces y sombras. La razón que mata.
Más que el invierno, gris es la miseria.

En las aceras la verdad aplasta
la miserable mundanal materia. 20

Solo, tan solo como están los muertos,
hurgo en mí mismo la razón que ignoro.
Existo, vivo, y es que estoy despierto.
Si todo fuera un sueño, sería hermoso.
1955 [155]

Eran pupilas verdes
A María Asunción Quintana
Así, justamente así.
Como una flor silvestre.

Yo buscaba la esencia oculta en tu perfume,
la embriaguez oculta en el amor.
Una gota sutil de puro néctar 5
en cada gesto tuyo buscaba yo.

En la confusa transparencia de tus pupilas verdes
yo buscaba la luz.
Y buscaba en la propia estructura
de mi sed y mi deseo 10
no el hartazgo, no el esplín.
Yo buscaba un poema infinito, implícito
en el limo quemante de la dicha carnal.

Cultivando mis ansias me volví destructor,
porque no iba mi deseo al fruto 15
sino a la flor.

Yo no busco la espiga madura,
no lo estable, no el fin.
Mi principio es la fuerza que se oculta en la vida,
y la vida es dolor. 20

En tus pupilas verdes
sólo encontré crepúsculos,
no la luz.
Sólo un verde misterio,
su tabú. 25
1958 [156]

Desde el fondo
A Chiquita

Desde el fondo remoto de mí mismo
ha llegado esta voz para nombrarte,
por los mismos caminos que anduvimos,
con el mismo corazón sangrante.

Porque sufrí en verdad para encontrarte, 5
bendeciré el dolor en que he vivido.
Traigo despojos apenas para darte
de lo que fuera el universo mío.

En un páramo gris perdimos el tino
tras un soñado Edén alguna tarde 10
cegados por la luz de un espejismo.

Pero vuelve la voz por eso mismo
después de conocer los avatares
de este vivir huyendo del destino.
1964 [157]

Kanendiyú-Cué

Poco antes de Itaipú
Hay formas, mis amigos, de alargar palabras
y formas, ¡ay!, de acortarlas.

Hay un alargue simple, guaraní, sufijo: CUÉ.
denota no ser ya, haber ya sido, ya no ser más...
porque alguien, algo, alguna vez, 5
hubo de trocar el ser en no ser,
¡vaya forma de acortar!

Y estas cavilaciones, mis amigos,
vienen a cuento de todo lo que en esta tierra de Dios
deviene CUÉ poquito a poco. 10

¿Ejemplos piden ustedes?
Pues, Minas Cué, Vapor Cué, Viña Cué,
Zaballos Cué, Piquete Cué, Zavala Cué,
más unas increíbles etcéteras, etcéteras...
Y dentro de muy poco: Kanendiyú Cué, 15
orgullo de la Patria, belleza y esperanza Cué.
¿Alguien dijo soberanía territorial?
Mejor, agréguele el alargue Cué.

Zorramente el Rapay,
metiéndonos el dedo por las tripas, 20
se dispone a soplarnos incluso el corazón. [158]

Eso dicen, al menos, los expertos,
en términos turísticos, por cierto;
nos dicen, por ejemplo: «Apúrense
a contemplar la maravilla nuestra 25
que pronto quedará borrada por el lago artificial...».
¡Tan parece natural! Y se refieren, mis amigos,
a la que López defendiera al precio
de un holocausto nacional.

¡Cuántas cosas, mis amigos, 30
nos borra el muy famoso «desarrollo»
cosas que amamos de verdad,
que al cabo del trágico camino,
los sobrevivientes dirán:
¿Y es esto el desarrollo? ¿Nada más? 35 [159]

A un joven poeta
Preguntas, joven poeta, si gritar es poesía.
Yo te respondo «sí»
en este tiempo sin metáforas
en que el cuerpo del hombre y su esperanza
no pasan de ser sólo sombras 5
y un gran silencio interrogante a cuestas.

Yo te respondo, poeta,
que la metáfora, hoy,
es piedra que aplasta y metal que hierde.

Yo te respondo «sí», 10
que gritar contra el silencio es poesía.
Grita, poeta, contra la sombra,
grita contra la muerte,
¡grita hasta morir!
1970 [160]

Lo que vive no murió
A doña Isabel Restrepo, su madre
Que nadie diga que ha muerto
ni que en silencio quedó.
Obispo y hombre, Camilo,
como Jesús plasmó un grito
con sangre del corazón. 5
Y aunque troncharon su voz,
que nadie su nombre llore;

lo que vive no murió.

Al nuevo tiempo, un lucero
Camilo Torres prendió. 10
Montado en viento llanero,
caliente viento en el alma,
coraje le puso al Verbo
y un gatillo a la verdad.
Que nadie lo dé por muerto; 15
lo que vive no murió.

Campanas contra el silencio.
Justicia contra el terror.
Jamás podrán sepultarle
su ejemplo de Nazareno, 20
su sacrificio gallardo,
su condición superior.
Camilo Torres no ha muerto;
lo que vive no murió. [161]

Al pueblo su sangre dio 25
como la vid nos da el vino.
Como aguacero al sediento,
se brindó a los oprimidos.
¡Cómo crece cuando muere
lo que por amor vivió! 30
¡Que nadie su nombre llore!
¡Lo que vive no murió!
1976 [162]

Misión cumplida

No es tan fácil retomar lo caminado,
recontar paso a paso lo perdido,
rescatar brizna a brizna lo ganado.

No es tan fácil construirse de memoria
un castillo sobre un lago de esperanzas. 5
Luego encuentras que el lago se evapora
y el castillo deviene pura arena.

Una tarde, hace muchas primaveras,
comencé mi labor como en un sueño.
Construyendo viví desde ese evento, 10
y es difícil contar cuánto he penado.

Construí en inviernos y en veranos

con estoicismo de tenaz obrero.
Sobre mis hombros transporté mi tiempo
y amaciqué mi verdad con un concreto 15
de luchas de pasión y sufrimientos.

Y si eso fue vivir, pues viví, confieso,
sin faltar a mayores requisitos.
Construí, planté árboles, engendré hijos;
con amor y sudor, escribí libros; 20
cumplí con la misión de un hombre, y punto.
1991 [163]

Mi casa verde

Yo tengo una casa verde
plasmada de puro amor,
de arquitectura silvestre,
de poesía su interior.
La comparto con mi amada, 5
con tórtolas y calandrias,
y orquestan mis alboradas
enamoradas alondras.

Cuando llegué sólo había
trinos, colores y aromas. 10
Los pájaros construían
la primavera en la fronda.
Corochiré, el pionero,
que me enseñó cuanto sé,
me impuso que me quedara 15
construyendo como él.

Y bien, elegí mi predio,
mitad sombra, mitad sol,
a la orilla de un arroyo
tal lo hiciera mi rui señor. 20
Crucé el torrente de un salto
con la ayuda de su estímulo
y de un sentir campesino
heredado de mi ancestro. [164]

Y arcilla y piedras uní. 25
Y arena y briznas, como él.
Con su ejemplo, bajo un laurel,
mi casa verde construí.
Mas, dos cosas de ese ejemplo
no las pude aprovechar: 30

el prodigio de su vuelo
y su hermosa libertad. [165]

Pies en tierra
Poso el oído en tierra
para captar los cantos olvidados.
Poso el oído, los pies, las manos
y el corazón en tierra.

Desde abajo y desde lejos 5
una canción me llega,
desde las tardes con olor a verbenas,
desde las mañanitas verdes
con veletas de mirlos y zorzales.
Son las voces que fueron 10
-pero están-
y son la esencia de mi alegría.

Retomo los caminos ya borrados
que esperan otros pies
para volver a ser caminos. 15

Rescatando el rebrote de la vida,
de repente me vienen al encuentro
mis frutales urgencias,
aquellas
que no me cabían en las manos 20
porque nacieron pletóricas
en el regazo de la esperanza. [166]

Piso la tierra desde mi edad descalza,
desde aquella edad
en que vivir era fraternidad y hombría 25
en el terrón del cual provengo,
terrón mojado de sudor y ajenjo
que puso a germinar bajo mis pies
la semilla del canto.

Comencé cultivando un frutal pequeño 30
en la heredad de mi infancia campesina,
un árbol,
en cuya raíz dormía el tiempo.
Después, lo vi crecer y darse al mundo,
y desde entonces, poco a poco, 35
comprendí que Natura puede más.
Un hombre sólo es un hombre.

Cada brote, un capítulo de vida.
Cada pimpollo, preludio de futuro.
Nada en el mundo es fin en sí. 40
Semilla, brote, pimpollo,
todo es un irse sin término.

Ahora planto naranjos
con el aroma de mis ancestros.
Los planto para reverdecirme 45
y probar que mi amor no acaba allí, [167]
que mi amor se transfiere
a mis adláteres de antes y de siempre.

Pienso que la vida
no puede ser sólo un juego 50
donde se gana o se pierde simplemente;
que el ser o no ser
sólo habrá de resolverse un día
entre el hombre y el hombre
y su conciencia. 55

Pienso que el árbol es un antiguo ejemplo,
creciendo hacia lo alto y lo profundo;
que el hombre es hombre, ser racional o animal pensante,
edificante si capaz de dar y darse,
viniendo desde atrás y desde abajo, 60
porque sólo así se crece,
viniendo yendo pensamiento al frente,
aunque mero pasajero,
ser presente.
1991 [168]

A Santiago Leguizamón
Hiciste mal, perínclito varón,
predicando verdades a las fieras
en este tiempo de alegre corrupción
en que la honestidad suena a blasfemia.

Hiciste mal pensando que este pueblo 5
podría distinguir al hombre de las bestias
y creyendo en la ley y la justicia
por encima del orden de los gangsters.

No es este homenaje triste epitafio
porque tu lucha no expiró contigo. 10

Cuando se ha muerto por defender la vida,
la muerte no es el fin, sólo el principio.

No eres el primero ni serás el último
caído en esta guerra sin laureles.
Desde Espartaco a Cristo, de Ghandí a Luther King, 15
la historia siembra hitos, entre los cuales tú.

Medio siglo de invierno ha congelado
la conciencia de las generaciones.
Revivirla requiere mucho fuego,
mucho sangre de bravos corazones. 20

Pero revivirá. Las fieras no razonan.
Sólo manejan zarpas y violencia.
El hombre, si realmente es hombre, piensa.
Y la verdad, si es verdad, vence a la muerte.
1991 [169]

Indio viejo

Ya no tu gallardía de vinchas y penachos.
Apenas una sombra cargada de silencio.
Cabellera en cenizas, una selva de arrugas
y unos ojos tragados por el hambre.

Hete sentado allí, 5
mas no a la vera del carril selvático,
y sí en la vereda de la mendicidad.
Desde hace cinco siglos han venido
despojándote del alma y la esperanza,
matando tus arroyos, tus bosques y tus pájaros, 10
arrancándote el hábitat, para que el latifundio
imponga en esta tierra su negocio de látigos.

Pero tú, indio viejo, no te inmutas.
No manejas la ira vengadora del blanco
ni el gesto mendicante del paria de ciudad. 15
Sentado allí, sonríes,
muriéndote en la acera de tu orfandad perpetua.
Tu sonrisa es imagen de tristeza ancestral.

Tenías un espacio verde y concreto,
florestas que enraizaban los fueros de tu historia. 20
Pero el tiempo, el mismo que trajo carabelas,
trajo después talentos con motosierras
y armó a las leyes con metralletas. [170]

Te talaron la voz de tu alegría
y la esbeltez altiva de tu estirpe, 25
y te has quedado allí, en la vereda,
con tu sombra, tus huesos, tu sonrisa,
espectador del lujo y la fanfarria,
y de una suerte de piedad que arroja
unas monedas para el indio viejo, 30
y así apacigua la conciencia impúdica.

Y nosotros, que nos decimos justos,
te miramos y vamos caminando.
¿A quién le importa que hayas sido el único
habitante cabal de este tiempo sin alma? 35
1994 [171]

¡Aleluya, Maestro!
A José Asunción Flores
¡Claro que deseabas volver alguna vez
a la prístina raíz que pocos presentían!
Volver a la semilla prisionera
del tiempo en que eclosiona la armonía.
Volver a refrescar en la surgente 5
la luminosa sed de tu esperanza...

¡Claro que deseabas volver
anunciando con pífanos de plata
la vuelta de los libres cultores de la vida,
la vuelta del honor y la justa justicia... 10
volver cantando como el cisne legendario
a lo ancho del cielo de la patria!

Y al cabo vuelves, Maestro, como vuelve el lucero,
trasponiendo el abismo que te impuso la muerte.
Sucede que has vencido. 15
El saurio aquel, terrorista de estado,
no pudo hacer que el miedo borrara tu memoria.
Ya todo el mundo sabe que el furor del tirano
sólo supo llenar de azufre las conciencias.
Y entre tanto, 20
las arpas y guitarras en manos populares,
para gloria del pueblo, florecieron guaraníes.

Tú ya no morirás mientras viva la música,
mientras viva el amor y un sonoro cordaje.
No morirás porque el pueblo en que lates 25 [172]

ha venido guardando y guardará tu nombre
en el cofre sagrado del reconocimiento.

¡Aleluya, Maestro!
La patria está de fiesta
porque al fin recupera tu heráldica ceniza, 30
la que habrá de fecundar la libertad bendita
que en esta tierra hermosa contigo quedará. [173]

Maldad, basura humana
Maldad hay en las mentes,
basura en las conciencias.

Maldad harta los días
y sofoca las noches.

Maldad con patoters, 5
con drogas y violencia.

Maldad que se solventa
con sórdidas prebendas.

Maldad con explosivos.
Maldad que roba y mata. 10

Maldad con delincuentes
fungiendo paradigmas.

Maldad con leyes sucias,
basuras palaciegas.

Maldad con un archivo 15
de befas y tormentos,
sarcasmos que avergüenzan
la condición humana. [174]

Maldad con jueces topes,
con niños presidiarios, 20
con labradores parias,
infantes traficados
y madres que negocian
el feto de su vientre.

Maldad con mandamases 25
rapaces y asesinos,
hampones que despojan

sudores campesinos,
que depredan florestas
y envenenan la vida. 30

¡País de mis ensueños,
cuánta maldad te han hecho
tus grises eminencias,
tus ladrones plumíferos,
tus pérfidos caínes! 35

¿Por qué, madres estoicas,
no los estrangulasteis
cuando nacieron buitres?
1994 [175]

Una ley para la vida

Homenaje a Pedro Giménez,
otra víctima de una ley latifundista,
anacrónica y vergonzante.

Contra la demente destrucción de suelos,
selvas, ríos, lagos y arroyos,
queremos una ley.

Contra la indigencia campesina crónica
que abate alegría, salud y esperanza, 5
queremos una ley.

Una ley que castigue la tenencia inicua,
dignifique al agro y fomente bonanza,
bienestar y paz.

Una ley paraguaya que defienda la vida, 10
no una ley metralleta,
no la ley que asesina,
no la ley del derroche para infames logreros,
no la ley de la hambruna para humildes labriegos.

Si morir es preciso por tener nuestra ley, 15
pues, morir de una vez, no ser meros intrusos
en la tierra que es nuestra
por herencia de sangre... [176]

¿Alguien duda, tan sólo, que esa muerte es legítima?
¡Vaya que sí, lo es, por defender lo auténtico! 20
¡Es mil veces mejor que aguantar la ley sucia,
ley feudal, trampa espuria,

ley que castra la esencia de Natura y del hombre,
ley mentira, ley prebenda,
ley miseria, 25
ley mortaja!

¡Queremos nuestra ley!
1995 [177]

¡Hijos no son para matarlos!
Réquiem para las cuatro estrellas
Tembiguay no somos todos, General.
De tanto padecer mandobles,
el «pila» está despierto.
Es tarde para las prepotencias.
¡Ya basta de cerrojos aterrantes! 5
¡Ya basta de consignas anacrónicas!

Las cuatro estrellas no servirán de nada
a la hora de responder al pueblo,
ni el privilegio dará razones válidas
para enfrentar la voz de las carencias. 10

Un día se abrirán los bunkers intocables,
y la máscara sucia del descrédito
irá a parar en un archivo memorable
de testimonios sórdidos.

Una legión de madres enlutadas 15
arriará las banderas agredidas.
y entonces, sólo entonces,
la juventud tendrá su opción de patria.

Y entonces, sólo entonces,
defenderá con uñas y con dientes 20
su inviolable herencia de hombre libre,
su educación, su fe, su democracia,
democracia con pan y sin metrallas,
democracia con luces y sin guerras!
1996 [178] [179]

Apéndice

Los poemas que siguen pertenecen a Gerardo y Mariano Pignatiello, nietos de Santiago Dimas Aranda, nacidos ambos en Buenos Aires en 1976 y 1978 y estudiantes de Letras y Bellas Artes en la Universidad Bonaerense, respectivamente. [180] [181]

De Gerardo Pignatiello

El ocaso del justo
Mientras la voz oculta el destino,
la acción su paso afirma hacia el cadalso.
Arrastrando cadenas,
sus inmortales grillos,
implora al mundo libertad. 5
La pasión por la vida que oscurece el monte
despoja las ramas y sigue su marcha
hacia lo eterno.
El infeliz momento desnuda el llanto,
y la sed y el hambre abandonan la carne. 10
Y la lluvia y el viento
destruyen los portales del romance.
Siempre los culpables ganan
y el héroe
es condenado. 15 [182]

Morir de día
Sola, con su imagen contra el vidrio,
hace sonar sus dedos.
prisionera del tedio, busca.
No sabe qué, pero busca
no necesita encontrar. 5

Recuerda, porque es ése su oficio.
Mira desplomarse el día
para luego aceptar el indeleble tinte nocturno.

Aunque jamás valora los extremos del tiempo
muere a pesar de ello. 10
Muere pero piensa,
piensa que al alba reaparecerá,
con un amado sol radiante
devolviéndole su sombra. [183]

De Mariano Pignatiello

Huida
Y entre las últimas cosas del cajón
encontró un dibujo.

La valija en el andén,
el papel en el bolsillo,
el tren. 5
En el papel, ella
con la valija en el andén
y una lágrima dibujada
en la cara. [184]

Su libertad
El misterio de una flor,
el silencio en cada pétalo,
en el polen
su libertad.

Razones por las cuales incluyo estos poemas en el post scriptum de este libro

1. Porque los autores son jóvenes y libres de expresión y de intención.
 2. Porque los amo por ser de mi sangre, y porque son jóvenes capaces de pensamiento propio.
 3. Porque lo que más amo de los jóvenes y de los pájaros es su libertad.
- S. D. A.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)** , para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.

